MARIO BRICEÑO IRAGORRY • MARIANO PICON SALAS
ARTURO USLAR PIETRI • AUGUSTO MIJARES • EDUARDO ARCILA FARIAS • ILDEFONSO LEAL • ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA • LUIS ACOSTA RODRIGUEZ • RAMON J VELASQUEZ • MANUEL RAFAEL RIVERO • JOAQUIN GABALDON MARQUEZ •

Defensa y Enseñanza de la Historia * Patria en Venezuela

EDICIONES
DE LA CONTRALORIA GENERAL DE LA REPUBLICA
Caracas/1980

Introducción y Defensa de Nuestra Historia

Mario Briceño Iragorry

a PASTOR OROPEZA,
testimonio de alto aprecio
M.B.I.

EXPLICACION

Al releer algunos de mis trabajos sobre temas históricos, les he hallado cierto carácter que permitiría utilizarlos como introducción para estudios formales de nuestro pasado. Por ello, me he atrevido a darles cuerpo de libro y publicarlos bajo el nombre de INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA. *

Digo Introducción, por cuanto con ellos aporto datos y observaciones que pudieran constituir guiones para un estudio acerca de la Historia de nuestra Historia y, además, sirven otros para pautar una posición crítica en relación con el sentido alcanzado por la Historia, más como expresión de una conciencia que busca en sí misma el ímpetu y la forma de realizarse en hechos sociales, que como afanoso inventario de guerreros, de filósofos, de artistas, de mercaderes o de santos que persiguen realizar su destino individual.

Otros temas están encaminados a defender nuestra Historia como patrimonio moral de la nación. No sólo se enderezan los es-

(*) Ediciones Bitácora, Tipografía Americana, Caracas, 1952.

fuerzos del historiador a conocer al hombre por el contenido de su Historia, sino a pulir las líneas que dan carácter a la sociedad actual, como expresión de un proceso formal.

Vista la Historia nacional como la propia fisonomía del pueblo, precisa fijar y resguardar los valores de ella surgentes, del mismo modo como se resguarda el patrimonio geográfico donde descansa la nacionalidad.

A la defensa de este sentido de nuestra Historia se encaminan estos flacos ensayos, que, acoplados en libro, expongo a la meditación de los compatriotas que se preocupan por la defensa integral de la República. No los ofrezco como iluminadas enseñanzas que reclamen la absorta y sumisa admiración de los lectores. Son, como digo, guiones apenas, donde se compendia un cuarto de siglo de modesta y constante meditación sobre la problemática del país. Con mis estudios sólo he buscado servir a una más clara y objetiva intuición de la Historia. Como pago de mi esfuerzo, que no es sino ingenua expresión de buena fé, únicamente pido que mi pensamiento sea estimado en la realidad de lo que expresa y en la integridad de lo que expone, sin llevar a él supuestos que arranquen de una polémica apreciación del lector. En el caso, pongamos de ejemplo, del tradicionismo, no hay derecho para que un honesto lector imagine que yo defiendo la permanencia de hábitos y de usos superados en razón de una ley de progreso, ni esperar, tampoco, que me aferre en la vigencia de formas heredadas de cultura, cuya desvitalización la impone el examen de sus contenidos.

Sin caer en extremos viciosos, he abogado fervorosamente desde hace muchos años, (desde una época en que esto no se miró como un problema nacional), por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra Nación, es decir, los valores sutiles, imponderables que dan fisonomía diferencial a los pueblos. En todos mis trabajos he recalcado el tema de que las naciones se forman por la comunidad de valores geográficos, económicos, históricos y morales. He insistido sobre el valor de los canónes espirituales que dan carácter a los pueblos. Aun después de la gran diáspora, el pueblo hebreo fue una nación, de variada sangre y peregrina geo-

grafía, pero sostenida sobre vínculos históricos y morales. Mientras más vigorosos sean los nexos que unen el alma del pueblo, más resistente y fácil será su defensa. Cuando, en cambio, las naciones han descuidado el cultivo de sus lazos morales, será más factible su dominio por las fuerzas extrañas. Jamás perecerá íntegramente un pueblo que mire hacia su pasado. Justamente perecen y caen bajo el imperio de nuevas y extrañas fuerzas, los pueblos que no tienen conciencia de sí mismos. Función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebra al edificio social. Su objeto es presentar las formas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación. No se puede mejorar lo que no se conoce. No se puede crear cuando se ignora la resistencia de los elementos donde se fundará la nueva obra. Para que la Patria sea la tierra feliz de nuestros hijos, debemos verla y amarla como el grato legado de nuestros padres. Cuando el extranjero sin estirpe local hace suyo y lega a sus hijos el suelo de la nueva Patria, le lega no sólo un campo para la lucha y para la muerte, sino el patrimonio de Historia a cuyo goce y signos se ha sumado voluntariamente. Porque el irlandés que muda su mundo a la Nueva Inglaterra se hace nieto moral de los Pilgrim Fathers y nieto de Washington y de Lincoln, del mismo modo como el griego que arraiga entre nosotros, hace suyos los viejos mitos de Ledesma y de Bolívar.

Algunos lectores, a causa de mi posición en el orden de la americanidad, quizás me tomen por impasible superviviente de la época esperanzada del arielismo. Ello, lejos de serme causa de desdén, me anima a proseguir en el camino, hoy desamparado, que, con Bolívar, marcaron los grandes constructores del pensamiento de la unidad americana: Martí, Rodó, Vasconcelos, Ugarte, Carrión, Gabriela Mistral, Sanín Cano, García Monge. Justamente son las ideas de estos egregios pensadores de la América libre, los mejores soportes para la defensa de la Historia nacional de nuestros pueblos latinoamericanos.

M.B.-I.

Caracas, 15 de septiembre de 1952.

Nuestros Estudios Históricos*

Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado. —Huizinga. El Concepto de la Historia.

Hace algunos años nos decía un historiador ya muerto que las investigaciones históricas en Venezuela habían llegado a tal grado de adelanto que sólo esperaban la perspicacia de un Taine que reconstruyese las leyes e *hilos* del pasado. *Pese al optimismo* del sabio compañero, creemos que apenas empezamos la labor de metodizar el estudio de nuestros anales y que falta algún tiempo aún para que pueda en verdad comenzarse una racional labor de reconstrucción de nuestro pasado.

Si ya a mediados del siglo último poseíamos buenas y ricas fuentes documentales y narrativas, no era con mucho el criterio aplicado a los estudios históricos capaz de fijar líneas precisas de orientación para un descombramiento científico que permitiese una construcción con características formales.

Hubo afán de hacer historia durante los años iniciales de la República, mas el numen que guió a los trabajadores estuvo circunscrito a las grandes hazañas de la epopeya emancipadora. Se miró como ley o *fiat* de nuestro proceso de pueblo la lucha por la independencia, y en ésta como causal y guía, el pensamiento de los héroes que condujeron la guerra. El aspecto heroico de este período miró a la exaltación providencialista de los hombres, y, recién salidos de la matriz colonial, el discurso histórico hubo de adquirir carácter *polémico* que defendiese las razones de la independencia. Más que historia crítica se escribió historia política, enderezada a justificar la revolución, y harto especioso sería pedir hoy que los hombres de la nueva república hubiesen tenido para el juicio del

(*) Revista de Historia de América. Dic. 1947. No. 24. México.

pasado la claridad que alumbró en sus últimos años la mente desencantada de Bolívar. El elemento romántico, exaltado por la pasión patriótica, fué el vestido que más gustó a nuestros historiadores del siglo pasado y con él se adornaron las obras de Yanes, Baralt, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, Marco Antonio Saluzzo, Becerra, Eduardo Blanco, Felipe Tejera etc. Sin pretenderlo, los historiadores crearon un criterio de exhaustez en nuestras propias posibilidades de pueblo, por cuanto promovieron con el ditirambo de los hombres representativos una actitud de espasmo ante lo heroico. La vivencia histórica se buscó en la belleza de los hechos y en el contorno de los tipos "valientes" que pudieran servir para una especial ejemplificación. Lamartine, Michelet, Quinet y Sismondi fueron tomados como maestros de una historia que buscó, a pesar de los propios postulados de la escuela, el elemento personal del valor y de la audacia como determinativo de lo valioso heroico. Semejante literatura promovió una conciencia *sui generis*, que miró las espuelas de los hombres a caballo como argumento cívico.

Con los estudios de Lisandro Alvarado viró hacia otra posición la inteligencia de la Historia. La escuela positivista, explicada por Ernst y Villavicencio en la Universidad de Caracas, había abierto nuevos rumbos al pensamiento científico, y las doctrinas de Lamarck (discutidas desde los primeros años del Siglo XIX en la propia Universidad), las de Darwin, Herder, Buckle, Spencer, Taine, Renán, Rossi y Lebon empezaron a florear en el criterio aplicado a la investigación de nuestro proceso histórico. Al rescoldo de estas nuevas luces se forjó la obra de Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, Angel César Rivas y Laureano Vallenilla Lanz, principales entre quienes estudiaron con criterio moderno nuestra historia de pueblo. Unos y otros proyectaron sobre el análisis del pasado la noción en moda, que veía la Historia, más que como disciplina literaria y filosófica, como capítulo de las ciencias físicas y naturales. Al amparo del determinismo y del psicosociologismo se abrieron caminos que en forma indirecta provocaron una revisión realista de los hechos antiguos: el carácter orgánico de lo histórico se impuso sobre la vieja noción de una mera indagativa y de una entusiasta exposición de circunstancias. Más que al relato se atendió al contenido positivo de los hechos. El eslabón que une el presente con el pasado pidió mayor amplitud de búsqueda y aún para la propia interpretación de la "edad heroica", se buscó el nexo causal que explicase los movimientos sociales. Este proceso concluyó por abrir la etapa que podríamos llamar del "revisionismo colonial".

Se juzgó que ninguna época histórica en lugar alguno puede estudiarse y comprenderse sin el conocimiento previo de las épocas anteriores. Así entre algunos escritores, fieles tanto al romanticismo heroico y al iluminismo del Siglo XVIII, como a la disvaliosa polémica de los primeros tiempos, perdurase la idea de que pudiera

existir un "hiato" o pausa entre la Colonia y la República, se hizo, sin embargo, campo cierto la tesis realista de que sin el estudio constructivo de nuestro pasado español, (pasado nuestro, no de agentes peninsulares), por jamás podría comprenderse el proceso de la república. A pesar de ser por demás meritoria y orientadora la aportación de los nuevos métodos, el carácter de ciertas conclusiones condujo a una apreciación pesimista de nuestra propia vida social. Estudiando el hecho histórico como simple fenómeno de reacciones primitivas y orgánicas, e influídos los investigadores por los principios en uso, que hallaban en fórmulas raciológicas, en complicados axiomas de herencia, en fatales circunloquios telúricos y en la exaltación de los instintos biológicos la razón de ser de aquéllos, produjeron una "conciencia de realidad", que desembocó especialmente en los estudios de Vallenilla Lanz, en toda una filosofía del hecho de fuerza como expresión permanente de lo histórico venezolano. (Aprovechando fórmulas falsas, se ha creado la peligrosa tesis del "gendarmismo", como método de gobernarse la sociedad venezolana). Sin advertirlo, los autores llegaron, de ensayo en ensayo, sobre la primitiva fórmula del monismo evolucionista, a edificar el hecho de cultura sobre una concepción físico-antropológica que miró al soma con prescindencia de las valorizaciones psíquicas.

Pero a la labor iniciada por Rivas, Arcaya, Vallenilla Lanz y Gil Fortoul se sumaron la investigación y el discurso de Tulio Febres Cordero, Lino Duarte Level, Caracciolo Parra Pérez, Rufino Blanco-Fombona, Eloy G. González, Caracciolo Parra León, Rafael Domínguez, Nicolás E. Navarro, Vicente Dávila, Luis Alberto Sucre, Héctor García Chuecos y algunos más, quienes, con disperso criterio dualista, buscaron la explicación del proceso histórico colonial en hechos de cultura más que en fórmulas deterministas. Sobre la magnífica aportación historiográfica de Aristides Rojas, pionero de archivos y museos; con la ayuda del material, desordenado y a veces baladí, de Manuel Landaeta Rosales; husmeando en la estupenda colección de Blanco y Azpurúa, tan impropiamente llamada "Documentos para la Vida Pública del Libertador"; con consulta de los fondos del Archivo General de la Nación y de las copias de Sevilla que enriquecen la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, los investigadores han tenido a la mano ricos papeles que facilitan la indagación del proceso colonial. Mas, la corriente nueva, si bien ha logrado una serie de rectificaciones y ha suscitado una nueva polémica de carácter doctrinario, no ha obtenido aún la sistematización que permita una clara e integral concepción del pasado. Apenas se ha logrado la fijación de hitos firmes para futuros trabajos.

Los factores humanos que se conjugaron para la formación de la sociedad colonial, (español, indio y negro), no se han investi-

gado en la medida deseable. Por lo que dice a los elementos etnográficos y etnológicos se ha carecido hasta hoy de una sistemática que preste soluciones armoniosas. Los trabajos de Gaspar Marcano, Ernst, Aristides Rojas, Rafael María Urrecheaga, Monseñor Jáuregui, en el siglo pasado, enderezados al estudio *in situ* del hombre aborigen, ayudados eficacísimamente por la aportaciónde investigadores extranjeros, han tenido continuadores entusiastas en Lisandro Alvarado, Alfredo Jahn, José Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas, Elías Toro, Amílcar Fonseca, Pedro Manuel Arcaya, Américo Briceño Valero, Samuel Darío Maldonado, Bartolomé Tavera Acosta, Abelardo Gorrochotegui, Rafael Requena, Luis R. Oramas, Gilberto Antolínez, Walter Dupouy, Juan Liscano, Antonio Requena, Arturo Guevara, Tulio López Ramírez, Julio Febres Cordero G., Hno. Nectario María, y especialmente en Miguel Acosta Saignes, a quien corresponde el mérito de haber promovido la creación del Departamento de Antropología en la Universidad de Caracas, donde habrán de adquirir normas científicas las nuevas investigaciones y donde se dará seguramente una orientación de equipo al trabajo de los estudiosos.

Coadyuvante del progreso de los estudios históricos ha sido la formación de museos y el arreglo de los archivos. A la labor de Ernst y de Aristides Rojas se debió en el siglo pasado la primitiva organización de nuestros museos de historia civil y de historia natural *(*)* Mas, dichos institutos fueron hasta época muy reciente, centros muertos, carentes de la sistematización que les permitiera su indiscutible función didáctica. En cuanto a nuestros archivos, aprovechados sin método por los laboriosos compiladores del siglo último, y así hayan servido a partir de 1912 de excelentes centros de divulgación, no han rendido todo el fruto deseable. La meritísima labor de clasificación y catalogación realizada en el Archivo General de la Nación y la reproducción en su Boletín de los índices generales, si en verdad constituyen una rica contribución para el conocimiento de nuestras fuentes históricas, son apenas parte de la obra a que está destinado el Instituto. Junto a la labor de oficina, cumplida en función burocrática, ha faltado la promoción de un espíritu de trabajo en equipo que sistematice la investigación y dé al Archivo el carácter de Centro de Investigaciones históricas que le reconoce la Ley de 1945, sobre su antigua función de depósito de fondos documentales. En este sentido se intentó en 1941 la formación de un Seminario de paleografía y de investigación archivística, que de haber proseguido hubiera sido parte a caracterizar el trabajo futuro.

La carencia de espíritu de acoplamiento en la labor histórica ha sido una de las causas fundamentales del poco desarrollo de

(*) Ver nuestra publicación Régimen de Archivos y Museos Nacionales, Tip. Americana, 1946.

nuestro espíritu investigador. La obra histórica nuestra ha estado representada por el meritísimo esfuerzo señero de los amantes de la Historia. ¿Dónde la escuela que pudieron formar Alvarado, Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz? El trabajo de éstos, como el de la generalidad de los historiadores, se realizó en forma individual, venciendo grandes obstáculos y sin crear el espíritu de grupo llamado a proseguirlo. Para tener discípulos inmediatos se ha necesitado profesar la materia en algún instituto de secundaria, como en el caso de Eloy G. González. Como obra colectiva de trabajo sólo puede presentarse la labor realizada en el Archivo General de la Nación, mas este trabajo, según ya hemos dicho, sólo puede presentarse como fruto de una consigna burocrática encaminada al arreglo de papeles antiguos. Si mucho representan las publicaciones del Instituto (Causas de Infidencias, Encomiendas, Hojas Militares, Diccionario de Ilustres Próceres, Orígenes de la Hacienda, Indices de secciones etc.), no tienen aún el carácter de indagación y de examen crítico que están pidiendo sus ricos fondos documentales. Para ello ha faltado una sistematización didáctica de los estudios históricos, que permita orientar vocaciones y ordenar el trabajo de los investigadores. Según el plan que se estudia para el desarrollo de las futuras actividades de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad caraqueña, es de esperarse la próxima creación de un Departamento de Historia, donde se puedan emprender estudios científicos y literarios que faciliten la racionalización de una investigación que supere la etapa de los estudios individuales. (*)

Justamente hemos llegado a un estado de conciencia que permite revisar con éxito nuestro proceso histórico. Ya ha declinado la época en que se juzgó actitud antipatriótica censurar la personalidad de los héroes de la Independencia y en que se miró como anhelo de retorno servil la justificación "*en tiempo*" del período colonial. Entre nuestros estudiosos, cualquiera que sea su posición doctrinaria diferencial, han aparecido retoños de urgencia hacia una nueva obra sin prejuicios ni silencios interesados. Pero ella reclama una conciencia de grupo, un concepto previo que lleve a considerar las disciplinas históricas como proceso que pide la cooperación armoniosa de un conjunto de trabajadores.

Si como fruto de trabajo aislado, nuestra bibliografía histórica presenta obras de densidad y brillo que prestigian nuestras letras, ¿qué no cosecharía mañana el trabajo en equipo de los nuevos investigadores? A ello debe caminarse con un sentido de realidad y con espíritu de verdadero patriotismo. Urge dar al trabajo histórico un carácter de comunicatividad y de cooperación

(*) El Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, cuenta con una Cátedra de Introducción a la Historia; una de Historia de América; dos de Historia de Venezuela (Colonia y República); una de Historia de la Literatura Venezolana.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

que lo aleje de la vieja actitud silenciosa que hacía mirar en el estudioso de Historia una especie de mago, guardador de los secretos del tiempo, a quien pareciera mover un candoroso deseo de ganar albricias.

De lo expuesto y en cuanto a su caracterología, la Historia de nuestra Historia podría enmarcarse en los siguientes ciclos:

1° —Ciclo de la conquista y la colonia. Lo representan el acervo de los primeros cronistas de tipo particular (Castellanos, Aguado, Simón, Piedrahita, Oviedo y Baños, etc.), las relaciones de tipo general indiano, los viejos relatos de viajeros, los documentos de los propios conquistadores (Federmann), las relaciones obandinas (1572-1585), las divulgaciones y los estudios etnográficos y lingüisticos de los misioneros, las visitas e informes generales (Martí, Olavarriaga, Iturriaga etc.)

2° —Ciclo heroico. De carácter literario y polémico, que tomó como centro de interés para el estudio del pasado la lucha de Independencia y la exaltación romántica de sus hombres. (Yanes, Baralt, J.V. González, Larrazábal etc.)

3° —Ciclo científico, cuyas realizaciones pudieran encuadrarse así:

a). El estudio del hombre primitivo venezolano. (Ernst, Marcano, Rojas, Alvarado, Salas, Jahn etc.)

b.) La historiografía con consulta documental. (Rojas, Febres Cordero etc.)

c.) La revisión crítica del proceso anterior a la Independencia y la aplicación de ideas positivistas en la interpretación del hecho histórico venezolano. (Alvarado, Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz etc.)

d.) La publicación oficial de grandes colecciones documentales. (Blanco y Azpurúa, Anales de Venezuela, O'Leary, Cartas del Libertador, Archivo de Miranda, Archivo de Sucre etc.).

e.) Las tentativas de organización archivística.

f.) El neo-revisionismo contemporáneo (Augusto Mijares, Santiago Key Ayala, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sanchez, Enrique Bernardo Núñez, Cristóbal L. Mendoza, Mariano Picón Salas, Jesús Antonio Cova, Luis Beltrán Guerrero, Ambrosio Perera, Eduardo Arcila Farías, Juan Oropesa, Carlos Irazábal, Julio Febres Cordero, Mercedes Fermín, Héctor Parra Márquez, Casto Fulgencio López, Jesús Arocha Moreno, J.A. Armas Chitty, Arellano Moreno, Rondón Márquez, José Nucete Sardi, Luis Acosta Rodríguez, Juan Liscano, Juan Saturno, Rafael Pinzón, Siso Mar-

tínez, Pedro José Muñoz, Fernando Carrasquel, Joaquín Gabaldón Márquez, Ismael Puerta Flores, Carlos Felice Cardot, Polanco Martínez, Giménez Landínez, Montaner etc.)

Aventurado y arbitrario sería pensar que entre el segundo y el tercer ciclo existe una separación ideológica que permita dar por abolido el criterio que inspiró a los historiadores de su tiempo. Aun en la etapa que nos atrevemos a llamar del neo-revisionismo, subsisten escritores de Historia que permanecen fieles a las líneas mentales que inspiraron a los románticos del siglo pasado.

Sin embargo, y así la Academia Nacional de la Historia haya realizado por más de cincuenta años una fecunda labor de divulgación y de enriquecimiento de los instrumentos generales, nuestros estudios históricos, no sólo desde el punto de vista de la eurística, adolecen de retardo en lo que dice a metodología interpretativa. El plano de la historiografía retiene a muchos trabajadores. Se necesita formar un recto concepto historicista que busque para la exposición y la crítica de los hechos la aportación de las nuevas conclusiones filosóficas ensayadas para la explicación de los complejos procesos sociales, en cuyo alumbramiento disputan aquellos que explican al hombre, según decir de Sheller, como "un portador de espíritu" y los que, fieles al monismo materialista, reducen los fenómenos de la cultura a mera culminación de reacciones orgánicas sin espíritu. Para airear este nuevo paso de nuestros estudios históricos, urge variar su propia concepción metódica: junto al investigador, el intérprete que sea capaz de mirar más allá del campo estático de los datos. Volviendo las aguas del tiempo, hacer del historiador lo que los jonios del Siglo VI expresaron con el vocablo "histor". El indagador que conoce y explica la verdad. Para llegar a ese momento, precisa invertir una serie de supuestos aún cargados de vigencia. Urge que el historiador venezolano, apartándose definitivamente de la idea de guardador de una gloria mayestática, mire al deber de dar vida, con fines presentes de comprensión social, al mundo de la Historia, no en su mera concepción de disciplina cultural, sino en su profundo y permanente valor de hechos que hablan en la pervivencia de la sociedad. Para interpretar lo actual, es decir, la vida visible del pueblo, necesitamos conocer las reacciones ocurridas en la época que nos vela el tiempo. Como inmenso cuerpo humano para cuya anatomía se le hubiese colocado la mitad en cámara luminosa y la mitad en otra cámara, adonde no podemos penetrar materialmente, la sociedad reclama las voces de quienes en el recinto vedado tienen el secreto de la las reacciones que no vemos. Asimismo, para que en la vida de hoy se vea la continuidad imperiosa del remoto ayer, es necesario estudiar con fines de complementación y de balance creador el mundo antecedente. Para llegar a ello, debemos encaminar nuestros mejores esfuerzos hacia una etapa historicista que nos capacite,

por medio de mejores instrumentos de investigación y de crítica, para el cabal conocimiento de las leyes de nuestro desenvolvimiento de pueblo. Y hecho el balance de nuestras deficiencias, buscar con optimismo la enmienda de nuestros errores sociales y precaver la deformación de nuestra conciencia nacional.

Suelo y Hombres*

Cualquier estudio severo de nuestra Historia nacional debe comenzar por el examen del área geográfica donde se ha movido nuestra sociedad histórica y por el examen sincero y profundo de los diversos elementos étnicos que se conjugaron para producir el alegre y calumniado mestizaje venezolano.

Lamentablemente nuestros estudios geográficos carecen de las condiciones requeridas para que se pueda tener de ellos una síntesis apropiada al logro de una visión de conjunto de nuestro suelo y su función ecológica. Quizá entre los factores que ponen más de bulto la tragedia de nuestra desidia nacional, ocupa sitio avanzado la pobreza de nuestros estudios geográficos y estadísticos. Como todo lo hemos hecho a la buena de Dios, que con frecuencia ha resultado ser la mala del Diablo, jamás hemos pensado en comenzar las cosas por sus principios. En 1841, Agustín Codazzi preparó, como complemento de su gran carta y de su atlas estupendo, su "Geografía de Venezuela", e hizo que el ilustre Rafael María Baralt y don Ramón Díaz escribiesen su magnífica "Historia". Pensó Codazzi con lógica simplista: primero el suelo, después el drama que lo tuvo de escenario. Para abonar el prestigio de la Geografía, pidió al historiador el relato de las hazañas que tuvieron por marco la grande área, cuyas cualidades y condiciones físicas estudió, palmo a palmo, sobre los caminos patrios. Codazzi entendió que suelo y hombres hacen una unidad funcional, cuyo producto es la cultura que recogen analistas y folkloristas y que explican los sociólogos y los filósofos. Sin el estudio del relieve geográfico y de sus condiciones esenciales, no es posible, tampoco, la fijación de normas que hagan provechosas las actividades futuras de la colectividad.

(*) Lectura en el Ateneo de Valencia.

La Patria se mete por los ojos. Con el paisaje se recibe la primera lección de Historia. Entender nuestra Geografía y escuchar sus voces, es tanto como adentrarnos en el maravilloso secreto de nuestra vida social. La cultura, asi adquiera los contornos de la Acrópolis griega, mantiene siempre su primitivo signo vegetal. La Geografía es de indispensable conocimiento para la comprensión de la problemática social. El suelo define en parte el destino de los pueblos. Los hace mineros, pastores, agricultores, pescadores o industriales. La ladera y la llanura configuran tipos a quienes diferencia la actitud que toman cuando roturan los sembradíos. El hombre que crece en la llanura y frente al mar acostumbra los ojos a una visión en línea recta. El montañés adquiere el hábito de la variante continua a que lo obligan cimas y abismos. El ribereño, junto con el dominio de las aguas, crea la confianza de que ellas le darán un nutrimento que ni lo ve nacer ni lo mira en su desarrollo esperanzado. En cambio, el recolector agrícola sabe que a diario ha de poner la mano en los sembrados. El minero tiene fe ciega de que la tierra le recompensará en un minuto fulgurante todo el tiempo que haya dedicado a soñar la áurea veta o la arena diamantífera. La montaña, el río, la ladera, el lago, la llanura producen tipos que, al diferir en razón de las peculiares condiciones para el trabajo y el enriquecimiento, promueven corrientes diversas en la propia relación social. ¿Qué decir de los hombres que viven y crecen en terrenos resecos, en arenales sin sombra o en hondonadas de rocas? ¿Qué pensar de los que viven en zonas insalubres, pobres de agua y ásperas de vientos?

La obra del hombre frente al suelo consiste en dominar la Geografía y ponerla al servicio de la cultura. "Venceremos la Naturaleza", exclamó Bolívar en uno de los momentos más trágicos de nuestra Historia. La frase fué tomada en distinto sentido del que le dió el Libertador, y aún teólogos amigos de su gloria se han puesto en el empeño de desvestirle la intención blasfema con que la propalaron los realistas. "Vencer la Naturaleza" es, en cambio, junto con un acto de fe suprema en las potencias del espíritu, todo un tratado de eficacia política, al cual nosotros culpablemente, hemos dado espaldas. Lejos de intentar que nuestro esfuerzo rinda la rebeldía de la Naturaleza, hemos creado una teoría determinista de nuestra Historia, la cual busca explicar nuestra sociedad como expresión de causas tan inmutables como la misma corteza terrestre. El fatalismo de esta hermenéutica pesimista ha subido hasta fórmulas que niegan la misma movilidad de la conciencia popular, en su anhelo de anchar el radio de sus derechos inmanentes, luz y norte de toda Historia.

"Vencer la Naturaleza", en orden a que sirva cabalmente a los fines de nuestro desarrollo, tampoco lo hemos podido hacer con método los venezolanos, por cuanto, además de haberla descui-

dado y entregado al extranjero, no la conocemos en toda la amplitud de sus posibilidades creadoras. Escasos y dispersos, nuestros estudios geográficos han carecido del carácter funcional que persiga, por medio del examen del ambiente, las posibilidades de hacer mejor la vida del hombre. Ni siquiera se nos ha ofrecido una geografía alegre que incite nuestro esfuerzo hacia el arraigo de la tierra. Aún en el orden del esparcimiento y de la distracción que reclama el hombre de los grandes centros urbanos, el venezolano busca horizontes extraños, por cuanto no se le ha enseñado a mirar su propio paisaje. Un interior sin caminos y sin posibilidades de alojamiento, no es, en realidad, para invitar a meterse en él.

Los españoles pensaron de diverso modo, y aunque no con el concepto moderno de los valores geográficos, buscaron desde el propio Siglo XVI el mayor acopio de datos sobre el suelo de las Indias. Para completar las descripciones, frecuentemente delirantes, que estampaban los primeros cronistas, las autoridades de España giraron instrucciones para fijar de manera uniforme un sistema de redactar la descripción del suelo indiano. Las más antiguas acerca de nuestra regiones fueron formadas en el Siglo XVI a requerimiento de Don Juan de Obando, Presidente del Real Consejo de Indias. Enredadas y confusas, las memorias y las relaciones de tierras y productos naturales y agrícolas, formadas durante nuestra era hispánica, acusan un propósito de ahondar los secretos del suelo como tema esencial para planificar una política. También lo pensaron así los hombres de la República y, posiblemente a iniciativa de Antonio Leocadio Guzman en el primer Gabinete de Páez, el Ministerio de lo Interior solicitó de los Gobernadores amplios informes geográficos y estadísticos, muchos de los cuales fueron utilizados más tarde por Codazzi. Comprendió muy bien el sagaz estadista, a quien tocaba orientar las lineas organizativas de la Tercera República, que era preciso proseguir el camino de los geógrafos y de los estadígrafos que buscaron durante la época hispánica describir la tierra y recoger las cifras de la riqueza humana y de la riqueza territorial. Hoy conocemos la excelente labor de don Pedro José Olavarriaga, quien formó en 1721 el censo agropecuario de la primitiva provincia de Venezuela, y también los datos estadísticos del Obispo Martí, los de Castro y Araoz y las noticias de Centurión, todas encaminadas a fijar importantes referencias sobre el desarrollo de la población y de su riqueza.

Hombre de amplia visión de gobernante, Guzmán Blanco hizo editar los famosos *Anuarios*, de donde arranca nuestra moderna estadística, valiosa a pesar de su discontinuación y de habérsela hecho muchas veces sin el verdadero sentido de sus fines. En los *Anuarios* guzmancistas, junto con datos histórico-geográficos, se recogieron minuciosos cuadros que hoy sirven para juzgar el estado de nuestra riqueza y de nuestra cultura de entonces. Sabía el Ilus-

tre Americano que el gobierno de una nación no es proceso empírico que puede realizarse sin previo conocimiento de las realidades sociales. Sin un profundo dominio de los problemas históricos, geográficos y sociológicos de una nación, no se podrán modificar alentosamente sus posibilidades constructivas. Por eso, hoy los Institutos geográficos y estadísticos han tomado un desarrollo inmenso en países, como el Brasil, digamos, donde sus hombres dirigentes tienen marcado empeño en aposentar una cultura. (*).

Entre nosotros se ha trabajado al milagro de las corazonadas y de los falsos aciertos. Hemos hecho nuestro camino público como el vagabundo que toma en los cruces la primera vía. Por ello, presentamos el curioso caso de que a estas alturas haya necesidad de decir a la gente, y a la gente que se llama directora, que es urgente hacer el balance histórico de nuestras posibilidades y que es de imperio ver sobre los cuadros del pasado los propios problemas que quedaron truncos en su resolución. Nada tan doloroso y que explique mejor la razón de nuestra crisis, como el espectáculo de un pueblo que quiere olvidarse de sí mismo y que sólo busca en su pasado los mortecinos fulgores de una gloria personalista, donde tuvo antaño relieve nuestra función humana.

Con el del suelo, el del hombre en su valorización antropológica, constituye problema de previa comprensión para quien pretenda explicar el desarrollo histórico de una comunidad. El hombre, tanto por su valor de individuo como por su significado integrador de las entidades sociales pueblo, religión, ejército, raza, es el verdadero sujeto de la Historia. Sujeto en la actividad de crear hechos, y sujeto en la pasividad de estar incluído en la propia realidad de los procesos colectivos. El área geográfica, con sus múltiples alternativas y fenómenos, y el hombre, en la diversidad de sus manifestaciones físicas y morales, colectivas o individuales, son los temas donde tienen afinco y toman impulso las realizaciones que son objeto de la Historia. Benedetto Croce definió la Historia como una hazaña de la libertad. También es una hazaña por dominar, para esa misma libertad, los obstáculos de la naturaleza. Quienes busquen en el pensamiento de Bolívar un sentido creador que todavía pueda ayudarnos en nuestra lucha presente, ya tienen un programa de acción en su estupenda frase "Vencer la Naturaleza". Aún no hemos intentado vencerla, en el orden de dominar sus obstáculos y en el camino de aprovechar sus promesas.

Cuando el estudioso de nuestra Historia se empeña en buscar la explicación de los hechos cumplidos en nuestro territorio, ha de comenzar, una vez conocida la realidad geográfica donde se en-

---

(*) El incansable trabajador Dr. Ricardo Archila, ilustre sanitarista e historiador de nuestra Medicina nacional, publicó en 1949 una valiosa monografía titulada "Orígenes de la Estadística Vital en Venezuela".

marcan nuestros pueblos, por indagar el valor de los hombres que llegaron a formar nuestra comunidad social. Bastante se ha hablado de nuestro mestizaje americano, y a él se imputan las grandes fallas que se observan en nuestro proceso de pueblo. A la ligera se ha juzgado el caso, y muchos hombres serios han parado en desesperar de nuestro porvenir, en razón del tan traído y tan mal llevado plasma mestizo. Somos en realidad un pueblo de trasplantes y de confluencia. En nuestro territorio se reunieron durante el Siglo XVI grupos sociales correspondientes a disímiles culturas que iban a interferirse: el español, mestizo de muchos pueblos y con signos de marcada regionalidad peninsular; el indio, representado por diversas tribus, en condiciones de inmenso atraso; el negro, traído de distintas regiones del Africa esclavizada. Ninguno de los tres grupos poseía homogeneidad de valores étnicos y de hábitos sociales, pues aún el español, que iba a marcar con sus signos precisos y admirables, el nuevo orden social, difería entre sí según la oriundez regional de la Península. El andaluz, el catalán, el gallego y el extremeño pusieron sus características diferenciales en los pueblos diversos donde aposentaron. (En Venezuela, por ejemplo, se observó hasta hace relativamente poco tiempo cierta diferencia regional en el régimen de las aguas comuneras; su estudio, a través de los viejos sistemas de policía rural, serviría de hilo para llegar a los viejos derechos forales peninsulares, trasplantados por los primitivos pobladores). Pero el español, pese a estas curiosas diferencias, poseía una uniformidad de símbolos que lo colocaba en plano arrogante. El era quien venía a dar la mejor aportación para la mezcla. El era el pueblo con Historia que venía a unirse con tribus y grupos sin anales.

Cuando se puso a andar nuestro proceso social, él fué la cabeza. Poseía un histórico señorío de cultura. El indio, dueño antiguo de la tierra, aportaba apenas una modestísima experiencia agrícola. Claro que me refiero al indio nuestro. No al indio de México, Centro América y Perú, que mantenían la presencia de una antigua cultura. De los nuestros, algunos tenían sistemas artificiales de riego y labraban con gracia el algodón. La cerámica hallada en Occidente y en Tacarigua sirve para pensar en un pueblo antiguo o en comercio con regiones de avanzada cultura artística. Aunque pudieran tener los timoto-cuicas relaciones con los chibchas del altiplano de Cundinamarca, su nivel cultural era por demás bajo, mucho más si se piensa en las culturas, ya decaídas a la hora de la conquista, que los españoles hallaron en México, Centro América, Ecuador, Perú y Bolivia.

Pero el indio es factor muy principal para el estudio de nuestro mestizaje y para la comprensión del proceso formativo de los pueblos. Su aportación precisa verla, no sólo como elemento de trabajo en la formación material de la riqueza colonial, sino también en lo que representa para el nuevo sentido que adquirirán en nuestro suelo las fórmulas hispánicas. A su lado el mundo negro

reclama, sin embargo, un mayor estudio y una más meditada comprensión. El simplismo con que se nos enseñó nuestro proceso antiguo ha sido parte a que el negro se haya visto como una uniforme masa esclava, dedicada al paciente laboreo de la mina, de la caña de azúcar y del cacao. Se empieza ahora, siguiendo el ejemplo de Nina Rodríguez, Arthur Ramos y Gilberto Freire, en el Brasil, y de Fernando Ortíz, en Cuba, la investigación de nuestras raíces negras, a fin de establecer con la debida precisión los procesos de transculturización ocurridos en nuestro mundo americano. Se ha sabido que en los barcos negreros, Inglaterra y Portugal transportaron a nuestra América tribus enteras que gozaban en el territorio africano un grado apreciable de cultura. Reyes de mayor categoría que nuestros Piaches y Caciques aruacos y caribes, fueron trasladados a nuestro suelo para el laboreo de las minas. El Negro Miguel acaso no buscaba en Buria una corona nueva. Posiblemente sus hombros habían sentido el suave y adulador peso de la púrpura en tierras africanas. (Por ligereza hemos llegado, yo mismo caí en ello, a negar la dimensión del Rey Miguel y a verlo como mero expediente del español para acrecer sus méritos). Más que el indio, el negro fué muro de resistencia y de rebeldía contra las autoridades españolas. En papeles de Trujillo, correspondientes al Siglo XVII, he leído acerca de expediciones encargadas de reducir las "cimarroneras" alzadas. El "quilombo" apareció por ello como el homenaje de su rebeldía. Mientras en Coro, Maracaibo y Güiria se oye a los negros vocear la revolución a fines del Siglo XVIII, el Capitán Sevilla anota en sus "Memorias" la sorpresa que le causó ver a los indios de Oriente engrosar entusiastas los pelotones del Rey. Y como el español no se desdeñó del ayuntamiento con una y otra razas, luego el torrente sanguíneo mostró un pulso más entero.

Yo, por ejemplo, considero que lo negro no es reato alguno para nuestro progreso, así lo pregonen quienes olvidan graves e innegables compromisos. Creo, de lo contrario, que el negro, ya presente en el plasma del español, constituye una fuerza viva que no aportó el indio, de malicioso y resignado genio. Además, si en verdad los signos que dan dignidad y categoría histórica a nuestra cultura provienen del conquistador español que trasportó a las Indias la Historia cargada de siglos del viejo mundo, también es cierto que el negro y el indio dieron lo que era suyo, en vicios y virtudes, para la formación de lo que socialmente hoy somos. El sentido igualitario del español promovió la síntesis de sangre que trajo por resultado nuestro mestizaje, raíz y afinco de la democracia social de Hispanoamérica. En cambio, el puritanismo del Norte y el genio clasista del anglosajón, provocaron la espantosa paradoja de la desigualdad que consagran y legitiman las leyes norteamericanas. Entre los yanquis, una gota de sangre negra desfigura y negrea la más blanca prosapia; entre nosotros, una gota de sangre blanca modifica favorablemente las más negras estirpes.

Pueblo con grandes posibilidades de mejoramiento, el nuestro lo habría logrado ya, si se le hubiesen ofrecido medios idóneos para levantar el nivel de su cultura. Pero, los dirigentes que han tenido en las manos el gobernalle de la nave, no han pensado en el pueblo sino como mero soporte de sus necesidades y caprichos. Buen pueblo para llamarlo a engrosar las tropas que han derramado su sangre en los campos de batalla donde lucía el ímpetu de los mandones; buen pueblo para llevarlo a recoger la cosecha de cacao, de caña o de café; buen pueblo para que en el pozo petrolero trabaje día y noche en beneficio de las empresas extranjeras. Pero a ese buen pueblo no se le ha educado cívicamente para otra misión que no sea dar su respaldo a las autoridades del momento. Se le mantiene en la alegría de sus formas primitivas, pero no se le indican los caminos de que su grito se convierta en voz deliberante. Ese pueblo con cultura puede, en cambio, superar todos sus reatos y puede volver a realizar la hazaña portentosa que le dió el mayorazgo de la libertad en América. Si no ha reaparecido plenamente en el campo de la Historia, es por la simplísima razón de que no se le ha buscado ni se le ha hecho conocer el sentido de su propia misión de pueblo.

Los eximios patricios civiles que hicieron la Independencia, necesitando la fuerza del pueblo, fueron a él para predicarle directamente las consignas nuevas. Por ello, en grandes generales concluyeron antiguos universitarios. Prodigioso ejército de letrados, en el cual hasta el Licenciado Miguel José Sanz —honra y prez de esta altiva y noble ciudad— tomó una lanza para acabar con Boves. Estos maravillosos creadores de la República compartieron con Juan Pueblo su ración de casabe y de cecina. Ellos se sabían constructores de casa libre para todos, y buscaron a los hombres para predicarles el decoro y la libertad, y para decirles, también, la manera cívica de ser pueblo.

La Historia sirve para pintarnos el proceso doloroso por medio del cual se desvió el paso cívico, y los dirigentes encargados de iluminar caminos, le marcaron rumbos obscuros a la colectividad. Pareció a muchos que era más cómodo buscar un hombre que buscar un pueblo. Y la Historia se dividió en dos partes: la de quienes quisieron que el poder lo ejerciese Vargas en nombre de la mayoría, y la de quienes prefirieron seguir a ciegas la voluntad de Páez.

Se dice que de esta división tremenda tienen la culpa nuestra Geografía y nuestro pueblo. Se imputan al suelo deficiencias que justificarían la permanencia fatal de determinados vicios sociales: se acumulan al pueblo, por su estructura mestiza y por la aspereza del medio, factores de imposible superación. Pero así no es el cuento. Una centrada meditación acerca de nuestro pasado histórico, nos puede llevar a la certeza de que si carece de posibili-

dades cívicas nuestro pueblo, todo se debe a que a ello ha querido inclinarlo la voluntad de quienes —doctores y generales— más lo han visto como medio de beneficio personal que como fin racional de la organización estatal.

Muchos han falseado la propia interpretación de nuestra Historia y han erigido crasos errores en normas inmutables. Nuestra Historia, como explicación de nuestra propia vida social y como puerta para antever el futuro, clama por voluntades esforzadas que salven su verdad, es decir, la verdad de nuestro propio destino histórico. Dentro se la destruye, fuera se la niega. La verdad de lo que somos, reclama el exhaustivo examen de la realidad de lo que fuímos. Pero nuestra Historia está enferma de mala intención en su propia raíz estructural. I porque no sabemos lo que somos, carecemos del canon social que nos permita defendernos de nosotros mismos y de los aventureros extraños que desearían ver en nuestras plazas mayores la estatua del pintoresco Walter Releigh o la de Walker el esclavista, en lugar de la estatua solemne de Simón Bolívar.

Pareciera que al circunscribir al mestizaje afro-indo-hispánico el soporte humano de nuestra Historia, yo estuviese cerrando muros a la universalidad de los procesos integradores de la cultura. Abiertas con la República nuestras puertas a toda inmigración, el país recibió durante el siglo último una magnífica aportación de sangre, distinta de la sangre tradicional de nuestro pueblo. Con ella vinieron ideas y hábitos que luego se fundieron con los hábitos e ideas cargados de solera venezolana. Hoy, dicho proceso, lejos de restringirse, tiene abiertas todas las posibilidades, con promesade contribuir de buena manera al progreso de la República. Con la inmigración nos viene la resfrescante cultura del mundo. América la necesita. Venezuela la reclama. Con la gracia del injerto, queremos, en cambio, que no se pierda la continuidad histórica de nuestro pueblo. Martí lo dijo con palabras de admirable elocuencia: "Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas". La función troncal invocada por José Martí la desempeñan la tradición y la Historia nacionales. Ellas tienen la misión de configurar, para la nueva realidad social, el alma de los forasteros que vienen a sumarse a nuestra actividad cuotidiana. En su rico hontanar duermen los dioses que dan unidad al destino de los pueblos.

Hechas a un lado, en cambio, la tradición y la Historia de Venezuela, como fuerza aglutinante de la nueva sociedad, proliferaría en nuestro país el espíritu disolvente que le marcaran los distintos grupos y los varios hábitos importados. Dejaría de ser la Venezuela perpetua, para tornarse en nueva comunidad, donde nuestros nombres y los nombres de nuestros mayores no tendrían razón de ser recordados. Perderíamos hasta el derecho de ser con-

tados como muertos en el orden de la Patria futura. El vigor de la Historia, en cambio, va hasta darnos en los tiempos por venir una realidad de creación y de permanencia dentro del área moral de la República.

Ambito y Razón del Humanismo Americano*

No uno sino mil diversos temas acuden raudos a la mente en la oportunidad de ser memorado el día feliz cuando Cristóbal Colón sentó huella en las playas del nuevo mundo americano. En aquel momento concluía una audaz aventura y comenzaba un largo drama. Hoy, cuando en cortas horas rendimos por los aires la inmensidad atlántica, es difícil medir el acento trágico del viaje colombino. Si los portugueses habían realizado ya la ruta de los grandes mares de la India, puede decirse que se habían movido en un plano de mayor realidad y, consiguientemente, de menor incertidumbre. Hicieron casi un viaje de reencuentro de rutas presumidas. Colón, en cambio, iba en pos de un misterio y de una hipótesis. Más que un nuevo objetivo asiático, perseguía una finalidad de descubrimiento universalista. Se salía de la línea de los horizontes comunes para meterse en la tiniebla profunda y salvaje del océano. Su brújula iba a derivar sobre campos completamente inciertos, en pos del complemento dimensional de la teórica esfera terrestre. El día y la noche eran igualmente misteriosos para los navegantes de las tres carabelas del milagro. La misma luz solar resultaba otra en su nuevo esplendor maravilloso y cuando la aguja imantada, al variar de campo, dió por resultado un cálculo que no cabía en la normal arrojada por el cuaderno de bitácora, Colón, firme en su gran fe, no quiso mostrar ante sus compañeros ninguna sombra de duda, y achacó a equivocado movimiento de las estrellas y no a falla de su cálculo, la diferencia marcada por la brújula. En medio de aquel caos oceánico era posible pensar que las mismas estrellas erraran. En cambio, Colón, que era el hombre en pos del complemento de su mundo, no podía equivocarse. En aquel momento y en aquel sitio él tenía poder para alterar la geografía y para variar la

(*) Lectura en el Ateneo de Caracas, el 12-10-51

astronomía y aún para agregar, en razón de sus diálogos con Dios, nuevos escolios a las sentencias teológicas. El era el hombre en la plenitud del goce de sus potencias creadoras. Llevaba entre sus manos el propio destino de la Historia universal, hasta entonces enmarcada en un mundo que, para redondear sus conceptos, tenía que subir o que bajar hacia planos de alucinante fantasía. El iba a transformar una geografía imaginativa que hasta para el examen de los fenómenos atmosféricos, hacía cuenta, junto con las tempestades y con los huracanes, de toda una subalterna mitología de pesadilla. Viaja Colón hacia occidente, y el mascarón de sus naves va rompiendo el secreto de las sombras espantosas, de cuya vigilancia estuvo encargado el feroz Melkarth, perpetuo custodio de las columnas que separaban el *Mare Nostrum* del *Mare Tenebrosum*. (Los fenicios, temerosos de que las sombras oceánicas pudieran obscurecer el milagroso mar interior que servía de asiento a la vieja civilización del hombre, confiaron a su Hércules impávido el gobierno de las tinieblas).

En aquellos momentos el mundo iba con Colón tras la verdad de su propia dimensión cósmica. La hipótesis de la redondez de la tierra era sometida a prueba de experiencia, gracias a la audacia de un puñado de aventureros que seguían el pensamiento y la voluntad de un heroico visionario del mar. Sus nombres los recogió la Historia para darles parte de la gloria del descubrimiento. Son Juan de la Cosa, los seis Pinzones, los ocho Niños, Rodríguez Bermejo, Rodrigo de Triana, Cristóbal Quintero, Gómez Roscón y muchos hombres más, reclutados entre gente del pueblo, que hacían junto con la del Almirante, una enérgica voluntad de mando. Como en la cosmogonía de Thales de Mileto, el mundo resalía de las aguas: *aqua principium mundi est*. Si ahora el líquido elemento no le trasmite vida en un sentido orgánico, le da, en cambio, existencia en lo que dice a su propia categoría de universo. Son en realidad días de retrasada creación, en los cuales las palabras desesperadas que de la *Santa María* pasan a *La Pinta* y a *La Niña*, se confunden. en medio del silencio del mar, con el eco perviviente de las mismas palabras del Verbo creador. Colón, a la cabeza de sus hombres audaces, supera a los más fieros capitanes de todos los tiempos. El cumple un sino, cuya universalidad, si bien no la comprende claramente, la siente como poderoso ímpetu de acción. Más que una aventura marina, Colón realiza una empresa cuyas proporciones carecen de antecedentes en las viejas jornadas históricas. Supera al Macedonio, cuando éste fué a buscar los secretos de la filosofía oriental para producir en Alejandría el espiritualismo neoplatónico. Moisés mismo, para el milagro de su viaje, necesitó que Jehová secara la ruta marina, a fin de ganar la otra ribera del Mar Rojo. De la expedición de Alejandro, el mundo antiguo fué a parar a la tumba de los Faraones, donde durmió largos sueños. Al sacar a los israelitas de Egipto, Moisés apenas aseguraba a la fe de Abraham el reducido ámbito de una geografía nacionalista, que aún provoca problemas

en el mundo. Con el viaje de Colón el hombre, en cambio, se completaba a sí mismo como agente universal de cultura. La Historia, si pudiera hacer pausas, se habría detenido en aquellos días del viaje, para mirar hacia atrás y medir lo que había sido sobre una trunca área geográfica, y lo que habría de ser sobre la geografía integral destinada a su función humana.

Más que examinar la normal dimensión del hombre que sabe poner la férrea mano en el peligroso gobernalle, sobre la cabeza y en el corazón del gran Almirante del Mar Océano, podemos intuir el secreto de las fuerzas que se conjugaban para hacer de la inteligencia del hombre instrumento verdadero de la Historia universal. Con la aventura colombina, surge un nuevo sentido al humanismo, que se acopla con frescura al humanismo helénico, de nuevo vigente en Europa por el descombramiento y la divulgación de las letras clásicas. Los místicos mensajes que durante la apretada Edad Media habían caldeado la mente risueña de Francisco de Asís y de Joaquín de Fiore, exprimirán también su hondo sentido religioso en los perseguidores de la nueva edad de oro que se busca en las tierras desconocidas. Colón Venía a ofrecer para ello al hombre europeo un ancho campo geográfico, donde la *República* de Platón se iba a transformar en la *Utopia* de Tomás Moro y donde la *Heliópolis* de Diódoro reviviría en la *Ciudad Sol* de Campanella. Aquel viaje maravilloso de 1492, de cuya primera etapa conmemoramos hoy el feliz término, fué manera de anchuroso delta donde se multiplicaron para una función recreadora las posibilidades del pensamiento antiguo. Un nuevo concepto del mundo y de la vida se abría como elemento capaz de dar otro valor al destino histórico del hombre. Surgía, pues, un humanismo, en el cual el antropocentrismo griego y el teocentrismo de la *Philosophia Christi* que entusiasmaba a Europa, pueden unirse, de manera que la tierra nueva sea un anticipo de la realidad divina del destino del hombre, tal como llegó a intuirlo en los planes de sus fundaciones piadosas para Nueva España, el sutil y noble espíritu de Vasco de Quiroga.

El divagar del pensamiento, que aún más que los propios vientos benévolos hacía bolinear las velas de las naves audaces, perdió su campo de azulosas aguas cuando un hombre, —¿quién? — ¿Rodrigo de Triana? — ¿otro cualquiera? — enunció la voz ansiada del milagro. ¡Tierra! — ¡Realidad! — ¡Exito! — Final de la carrera. El sueño que precede a toda gran realización, deshacía su cortinaje para dar sitio pleno al perseguido fin. Tierra. Realidad. Destino nuevo.

El valor mágico de la aventura oceánica desaparece, como desaparecen los dolores del parto, para que ocupen el tinglado de la acción los hombres encargados de montar el nuevo drama. En las carabelas de Colón, junto con el propósito mercantil de hallar otra ruta hacia el remoto reino de las especias, viaja, oculto y enérgico, un empeño de amplitud humana. Marco Polo había

iluminado las veladas del Adriático con relatos maravillosos del Oriente, que llevaron al propio ánimo de Colón el propósito de navegar nacia el oeste en busca del placentero Cathay de los relatos. El hombre mediterráneo sabía de otras áreas de maravillosa cultura y de opulenta riqueza y en sus cartas Toscanelli aseveraba la posibilidad de llegarse a regiones de abundante riqueza. Se hablaba de un "cammino sichurissimo" hacia las tierras del Gran Kham, aunque aquella seguridad no había sido probada por ningún testigo. Pero a su final se esperaba tropezar con las Hespérides, con el Cipango o con El Dorado, que, como imágenes delirantes, habían servido de permanente fermentario a muchos sueños.

Colón, sin embargo, llegaba a una tierra desierta de cultura. donde apenas lucía la naturaleza la sonriente opulencia vegetal del Caribe. Su aventura asiática se ha convertido en aventura cósmica. Hombres asustados y desnudos se acercaron al prodigio de las imponentes carabelas. Junto con estas criaturas indefensas, que miraban como dioses a los hombres blancos y fuertes surgidos de las aguas, se acurrucaban silenciosos perros. Entre los hechos que en su diario apunta Colón, deja nota de la falta de ladrido en los sumisos canes antillanos. El los cree mudos, pero no hay tal. El ladrido forma parte de un sistema humano de cultura. El perro como perro tiene la propiedad de aullar. El perro ladra como compañero del hombre. En un mundo sin plena palabra humana, los perros tenían que vivir ausentes de ladrido. El caribe y el aruaco, con quienes Colón tropezaba, no habían enseñado aún al galgo amigo el signo fonético de la domesticidad, por cuanto ellos aún no habían adquirido una forma y un sentido histórico de la existencia. Esa forma y ese sentido les venía en el fondo de las carabelas colombinas. Ya el drama empieza.

Cuando a la alegre Europa renacentista llegó el eco cargado de promesas que anunciaba el descubrimiento de las nuevas tierras, un ímpetu de viaje y de aventura hinchó el ánimo de navegantes y de reyes. Los portugueses no se conforman ya con una ruta que les asegurase los ricos mercados de la costa de Malabar, y las carabelas de Alvarez Cabral emproran por los caminos de occidente, mientras la Corona británica enhiesta su peligrosa bandera en los palos de las embarcaciones de Caboto. Los viejos datos de Aristóteles y Estrabón acerca de perdidos continentes, adquieren una realidad que satisface el empeño ilusionado de caminos. Las nuevas empresas, al lograr éxito, sirven, más que las propias bulas alejandrinas, para dividir el área del Nuevo Mundo. Ya se sabe que de Cádiz, de Lisboa y de Londres, partirán a más de las dispersas aventuras de franceses, las grandes aventuras que trasplantarán al suelo de las Indias la cultura y los problemas del mundo europeo. Por ello a España, iniciadora de las rutas occidentales, toca empezar, con la energía y con la audacia que es prenda de sus hombres, el nuevo proceso social en las duras tierras de los trópicos donde hoy se erigen nuestros pueblos. Esto hace que

nuestra evocación de hoy se concrete a lo particular de los signos que dan ambiente nacional a la empresa universalista del glorioso Almirante.

Más que como imperio, España se vuelca como pueblo sobre las tierras vírgenes de América, justamente en el momento en que los Reyes Católicos consolidan el proceso de la reconquista cristiana de la península. Con la toma de Granada no sólo se logró la expulsión del agareno sino también la fuerte centralidad del poder regio. Sobre el suelo de la vieja España se ha venido desarrollando una lucha tremenda en la cual, con los signos de la religiosidad, se confunden diversos modos del obrar político. Elementos antagónicos, cuyo pleno dominio procura la monarquía, han venido representando el pueblo y la nobleza. A todo lo largo de una historia que se distingue por la permanencia de una lucha entre el indígena y el invasor, a luego convertido en señor de la tierra —celtíberos, griegos, fenicios, romanos, judíos, visigodos e islamitas— se pronuncia el esfuerzo tenaz de absorción que representan reyes, príncipes y condes, frente a los intereses de grupos llanos, que pugnan por resistir la fuerza centralizadora de quienes aportan mejores instrumentos de mando. Cuando se busca el hilo de la historia institucional de la Península, damos con que el pueblo rodea a la Corona para defenderse de la rapacidad de la nobleza feudal. La monarquía que otorgó fueros y franquicias a las ciudades y a las villas, no vino a adquirir sus características despóticas hasta tanto Carlos de Gante, como heredero de la centralidad lograda por Fernando e Isabel, fue contra las Comunidades que representaban una supervivencia del viejo poder deliberante.

En este momento de plenitud del poderío nacional, parece que se produjera un regreso hacia el tradicionalismo en la Península, y que en Carlos I renaciese, por su sangre alemana, la vieja concepción de la aristocracia visigótica, enfrentada con el municipalismo de raíz románica, y los cuales, como sistemas uniformes de gobierno y de administración, habían sido quebrantados por la ocupación de los árabes. La larga historia que culmina en la rendición de las torres de Granada, es solamente la continuidad de un esfuerzo por echar fuera a los representantes de una raza extraña que deja, en cambio, con la sangre, la aportacion de su genio para el mosaico emocional de la Península. España hasta los Austrias es el mayor esfuerzo de un pueblo por defender la dignidad del hombre y los derechos del común, frente a la garra feudal de los señores, y el cual no cesa en el empeño por declarar su derecho, desde que se vio encerrado en las propias líneas legales que erizan de autoritarismo a la monarquía visigótica. Una curva de perfecto desarrollo ascensional ha recorrido la conciencia democrática de España a partir de aquella declaración del *Fuero Juzgo*, donde se lee, en glosa romanceada, que "el Rey en las cosas que son comu-

nales débelas gobernar con amor de toda la tierra: las que son de cada uno débelas defender omildiosamente, que todo la universalidad de la gente lo hayan por padre, e cada uno lo haya por señor, e asi lo amen los grandes, e lo teman los menores en tal manera que ninguno non aya duda del servir, e todos se metan aventura de muerte por su amor", hasta llegar a la estupenda altivez con que las Cortes de Ocaña declaran en 1469 que el rey "no es más que un mero empleado (mercenario) de sus súbditos pues para eso le pagan una soldada, que su oficio consiste en velar por ellos mientras duermen y que por contrato tácito está obligado a gobernar bien y regirlos en justicia".

Esa enjundia democrática no la derrite el primer fuego del absolutismo. La larga experiencia deliberativa lograda en Concilios, Cortes, Comunidades, Concejos, Merindades, Germanías, Behetrías y Mestas, donde tan al propio se expresó el rebelde espíritu nacional que puso en jaque a Roma y que domó al árabe, no podía ser quebrantado por los reitres del Rey Carlos, cuya corte advenediza de flamencos y sus consorcios de banqueros alemanes, eran torpes para entender las voces recias con que el pueblo se opone al capricho y al mandonismo de las autoridades.

Carlos I venía a enfrentarse con un país donde de antiguo habían sido proclamadas las libertades y los privilegios del pueblo. Cuando Inglaterra soportaba la violencia de reyes hechos a gobernar a lanzazos, España reunia juntas deliberativas donde el estado llano intervenía libremente. Diferencias de clima, genio que busca su explicación en los propios secretos de la tierra y en la misma manera de mirar al sol, hace que mientras en España se oscurezcan las libertades antiguas, en Inglaterra sean las nuevas más claras y firmes. El tradicionalismo español no fué edificado por déspotas. La verdadera tradición española, la que estamos memorando en este día como aurora de nuestro mundo hispanoamericano, es tradición de libertad e independencia. Nos hemos acostumbrado a mirar sólo la superficie heroica de la historia de España, sin buscar los caminos que nos lleven al secreto de su genio rebelde y a la explicación de su permanente municipalismo. Si éste se opaca a la hora de dilatarse el imperio de los Austrías, es en razón de que no puede compadecerse con los regimenes de autoridad personalista. Municipio y tiranía son términos excluyentes. En Roma, con el Imperio, se nubla el sistema comunal. En España lo rinde la impetuosidad del rey flamenco.

Memorar la lucha de las Comunidades en el Siglo XVI es evocar la más hermosa página del civismo español. I la traemos a cuento por coincidir con la conquista de América. No entienden los déspotas que una boca que se cierra con la pena capital sigue hablando para mil espíritus libres. Traidores llamaron los verdugos

a los heroicos capitanes de la epopeya comunera. Traidores, como todos los déspotas suelen llamar a los hombres dignos que se alzan por la libertad contra los gobernantes que miran el suyo personal como el bien público. Traidores llamaron las autoridades coloniales a Miranda, a Bolívar, a San Martín, a Hidalgo y a Martí. Desafectos y traidores siguen llamando los políticos de oportunidad a quienes no se suman al coro de los que ciegan con lisonjas la mente de los mandatarios.

Ahí va camino del suplicio el bravo Juan Bravo. El los desmiente a todos, afincado en la autoridad con que la vecina muerte amerita aún su limpia palabra de apóstol de la dignidad comunal: "Traidores no, mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino!". Hay gente leal en la plaza de la ejecución. Permanecen mudos los labios, mas la protesta, inútil hoy, hierve como germen de fecundas empresas en los corazones estrujados. Los ojos, blancos de asombro, y los oídos sensibles como antenas finas, están todos abiertos para recoger este cuadro de eternidad homérica. Allí caía, para ganar vida permanente, la vieja España, la España grande, la España polémica y agónica de que nos habla Unamuno, la España perpetua que se salvará contra toda manera de despotismo. Y aquel cuadro, humedecido con las lágrimas enjutas de los testigos derrotados, vino a extenderse sobre los anchurosos caminos de América. Aquel grito de rebeldía, aquel tradicionalismo autonómico, halló en nuestro virgen continente campo donde revivir en forma digna. En Villalar triunfó el despotismo, postizo desde entonces en la tradición de España. Mas el tuétano rancio, la solera que mantuvo el espíritu de autonomía y el aire de la rebelde personalidad del español, se echó a la mar en las naos de la conquista, para hacer del nuevo mundo su solar nuevo. (*)

Cuando aquello ocurría en la Península, América ya se había abierto a la ambición de España y de su pueblo. El Siglo XVI inició su cuenta con un gran vuelo de velas que regaban la esperanza en medio del temido Mar de las Tinieblas. Las sombras antiguas habían sido sustituídas por el ofuscante azul de unas aguas propicias a la carrera de todo empeño de creación. El pueblo de España se sintió atraído por una voz poderosa y se echó sobre el mar, en la inconmovible confianza de que ayudaría a levantar su propio nivel histórico. Las expediciones se suceden y enrumban hacia todas las variantes del oeste marino. Los señores se quedan en la paz de los mayorazgos y en el disfrute de las sinecuras. Viajan, con los soldados de Flandes y de Italia, hidalgos pobres y gente del común del pueblo. Vienen clérigos ansiosos de místicas siegas. Viajan también físicos y letrados. Quienes son

(*) Prefacio del I Tomo de las Actas del Cabildo de Caracas.

agricultores y otros artesanos. Cervantes, a pesar de que también quiso venir, habló de criminales y de prófugos de las leyes. En aquellas manos llegaban la espada que destruye y también la balanza de la justicia: con el tesorero, el predicador; con el férreo soldado, la soñadora castellana; con el verdugo, el poeta y el cronista. Viene el hogar nuevo, la familia que será raíz de frondoso árbol. Los indios los acechan desde los bosques cercanos a la desierta playa. Es de noche y el frugal refrigerio reclama el calor de la lumbre. Para evitar el retardo de los frotes del pedernal, un marinero corre a la vecina carabela y de ella trae, cual Prometeo marino, el fuego que arde e ilumina. Ya, como en un rito védico, Agni impera en la nueva tierra y un canto de esperanza colma el corazón de los hombre extraños, hechos al dolor y a la aventura. I aquel fuego casi sagrado, que caldeará durante siglos el hogar de los colonos y alumbrará las vigilias de la Patria nueva, ha venido de España, en el fondo de los barcos, por el camino de los cisnes, como los normandos llamaron al mar. (*)

Ha venido en realidad el fuego de una cultura que luchará en nuevo marco geográfico por el espaciamiento de los símbolos antiguos. El Renacimiento, que en el Viejo Mundo buscaba nuevas dimensiones para el hombre, encuentra en América una inocente barbarie, a cuyo roce la severa conciencia que fraguó la Edad Media, puede adquirir un temple más en concordancia con la verdadera estructura del hombre. El español vuelve a encontrarse consigo mismo cuando echa la mirada sobre las mil posibilidades constructivas que le ofrece el continente virgen. Mientras ingleses y holandeses salen de sus casas para ventilar los odios domésticos, el español se lanza con la alegría de conformar su destino. El Quijote, que supo expresar como nadie el sentido angustioso del alma española, enseña cómo "el camino es siempre mejor que la posada". Por eso los aventureros que vinieron a formar nuestro mundo, dejaron a los hermanos peninsulares el disfrute de la paz hogareña, para darse a recorrer, vestidos de tiranos, como Lope de Aguirre, o con capa de santos como Martín Tinajero, los caminos ilusionados de El Dorado. I mientras en la Península se conformó un modo de vivir político que daba robustez al centralismo monárquico, en las Indias renacía, con el Cabildo, el autonomismo municipal que llegó a resistir el imperio de las autoridades ejecutivas. Nuestra primera contienda política tuvo un hermoso carácter cívico. Contra el presunto heredero del Gobernador Alfinger, se levantó la voz de un Cabildo incipiente, que defendió para los Alcaldes el derecho de gobernar. En aquella oportunidad el civilismo del Municipio ganó la partida al mandonismo del ejecutivo. I

(*) "Tapices de Historia Patria".

como los indianos se empinaron para defender sus derechos, los primeros cedularios estuvieron marcados por un espíritu encaminado a conceder gracias y mercedes a conquistadores y pobladores. En Cédula de 1529 el Rey encarecía al Obispo de Santo Domingo que fueran cumplidas las capitulaciones y asientos celebrados con "los particulares" que hubieren fundado pueblos. El rey respetaba en tal forma el derecho de quienes a "su costa y minción", como rezan los documentos de la época, fundaban poblaciones de propia iniciativa.

Este dual carácter —el oficial y el privado— se abulta durante el largo proceso que mantiene en agria querella el autoritarismo de los gobernantes, que representan a la Metrópoli, y la justicia que defendían los colonos ya arraigados, en quienes hablaba la geografía y el mestizaje de América, con voces no entendidas por los cortesanos de Madrid. Cuando España extravasó sus fuerzas hacia el Nuevo Mundo, se produjo un fenómeno de reversión, que puso a flor de actualidad los mejores valores históricos del pueblo. El sentido polémico de lo español renacía en América en pos de caminos de justicia. Si hubo crueldad en el proceso de la conquista, también hubo, frente al duro ejecutor del crimen, una voz que clamaba por el reparo. Sin ir al examen de las Cédulas y Ordenanzas que forman el *Corpus Juris* indiano, bastaría perseguir a través del dédalo histórico de la Colonia, la recia voz que procura, cuando no puede hablar completo, bajar el tono que trasmita a las nuevas generaciones la indeclinable consigna de altivez. Por eso no se necesita, como lo deja entender el ilustre Altamira, una copia de crímenes y de fallas de las autoridades metropolitanas para explicar y justificar la lucha por la Independencia. Esta tenía que producirse por una u otra causa aparente, en razón de que su germen, como conciencia de personalidad, vino con Hernán Cortés, con Núñez de Balboa, con Francisco Pizarro, con Gonzalo Jiménez de Quesada, con Juan Rodríguez Suárez, con Diego de Losada, con Diego García Paredes. No se trató de una rebelión de esclavos justificada por el sadismo de los amos, sino de la emancipación del mozalbete, cuando frisó con la plenitud de su hombradía.

En el examen del proceso de la Colonia quienes persiguen el dato que se refiere al desarrollo material de las conquistas y al dilatamiento de los pueblos nuevos, otros miran las contorsiones del barroco en la fachada de templos y palacios, aquéllos buscan las cifras que concretan el progreso de la agricultura y del comercio, esotros prefieren indagar el desarrollo de la cultura literaria, mientras los más se límitan a ponderar los defectos y las fallas de hombres y sistemas. La unidad de juicio es difícil de ser lograda cuando se trata de saber la verdad de hechos en que tanto contradicen los jueces actuales como contradijeron los actores antiguos.

Sin embargo, como elemento que hace resaltar el sentido creador del proceso hispánico, ninguno de mayor fuerza que el reconocimiento unánime de la lucha que se produjo entre criollos y autoridades, entre mestizos y criollos, desde la hora y punto que se formaron las nuevas comunidades. El drama comenzó cuando el propio conquistador, montado en raudo corcel, voceó al aire el derecho con que tomaba posesión de la nueva tierra. Tres siglos duró la Colonia y tres siglos duró la escena, cuyos personajes recibieron de la propia España los coturnos que les dieron dimensiones de gigantes en el cuadro de la Historia Universal. Cuando los padres de la Independencia defendieron la libertad y la autonomía, no fueron contra España, sino contra una España que se había amañado con el absolutismo, y de la cual difirieron los americanos desde el momento en que los abuelos antiguos olvidaron el camino del regreso a la Madre Patria. Lejos de ir contra España como hontanar de nuestra cultura, la salvaron en su destino novicontinental. Los Padres de la Patria hispanoamericana defendieron el sentido de la España que en estos mares había logrado la democrática fusión de los pueblos indo-afro-hispánicos, condenados, sin remedio, al coloniaje político de ingleses o de angloamericanos, si no hubieran conquistado para ellos los signos de la república. La propia guerra de Independiencia no fué, pues, sino una gran batalla ganada por el viejo hispanismo contra las fuerzas extrañas que empujaban el velamen de los antiguos piratas. Antiguos piratas, siempre nuevos y feroces en el horizonte de la Patria americana, cuyas sombras se empeñan en no ver los mercaderes que abastecen las naves del peligro.

Orgullo de peninsulares, el imperio espanol es obra que más nos pertenece a los nativos de América que a los descendientes de los burócratas que en la Península aprovecharon el oro y la plata, el añil y el cacao de nuestro ubérrimo suelo. Nuestros mayores, es decir, los abuelos de los hispanoamericanos de hoy —españoles, indios y negros— lo forjaron al dolor y a la esperanza. Con él pudo lucrar una Corona, que terminó por no saber dirigir el sol que iluminaba sus dominios, y que lo expuso a ser desquite del imperialismo anglosajón, si nuestros Padres, como he dicho, no le hubieran trocado por los de la libertad republicana los viejos símbolos monárquicos. Imperio de repúblicas convulsas y bárbaras, subsiste, a pesar de Belice, de Panamá, de las Guayanas, de Trinidad, de las Malvinas, de Curazao y de Puerto Rico, como esperanza de permanencia del genio insobornable que lo formó para un futuro de fraterna libertad. Así entienden los hombres libres de América el ámbito y el valor moral del hispanismo. Vemos en España una idea y una cultura colocadas sobre lo adventicio de intereses políticos en turno de éxito. Centro de gravedad de nuestra civilización, miramos los valores de la España eterna con los mismos ojos con que fueron vistos, sobre los de Fenicia, los valores de Grecia

como nutrimento eficaz de la cultura mediterránea. Idea tocada de eternidad, nuestro hispanismo descansa en el espíritu de personalidad que distingue y da carácter al insobornable pueblo de Sagunto y de Bailén. Sus valores tienen la intemporalidad mítica de todo lo que dura: el Alcalde de Zalamea, Don Quijote de la Mancha, Ruy Díaz de Vivar, Santiago, el del níveo caballo, que todas las noches transita su luminoso camino de estrellas, en espera de ser invocado por quienes tengan el ánimo dispuesto a santificarse en el servicio de la libertad del pueblo. " ¡Santiago, y a ellos! ", fué grito con el cual se espantó a los piratas que amenazaron la integridad del viejo mundo hispánico. Hoy nuestro grito, para defender nuestra unidad hispanoamericana de la permanente asechanza de los piratas del Norte, debe ser: " ¡Bolívar, y a ellos! ".

Bajo ese signo de inmortal rebelión, nos hemos reunido hoy para meditar en la alta misión de nuestro América como continente destinado a testificar el triunfo del hombre en su lucha interminable por la libertad, por la igualdad, por la justicia y por la paz.

La Leyenda Dorada*

Al empezar a explicaros este curso de Historia Colonial, considero un deber de sinceridad hacia vosotros y hacia mí mismo, exponer mi posición personal ante los problemas fundamentales de nuestra Historia, y en especial con relación a cierta graciosa atribución de fomentador de la "leyenda dorada" de la conquista hispánica, con que algunos adversarios de mis ideas filosóficas y políticas han pretendido obsequiarme. Demás de esto, considero que en toda Cátedra donde se declaren ideas, el Profesor ha de comenzar por decir claramente a sus alumnos cuál sea el campo conceptual a que otorgue preferencia.

Dos tesis, a cual más falsa, han pugnado en la explicación del proceso de nuestra vida de colonia española. La que pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español, y que ha recibido peyorativamente el nombre de "leyenda dorada", y la que sólo concede boleta para el infierno a los hombres de la conquista. Sobre el furor negativo de esta última se ha alzado la llamada "leyenda negra". Pero ambas "leyendas" tienen a la vez sus variantes. Para la "dorada", hay un sistema que arranca de Ginés de Sepúlveda y concluye en José Domingo Díaz. Según ellos la Colonia fué de una legitimidad absoluta y de un proceder que sólo la ingratitud podría negar. A completarla se agregó el criterio contemporáneo de los peninsulares que piden estatuas para Boves y niegan las virtudes de nuestros próceres. De otra parte, se crearon dos "leyendas negras", la de fuera, provocada por

(*) Leída en la Cátedra de Historia Colonial de la Universidad Central de Venezuela, el 5-10-51.

los enemigos exteriores de España, y la de dentro, en parte alimentada por el mismo espíritu de justicia crítica que distingue al español. La "leyenda negra" actual es un infundio de tendencias forasteras y de incomprensión pseudo-nacionalista.

Hubo entre nosotros un grupo muy distinguido de historiadores que, guiados por un erróneo aunque honesto concepto de la venezolanidad, desdijeron la obra de la colonización española e intentaron presentar el período hispánico de nuestra vida social como un proceso de extorsión, de salvajismo, de esclavitud y de ignorancia. Creyeron que con tal método agrandaban el contorno creador de los Padres de la Independencia, considerados como centros de gravedad y focos generadores de la vida histórica de la nación. Según ellos, en realidad, la Patria no vendría a ser sino el proceso republicano que arranca de 1810. A la par de estos historiadores, hubo investigadores, entre quienes es preciso colocar en sitio primicerio a Angel César Rivas, a Laureano Vallenilla Lanz y a Pedro Manuel Arcaya, que, aplicando la metodología positivista al estudio de las capas históricas de la nación, encontraron una continuidad que arranca de la propia hora de la llegada a nuestro mundo americano de los pobladores hispanos que engendraron nuestras estirpes sociales y dieron carácter y fisonomía a la sociedad nacional. A esta corriente revisionista se sumaron valiosos historiadores contemporáneos, que reconocieron la necesidad de profundizar el estudio de nuestro pasado hispánico, para poder conocer la verdad de nuestra vida de comunidad. Se comprendió que los pueblos no se hacen de la noche a la mañana y que el magnífico florecer republicano de 1810 era la culminación de un proceso histórico que venía en lento desarrollo desde muy largos años.

Vosotros habéis tenido la suerte de hallar desbrozado el camino que nos tocó transitar a los viejos estudiantes de Historia. De algunos años a esta parte ha surgido una urgencia por los estudios de Historia nacional, y vosotros, los alumnos de hoy, contáis con textos algo mejores que los nuestros. Ya se os explica, ampliamente, por ejemplo, lo que fué la dominación española, así ciertos profesores no hayan logrado digerir la posición crítica de algunos escritores.

Si algunos maestros quisieran saber mi posición respecto a la llamada "leyenda dorada", podrían leer y meditar lo que expongo en el prólogo de mi libro "Tapices de Historia Patria". Esta obra y "La Instrucción en Caracas", de Caracciolo Parra León, fueron utilizadas como manzanas de discordia por los enemigos de la revaluación hispanística. Aparecieron ellas en pleno debate acerca de la materia colonial y lucharon contra la obcecada negación de quienes no querían ver que, examinando y justificando en el tiempo la labor de los colonizadores españoles, se examina y se justifica la obra de los hombres que generaron nuestra vida

cívica. Esos hombres motejados de barbarie, de crueldad y de ignorancia son los mismos hombres que dieron vida a nuestra nación. Manuel Díaz Rodríguez, proclamó, en oportunidad solemne, que no sólo los varones de la Independencia, sino también los heróicos conquistadores deben ser vistos como Padres de la Patria.

El caso, en lo que dice a valores internos, es muy sencillo. Cuando los viejos historiadores enfrentaron a los hombres que hicieron la Independencia con los hombres que representaban la soberanía española, creyeron que asistían a una lucha entre dos mundos sociales, cuando lo que se debatía era la suerte de dos sistemas. No era una guerra contra el pasado en función histórica, sino una guerra contra el pasado en función política. La misma guerra que libran los hombres y las sociedades todos los días. Los Padres de la Patria no eran seres milagrosos aparecidos sobre nuestro suelo al conjuro de voces mágicas, ni tampoco eran la expresión dolorosa de una raza que hubiera callado y soportado la esclavitud de un coloniaje impuesto por extraños conquistadores. Ellos eran, por el contrario, la superación de un pasado de cultura, que tenía su punto de partida en los conquistadores y pobladores llegados el Siglo XVI. Si se examinan pacientemente las genealogías de los Padres de la Patria, se encontrará que los abuelos de casi todos ellos remontan a las expediciones de Alfinger, de Spira, de Fernández de Serpa, de Jiménez de Quesada, de Diego de Ordaz. Bolívar no llegó a Venezuela a la hora de hacerse la Independencia. Sus más remotos antepasados en la aventura venezolana, fueron Juan Cuaresma de Melo y Sancho Briceño, Regidor Perpetuo y Alcalde de Coro, respectivamente, en 1528. El apellido lo trajo para injertarlo en estas viejas estirpes venezolanas, don Simón de Bolívar, venido como Secretario del Gobernador Don Diego Osorio a fines del Siglo XVI. De Don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante del poder ejecutivo nacional, fueron los más antiguos abuelos el Capitán Juan de Umpiérrez, encomendero en Trujillo por 1571 y Alonzo Andrea de Ledesma, fundador de El Tocuyo, Trujillo y Caracas, y símbolo permanente de los valores de la nacionalidad. La sociedad colonial que se empinó para la obra admirable de la República, venía de atrás. Estaba ella latente durante el largo período que se dió en llamar peyorativamente "la tiniebla colonial." Esa sociedad, que a consecuencia de la guerra de emancipación cambió de signos políticos y de métodos gubernamentales, era necesario verla como resultado de un proceso sin pausas, que arrancaba de los propios conquistadores. Angel César Rivas, Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya aportaron valiosos elementos desde el punto de vista de la sociología y de la política. A Caracciolo Parra León, Tulio Febres Cordero, Rafael Domínguez y Héctor García Chuecos, correspondió el mérito de haber ahondado en la investigación de la enseñanza colonial, y de haber logrado argumentos "intelectuales" para robustecer la idea que llevó a Gil Fortoul a poner en su

debido puesto la oportuna influencia de la Revolución Francesa en nuestro proceso separatista. Con Parra León trabajé asiduamente en la obra de reivindicar nuestro pasado hispánico, y como tuvimos la suerte de hablar desde la Universidad y desde la Academia, se nos adjudicaron méritos que corresponden por igual a otros historiadores, empeñosos como nosotros en servir a la verdadera Historia de la Patria.

Aunque parezca vano al caso, y así constituya repetición de lo que relato en el prólogo de mis "Tapices", os diré cómo el propio discurso de Parra León para incorporarse en la Academia Nacional de la Historia, fué objeto de serias objeciones que arrancaban del carácter religioso de la enseñanza colonial, cuya existencia se pone de resalto en aquél. En un medio tan tolerante como el nuestro, aquella actitud causó sorpresa extrema y obligó al propio Gil Fortoul a favorecer la posición de Parra. Llegó a creerse necesario que la Academia de la Historia defendiera las conclusiones del determinismo materialista, que el recipiendario atacaba, y para componer las paces, en medio de aquel artificial campo de Agramante, hubo quien propusiese que no fuera yo, correligionario de Parra, el que respondiese su discurso, sino Alfredo Jahn, ilustre científico de acusadas ideas materialistas. El problema, como se ve, fué debatido en un terreno que rompía los límites de lo histórico, para abarcar el campo de la religión y la política. Se dijo que el discurso de Parra, por su amplitud no era discurso, y por lo tanto excedía las normas reglamentarias. Hubo necesidad buscarle, para justificar la dimensión, antecedentes en los discursos de Descartes y de Bossuet. I como Parra León daba noticia de que el egregio Fray Antonio González de Acuña había impuesto la obligatoriedad de la instrucción primaria en la segunda mitad del Siglo XVII, César Zumeta, a quien tocó recibirse como académico después de Parra, creyóse obligado a atacar en su discurso el sistema colonial y volver por los fueros del padre republicano de la instrucción obligatoria, el ilustre Guzmán Blanco. Acuñó entonces nuestro grande hablista la frase que ha servido de fútil banderola a los enemigos de la revaluación de nuestro pasado hispánico: "Entre la Colonia y la República hay un hiato semejante al que separa al Antiguo del Nuevo Testamento". La frase puede impresionar a tontos, pero es de un absurdo doblemente manifiesto.

Dichosamente para el progreso de nuestros estudios históricos, esa posición negativa ha perdido espacio. Pueden hoy los historiadores diferir en la apreciación de lo hispánico, pero a ninguno ocurre negar los valores antiguos en aquella forma iconoclasta, y pocos son los que puedan pensar hoy que en 1810 se produjo la ruptura de dos mundos sociales e históricos. Todo lo contrario, están contestes los historiadores, como apunté ya, en reconocer que el proceso emancipador estuvo encaminado a variar el estilo político de una sociedad histórica, cuya fuerza

estribaba justamente en las realizaciones logradas durante el imperio del sistema que se buscaba abolir. Es decir, realizaron nuestros mayores una acción histórica semejante en grado a la del pueblo francés que después del 14 de julio se empeñó en cambiar por los de la República los viejos símbolos monárquicos de la Francia eterna.

Esto lo entendemos hoy claramente, gracias a la perspectiva de tiempo, pero cuando nuestros Padres fueron contra el mundo de las formas coloniales, creyeron, como era fatal que sucediese, que iban también contra el mismo mundo histórico que se había formado al amor de los viejos símbolos. I como el gobierno y la administración de España eran objeto de críticas acerbas, fueron, sin ningún examen, contra todo el orden social de que eran producto y expresión los hombres que forjaron la Independencia.

En aquel evento, nuestros Padres tomaron como medios de lucha las armas de los viejos enemigos del imperio español. No sólo les facilitó Inglaterra rifles y pólvora para la aventura de la guerra; también les dió el instrumento intelectual de su odio y su descrédito contra la Madre Patria. Es decir, nuestros Padres se aliaron para atacar a la Metrópoli con los hombres que habían sido los seculares adversarios del pueblo de que éramos parte, y la "leyenda negra" del despotismo y de la ineptitud de España, que habían creado los ingleses, se unió al odio contra la Metrópoli, que había provocado el propio sistema de la Colonia en el ánimo del criollo.

(Aquí pondré parte de lo que digo acerca de los piratas en mis "Tapices de Historia Patria". Ello sirve para apuntalar referencias).

A tiempo que Francisco I se negaba a reconocer la partición del Océano entre España y Portugal, por desconocer la "cláusula del testamento de Adán en la que se me excluye (decía el Rey) de la repartición del orbe", ya los barcos franceses infestaban las islas antillanas y la Corona había enviado carabelas que las defendiesen de los "ladrones" gálicos. So color de libertad de comercio, el Rey de Francia expidió las primeras patentes de corso y autorizó a los capitanes y armadores para que atacasen a españoles y portugueses. Era como el desquite contra la amenaza que para dicho país representaba el esplendor de España con su vasto imperio ultramarino.

Aquellas naciones que censuraban de los Reyes Católicos la sed de oro y la política que ponían en juego para lucrar con las minas, no paraban mientes en abordar las naves españolas que, lastradas con el fruto del trabajo minero, ponían rumbo a los puertos de la Metrópoli. Calificaban de crimen la explotación del rico mineral en el fondo de la tierra, pero no apropiárselo violentamente cuando estaba ya fundido. "Los países que repro-

chaban acremente a los españoles su crueldad, su codicia y su abandono de toda actividad útil para hacerse mineros, dice Carlos Pereyra, empleaban un número mayor de hombres en robar los metales preciosos fundidos y acuñados por España, que ésta en extraerlos y beneficiarlos".

Mientras la Madre Patria, realizando el más generoso plan de colonización que jamás ha puesto un estado civilizado al servicio de naciones bárbaras, destruía por imprevisión sus propios recursos interiores, los colonos de la Nueva Inglaterra limitaban su obra a una tímida expansión que, sin la heroicidad leyendaria de los conquistadores españoles, realizó actos de suprema barbarie. Cuando en la América española ya florecían Universidades y Seminarios, en la del Norte no habían podido establecer un asiento los inmigrantes sajones; y sube de punto la admiración al considerar que el pueblo de San Agustín en La Florida, fundado por conquistadores españoles en 1565 y el más antiguo de la Unión, antecedió en cuarenta años al establecimiento de la primera colonia inglesa en Virginia. Si España dilató sus dominios a punto de no poder defenderlos, lo hizo por una política contraria: a la lentitud y timidez de la expansión sajona, opuso una audaz y temeraria penetración que en breve tiempo le dió por suyas las más ricas posesiones del Nuevo Mundo.

Para equilibrar las consecuencias de tan distintos planes de conquista y hacer que pasaran a las potencias que obraban lo mismo que Inglaterra, —Holanda y Francia,— los territorios sometidos a la Corona de Castilla, hubieron aquéllas de valerse de una apropiación indebida, para la cual ningunas eran tan adecuadas como las armas que cobijaba la bandera sin código de piratas y bucaneros: Jamaica, Granada, Tobago, La Tortuga, Curazao, Aruba, Bonaire, testimonian, entre otros territorios, los resultados de la nueva política anti-española. En aquellas luchas sí cabe la definición que de la guerra dió Voltaire: *Dans touts les guerres il ne s'agit que de voler.* Y de qué manera!

El corsario, nueva faz del moro secular, amendrentaba a los colonos, y los unía para la común defensa de los puertos de la Patria. Y decimos nuevo moro, porque si aquel amenazó con la luz enfermiza de la Media Luna la totalidad religiosa de la Península, piratas y bucaneros fueron también como brazos en la lucha de Inglaterra contra la catolicidad española. Los hugonotes vengaron en América la religiosidad de España, y defensores de la Rochela saciaron su odio anti-católico en el incendio de templos de Indias. Cromwell y la política a éste sucedánea habían heredado de los "puritanos de la época isabelina el tradicional aborrecimiento de España, como baluarte de Roma", según observa Haring, y los capitanes que incendiaban y robaban, medraban justicia para sus empresas criminales al amparo de la doctrina corriente en la Corte de San Jaime, de que "los españoles como víctimas

infelices de Roma, tenían bien merecido que se les robase y matase, si no se dejaban robar". Chesterton, a pesar de enaltecer el carácter pintoresco de los piratas ingleses, termina por llamarlos "la plaga del imperio español en el Nuevo Mundo", rescatadores, según otros, para la Corona Británica, de "la herencia de los Santos".

El odio contra lo español fué arma de guerra al servicio de Inglaterra, preocupada tanto por la expansión del imperio como por el problema religioso que enfrentó a Felipe II con Isabel I. España debía ser desacreditada como reducto de fanáticos, para que así legitimase más fácilmente el odio de la Corona de San Jaime. Y España misma, como veréis, dió las mejores armas para la campaña de su demérito.

El español ha sido esencialmente un país crítico e individualista. Fué también el español el primer pueblo europeo que gustó las libertades personales. De los viejos fueros españoles copió Inglaterra sus primeras Cartas de Derechos. Cuando se nublaba la antigua independencia municipal de España, su pueblo se echaba al mar para la aventura de las Indias. Por eso en América resucitó el Municipio con fuerza ya perdida en la Península. A la conquista vino de todo: nosotros conocemos el nombre de Martín Tinajero y el nombre de Juan de Carvajal. Hombres con sentimientos de humanidad y hombres con entrañas de bronce. La corona de España, sin embargo, se sintió desde un principio en el deber de componer la justicia, y cuando comenzaron a llegar noticias a la Corte de las crueldades y de las depredaciones que realizaban los conquistadores, buscó la manera de repararlas. Las acusaciones que el Consejo de Indias recibía contra la dureza de los encomendadores y contra la rapacidad de las autoridades, no eran producidas por personas extrañas a la administración española. Eran juristas, teólogos, frailes, capitanes y paisanos quienes denunciaban y, exageraban muchas veces, los delitos y las faltas de las autoridades. Para encontrarles remedio, en España se habló, se gritó y se escribió en todos los tonos. Los púlpitos de los templos y cátedras de las Universidades y de los Conventos peninsulares fueron tribunas donde tuvieron eco los dolores de los indios esclavizados. Al propio Emperador y al Papa mismo, negó Fray Francisco de Vitoria autoridad para distribuir a su antojo el mundo recientemente descubierto. Apenas se habla en las historias ligeras de las blancas figuras de Antonio de Montesinos y de Bartolomé de Las Casas como defensores del derecho de los naturales. Pero como Las Casas y Montesinos hubo miles de misioneros que sirvieron con espíritu cristiano los intereses de los indios, primero, y los intereses de los negros, después, cuando éstos fueron traídos para aliviar el trabajo de los aborígenes. Felipe II, llamado por los británicos el "Demonio del Mediodía", sancionó Cédulas y Pragmáticas a favor de los indios y de los negros que contrastan con la crueldad de los colonizadores ingleses en

Norte América, y que son asombro de los Profesores modernos de Derecho Social. Mejores y de más precio que las margaritas del mar, consideró aquel "rey sombrío" a los indios que eran ocupados en la explotación de los placeres perlíferos, y en su provecho ordenó que no trabajasen más de cinco horas diarias bajo el agua. Muchos españoles, también para saciar personales venganzas, ponderaron en demasía las crueldades de los encargados de hacer justicia en el Nuevo Mundo. Pero todos fueron bien oídos y leyes se dieron con normas reveladoras de un elevado espíritu de equidad y de justicia.

Si en verdad esta actitud crítica sirve para mostrar diligencia en el camino de enderezar la justicia, muchos la tomaron en su tiempo como verídico elemento acusatorio, que presentaba a los conquistadores españoles como monstruosos bebedores de sangre indiana. Con tales elementos nutrió su odio contra España la "leyenda negra" que le edificaron ingleses y flamencos. Y esa leyenda, torcida en la intención del descrédito y no encaminada al remedio de las presuntas injusticias, la sumaron muchos americanos a la leyenda interna provocada por las propias desavenencias sociales. Un ilustre escritor hispanoamericano asentó en esta misma Universidad que la lucha por nuestra liberación continental había empezado en el canal de La Mancha, con el abatimiento de la Armada Invencible de Felipe II por el poderío de Isabel I. Tan arbitraria aseveración es tanto como negarnos nosotros mismos, pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos culturalmente la continuidad de un proceso español, que en su hora de plenitud optó la emancipación heroica y tenazmente defendida por nuestros Padres. Aún desde un punto de vista de filosofía universal, sería arbitrario sostener que la Corte de San Jaime sostuviera un criterio de liberación política frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la Revolución del Siglo XVII era más obscurantista que la España de Felipe II. Basta recordar cómo las autoridades inglesas ordenaban quemar libros como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos de pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente la destrucción de la Armada Invencible empujó la bárbara carrera de piratería que asoló a nuestro mundo colonial y detuvo el progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiría fuerza la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de autodeterminación política. Esa tesis de que los piratas fueron portadores de consignas de libertad, la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del Nuevo Mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo internacional se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Insistentemente en el libro y en la prensa he escrito acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, la cual se me ocurre

semejante a la tesis de un heredero que, por vengar cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal y no de ayuda para su peculio, a devastar y reducir las grandes propiedades paternas. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón, pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del Siglo XVII, es secuela de la "leyenda negra" con que el inmortal imperialismo anglosajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español, es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dió vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la Metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar al nuevo mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, dolidas masas de negros africanos, y cada territorio arrancado por Inglaterra a la Corona española era convertido en asiento del mercado negrero.

Traer al interior de nuestra historia los argumentos que esgrimieron contra España sus enemigos de ayer, lo he considerado una manera precipitada de juzgar nuestro pasado colonial, que pudo; sin embargo, tener apariencia de legitimidad cuando se consideró que la revolución de Independencia había dividido dos mundos históricos: el hispánico y el americano. Una reflexión serena nos lleva a considerar, por el contrario, que la sociedad republicana es, desde el punto de vista orgánico y moral, la misma sociedad colonial que cambió y mejoró de signos. Basta recordar que las leyes ordinarias de España estuvieron vigentes en Venezuela hasta entrada la segunda mitad del Siglo XIX. Y aún más: ese mismo examen nos conduce a aceptar cómo la evolución que produjo el cambio institucional, tuvo sus raíces en los propios valores que había venido creando el medio colonial y no sólo en razones imitativas y en doctrinas extrañas que iluminaran repentinamente la "tenebrosa" mente de nuestros antepasados.

Mi modesta labor de estudioso de la Historia se ha encaminado a defender esta tesis, la cual, repito, no va enderezada a beneficiar a España y su sistema, sino a beneficiar nuestra propia nación y sus valores constructivos.

Cuando procuro hacer luz acerca de la verdad de la Historia de nuestro pasado hispánico, creo, sobre servir a la justicia, que sirvo los intereses de una nacionalidad que clama por la mayor robustez de sus estribos. Al explicar y justificar la obra de los españoles que generaron nuestra cultura, explico y justifico la obra de nuestros propios antecesores, pues las estirpes que forman el sustrato social y moral de la Patria, arrancan principalmente de los hombres que vinieron a establecer durante el Siglo XVI, en el vasto territorio, hasta entonces sólo ocupado por los indios, las nuevas comunidades, donde se formó el mestizaje que sirve de asiento a la nación venezolana.

Este afán crítico, algunos escritores, errados o de mala fe, han querido confundirlo con una supuesta "leyenda dorada", cuyo fin fuera presentar el período hispánico, de acuerdo con José Domingo Díaz, como una "edad de oro", de la cual temerariamente se apartaron nuestros Padres. Cuando en 1933 yo escribía acerca del proceso del gobierno colonial, me adelanté a decir: "Muchos creerán que nosotros estamos dispuestos a procurar la canonización de los ciento y tantos personajes a cuyo cargo estuvo el gobierno de las Provincias venezolanas hasta 1810, porque a este extremo llegan quienes sólo tienen dos términos para calificar a los hombres. Como hemos dicho que no eran monstruos, supondrán, por inversión, que los tenemos catalogados en las páginas de algún santoral". Mi empeño, alejado de toda manera de "leyendas", ha sido aumentar cuanto sea posible la perspectiva histórica de la Patria. He buscado por medio de mis estudios de Historia nacional, que se la vea ancha y profunda en el tiempo, que se palpe el esfuerzo tenaz que la formó para el futuro, que sea más histórica, en fin, que sea más Patria.

Para amar la Patria es preciso amar su Historia, y para amarla en su totalidad, es necesario conocer y amar su Historia total. Y como no son sólo los intereses presentes lo que une a los pueblos para la común acción constructiva, precisa buscar los valores antiguos que dan continuidad y homogeneidad al proceso social. Sin solera histórica, los pueblos carecerán de la fuerza mágica que hinche los espíritus nuevos y los empuja a realizar su humano destino.

La aversión a lo hispánico trajo, como partida contraria, la aceptación de las tesis anti-hispánicas de los países que fueron "nuestros" enemigos, cuando formábamos parte de la comunidad política española. Producida la Independencia, los hombres de Caracas, lo mismo que los hombres de otras porciones del antiguo mundo colonial, miraron a la urgencia de mantener en pie la unidad de intereses que se había formado durante el régimen español. Una pésima política ha impedido, desde 1826, que los países de extracción hispánica mantengan el tipo de relación que les permita la defensa de su tradicional autonomía, ora económica, ora espiritual. Todo lo contrario: nos hemos aliado individual e

inconscientemente con los representantes actuales de las viejas culturas antiespañolas, y hemos perdido, no sólo la plenitud de la soberanía política, sino la integridad de nuestra posición moral.

Somos, en último análisis, como una vieja casa de madera a la que imprudentemente, y para marcarlos a precio de vicio, hubiésemos ido cambiando por vistosos clavos de laca los viejos fierros que aseguraban su estructura. Venga el primer amago de ventisca y techos y paredes darán en tierra, como a la tierra irán nuestros esfuerzos de oponernos al empuje de fuerzas extrañas, si no creamos la oposición de una Historia que dé unidad y pujanza a nuestros valores fundamentales.

Buscar mayor resistencia para el basamento de la venezolanidad, he aquí el sólo móvil de mis estudios de historia. Creo en la Historia como en una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. No miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuento de anécdotas más o menos brillantes. La Historia tiene por función explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. Mientras más penetrante sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podamos extraer. Las torres se empinan en relación con lo profundo de las bases.

Nuestra Historia no es, como creyeron ciertos demagogos, una aventura castrense que tomase arranque con los fulgores de la guerra de Independencia. Historia de trasplante y de confluencia, la nuestra es la prosecución del viejo drama español, en un medio geográfico nuevo y virgen, donde coinciden, para formar nuestro alegre y calumniado mestizaje, la aportación del indio, absorto ante los caballos y la pólvora, y la del esclavo negro, traído entre cadenas desde su viejo mundo selvático. Sus símbolos no son, sin embargo, el *tabú* africano ni el *totem* aborigen. Sus símbolos son una transfiguración, con sentido de mayor universalidad, de los símbolos hispánicos. En el orden de las categorías históricas, nosotros aparecimos como evolución del mundo español, del mismo modo que el yanqui apareció como resultado del trasplante inicial del pueblo anglosajón.

Ambas culturas, la inglesa allá y la española acá, sirvieron de grumo a cuyo rededor fueron tomando figura propia los varios valores que, a modo de aluvión, se les fué agregando al compás de los siglos. Por eso, en la historia de los Estados Unidos del Norte la región de la Nueva Inglaterra tiene el carácter privilegiado de centro donde gravitan las vivencias históricas que dan fisonomía al pueblo estadounidense. Por eso mismo, allá se formó una categoría, prócera en el orden de la nacionalidad, que busca entronques con los inmigrantes del *Mayflower*. Nosotros, en cambio, igualitarios hasta en el área de los valores históricos, no hacemos diferencia entre los descendientes de recientes inmigra-

ciones europeas y los que proceden de los rancios troncos hispánicos transplantados en el Siglo XVI, como no nos desdeñamos, tampoco, de nuestros abolengos indios o africanos.

Nuestro mundo pre-republicano, no fué, consiguientemente, como asientan algunos profesores un mundo a-histórico. En él, por el contrario, se había formado una conciencia de autonomía que forcejaba por lograr los instrumentos de la libertad. Esa conciencia vino con el pueblo que se echó a la mar en las naves de la conquista. Luchó ferozmente durante tres siglos por lograr sus contornos definitivos y pulió, en medio de aquella lucha soterrada, el troquel donde iban a tomar nuevos signos los valores tradicionales.

Los hombres que en el Siglo XVI dieron comienzo a aquel drama, fueron nuestros abuelos. ¿No es acaso hasta un acto de familiar justicia buscar las razones que expliquen la conducta de dichos hombres, antes que aceptar la rotunda condenación de sus actos?

Se ha hablado, con razón, del tribunal de la Historia. Algunos gobernantes han frenado sus ímpetus al temor de la sentencia que profieran por boca de los historiadores las nuevas generaciones. Entre nosotros, desgraciadamente, nadie ha temido esta clase de sanciones. Ni siquiera sirven de escarmiento las confiscaciones y los saqueos provocados por los violentos tránsitos del mando. Pues bien, en el orden del pasado, el historiador, al constituírse en juez, no debe proceder como esos magistrados achacosos, que sólo buscan motivos para condenar al culpado. Todo lo contrario, como si en realidad fuese juez de vivos, el historiador no es sino mero ministro de la justicia, jamás verdugo encargado de condenar sobre arbitrarias pruebas fabricadas por los acusadores. El caso nuestro es doblemente grave: las peores imputaciones sobre las cuales se fundamenta la "leyenda negra" de la conquista de América, son de origen inglés, y la casi totalidad de los reos son nuestros propios abuelos, puesto que esos jueces de quienes se dice que no hicieron jamás justicia, esos encomenderos a quienes se acusa de torturar a los indios, esos capataces denunciados de crueldad en su trato con los negros, esos tesoreros de quienes se habla que enriquecían sin razones justas, fueron los hombres que formaron la trama social de nuestros pueblos. Antes de condenarlos en conjunto, debemos examinar lo que hicieron, a fin de que el garrote de la venganza no destruya arbitrariamente su recuerdo. ¿Qué hubo injusticias? Claro que las hubo, y gordas. Nadie, fuera de un obcecado discípulo de Ginés de Sepúlveda, puede negarlo. Pero esas injusticias no somos nosotros quienes ahora las estamos descubriendo. Ellas fueron denunciadas en tiempo, y a muchas se procuró remedio, con un sentido de equidad que es el mayor timbre de España como nación colonizadora. Ahí están las Leyes de Indias, monumento jurídico que por sí solo salva la

intención generosa y civilizadora de nuestra antigua Metrópoli. Buenas leyes, de las cuales muchas no se cumplieron, es cierto, como tampoco hoy se cumplen por los modernos gobernantes las normas justas que fabrican los hombres de la inteligencia.

Sabéis, pues, que "leyenda negra" en el orden de la Historia de nuestro pasado hispánico, es acumular sobre las autoridades y sobre el sistema colonial en general, todo género de crímenes; "leyenda dorada" es, por el contrario, juzgar el sistema colonial como una edad dorada, igual a la que Don Quijote pintaba a los cabreros. Entre una y otra "leyendas" está la Historia que abaja lo empinado de los elogios y borra la tinta de los negros denuestos. Entre el grupo de los que piensan con este criterio medio, me hallaréis siempre a mí, hombre curado de espantos, que nada me sorprende en orden de novedades, porque, cuando quieren asustarme con nuevas razones, ya vengo de regreso del campo donde las cosechan.

Sé que se me ha querido motejar, para malos fines, de ardoroso hispanismo, por esta mi apología de la cultura colonial. Algunos, por error, han creído que he defendido la cultura colonial por ser ella y yo católicos. Que yo lo sea, es cosa mía, en que nadie tiene derecho de inmiscuirse; que fuera católica la enseñanza colonial, es cosa de la Historia. No podía ser protestante, siendo católico el imperio español. Pero, sin necesidad de mirar al signo de la religiosidad, hubo una cultura, que en colonias españolas no podía ser distinta de la cultura que se servía en la Península, y que, a pesar de reproducir las reticencias que durante los Siglos XVII y XVIII padecía la enseñanza en la Metrópoli, sirvió en América para formar la gloriosa generación de la Independencia.

Cuando se profundizó en el estudio de nuestro pasado hispánico, nada fué parte para atacar el criterio revisionista, como este sambenito de la catolicidad. Y ahí palpita el corazón de las razones por qué sea a los historiadores de filiación católica a quiénes se nos moteje más acremente de sembradores de la "leyenda dorada". Cuando la revisión la hicieron Rivas, Vallenilla y Arcaya, sin ahondar en los supuestos de la cultura intelectual nadie se alarmó de sus conclusiones. Apenas puesto a flor de evidencia el proceso educativo que tomó forma en las manos del Obispo Agreda, cuando aún no habían logrado estabilidad las fundaciones, la alarma cundió, a punto de declararse "peligrosa" para la República la difusión de aquellas conclusiones.

Otro factor surgió para asustar a muchos, cuando con fines de política, se pretendió convertir el revisionismo de nuestra época hispánica en una manera de quinta columna del neo-hispanidad. Aquí ardió Troya, y con sobra de razones. Hubo hasta necesidad de que cada quien explicase su hispanismo.

Para mí la hispanidad es una idea de ámbito moral que no puede someterse a la antojadiza dirección de una política de alcance casero. España como idea, como cultura, está por encima de los adventicios intereses de los políticos en turno del éxito. La España histórica, España como centro de gravedad de nuestra civilización, es algo que vivirá contra el tiempo, sobre el vaivén de los hombres, más allá de los mezquinos intereses del momento. La hispanidad tiene por ello un sentido de universalidad que rebasa las lindes de toda política de circunstancias. Esa hispanidad, total, intemporal, de donde emana el valor agonístico de nuestro genio, representa para el mundo americano un factor de gravedad semejante al que representó el helenismo para la cultura mediterránea y a lo que constituye la latinidad para la civilización europea que busca por centro las instituciones romanas.

Lamentablemente esa función de nudo y de radio, sobre la cual pudo configurarse un sistema que defendiese los lineamientos autónomos de la cultura hispanoamericana, tropezó durante el Siglo XIX, y continúa tropezando en éste, con la cerril incomprensión española para el fenómeno americano, no entendido ni por Menéndez y Pelayo, ayer, y desfigurado hoy en sus máximos valores, por hombres de las anchas entendederas de Salvador de Madariaga. No todos los españoles son Unamunos para calar en el alma mestiza de Bolívar la plena expresión de la angustia que es atributo de la estirpe hispánica. De otra parte, (y aquí el peligro se torció en quiebra), la revaluación del hispanismo americano hubo de encarar con la política sutil, disolvente y suspicaz que en la relación con las repúblicas hispanoamericanas patrocinaron Inglaterra y los Estados Unidos.

Caracas, por medio de su carta a los Cabildos de la América Española, de fecha 27 de abril de 1810, dio expresión a la idea de permanencia de la comunidad existente entre las provincias que se separaban del gobierno metropolitano de Madrid. Esa idea estuvo también en los planes confederativos del Precursor Miranda y, por último, Bolívar buscó de darle forma por medio del Congreso de Panamá, del cual inicialmente, oígase bien, estuvieron excluídos los Estados Unidos, en cuyos hombres el Libertador solo miraba "regatones" con quienes, en su romanticismo político, no quería que se pareciesen los colombianos. Aún más: declaró Bolívar que el destino había colocado en el Mundo Nuevo a los Estados Unidos para que, en nombre de la libertad, sirviesen de azote a los demás pueblos. Pero, lamentablemente la unión, en primer término propugnada por Miranda y Bolívar, ha logrado realidad a través de un sistema continental colocado al servicio de intereses diametralmente opuestos a los genuinos sentimientos hispanoamericanos difundidos por Bolívar, y que, en consecuencia, no sirve de centro de unión de los verdaderos valores que conjugados

pudieron mantener la vigencia de nuestras formas peculiares de cultura.

Ni en la vieja matriz peninsular, ni en lugar alguno del nuevo mundo, vidrioso y pugnaz por la fenicia política de Washington, han podido fijarse aún las bases de la estructura que sirva de defensa a los valores diferenciales que dan fisonomía a nuestra cultura. Así como el Cid ganaba batallas después de muerto, ésta es victoria póstuma de la política inglesa de los Siglos XVI y XVII, ganada por sus herederos en América a los herederos de España. El relajamiento de los nexos que debieron mantener unido a nuestro viejo mundo hispanoamericano, es fruto directo del criterio auto-negativo provocado en nuestros países por la "leyenda negra", elevada por los sajones a dogma político, unido al odio natural que surgió en la lucha de emancipación.

Para compensar en parte las tremendas consecuencias que derivaron de la flaccidez con que la voluntad a-histórica de nuestros pueblos se ha plegado a los propósitos del nuevo filibusterismo económico, urge crear vivencias que den contenido resistente a nuestra conciencia de naciones. Esas vivencias pueden edificarse con buen éxito sobre lo que nos defina con rasgos comunes frente a la bandera de los nuevos corsarios. Ellas, para prosperar, reclaman una asimilación integral de nuestra historia de pueblo, cuajada ayer de netos valores, sobre los cuales podemos eregir hoy los nuevos valores anti-colonialistas.

A la integración de esa historia conducen los esfuerzos que algunos estudiosos hemos venido haciendo cuando nos encaramos con la "leyenda negra", que ánimos extranjeros formaron en mengua de nuestro pasado hispánico. No se crea que ha sido fácil la tarea, pues no han faltado espíritus desapercibidos para la lógica, que llegaron al absurdo de ponderar el probable progreso de "nuestros" territorios, si en lugar de ser colonizados por españoles los hubiese colonizado Francia o Inglaterra. Dígalo así un tercero, por caso un sueco, que se sitúe en plano neutral de consideraciones. Pero, quienes venimos de los hombres que poblaron este mundo aún bárbaro de América ¿podríamos, sin hundirnos en el absurdo, divagar sobre tales conjeturas? Pues, tal como lo digo, aún con empecinados de esta ralea hemos tenido que luchar quienes nos preocupamos por agrandar los linderos históricos de la Patria venezolana y por dar unidad y continuidad resistente al largo proceso de nuestra Historia nacional.

Sé que muchos profesores, seguramente poco leídos al respecto, han dicho que la labor de quienes revaloramos la obra de la España vieja, constituye una mengua en el mérito de la República. ¡Si me lo han dicho en mi propia cara! Ese juicio precipitado arran-

ca de la presunta idea de los dos mundos divididos en 1810: el pasado colonial tenebroso y el iluminado presente de la República. Claro que hubo, como sigue habiéndolos, dos mundos morales en pugna, pero lejos de estar divididos por una referencia cronológica, venían coexistiendo durante el proceso hispánico. Desde los albores de la dominación española se puso de resalto el espíritu que podríamos llamar anti-colonial. Hubo, junto con la armazón político-administrativa de la Colonia en sí, la armazón espiritual de la anti-Colonia. Antonio de Montesinos y Bartolomé de Las Casas fueron a principios del Siglo XVI expresión altísima de la anti-Colonia. El Regente José Francisco Heredia, así defendiese la unidad del imperio español, representaba, cuando la Colonia concluía, una conciencia anti-colonista, que coincidía con Bolívar en desear para nuestro mundo el reino de la justicia. Los separaba, en cambio, la circunstancia de que mientras el Libertador buscaba la libertad como único camino para llegar a aquélla, Heredia invocaba con mayor urgencia, y para igual fin, los cauces del orden y de la paz sociales. Disentían Bolívar y Heredia —por igual culminaciones eminentes de la cultura mestiza de América— en el planteamiento del problema donde estriba el destino de las sociedades, y que ha sido y seguirá siendo fuente de escándalos continuos a todo lo largo de la bárbara Historia hispanoamericana: la manera de acoplarse la libertad con el orden. Basta mirar al rededor, para ver cómo en razón de los apetitos desenfrenados de los hombres, sufrimos aún el drama en que no pudieron acordarse aquellos hombres sublimes. Cada día prueban, acá y allá, los presuntos defensores del orden su carencia de capacidad para respetar la libertad, y sin cuidar que es la justicia el único argumento que lo hace posible, arremeten contra la una y contra la otra, para sólo dar satisfacción a la violencia y al capricho.

Los que se niegan a la revaluación de nuestro pasado hispánico arrancan del supuesto falsísimo de que la República surgió como improvisada y candorosa imitación de movimientos políticos extraños, carentes, en consecuencia, de apoyos morales, económicos y sociales en el fondo mismo de la tradición colonial. Quienes así piensan, lejos de contribuir a aumentar la fama de los Padres de la Independencia, la disminuyen abiertamente, pues, en presentándolos como irreflexivos seguidores de novedades extrañas, ponen de lado el largo y callado esfuerzo del mismo pueblo que buscaba aquellas voces egregias para la expresión de sus derechos inmanentes. Olvidan así que la lucha por la justicia apenas viene a advertirse para el bulto de lo histórico, cuando acuden los hombres al argumento de la franca sedición o a la airada protesta. No quieren convenir en que dicha lucha tuvo vida secreta y dolorosa desde la hora inicial de la conquista, como protesta contra el inhumano encomendero y contra la avaricia del recaudador. No era espesa media noche la existencia colonial. Yo le encuentro semejanza ma-

yor con una prolongada y medrosa madrugada, durante la cual los hombres esperaron el anuncio de la aurora. Nuestro Siglo XVIII es la expresión viva de una agonía de creación. Había lucha, había afán de crecer, había empeño porque brillase la justicia. Al Rey se obedecía, pero se discutían sus órdenes. Cuando sucedió la independencia de las colonias inglesas del Norte y se produjo la explosión liberadora de la Revolución Francesa, ya en nuestro mundo colonial existía una conciencia capaz de asumir reflexivamente actitud congruente con los aires del tiempo. La libertad y la justicia no eran temas extraños al propósito de nuestros antepasados. Bastante tenían discutido con las autoridades los letrados. Por la autonomía de la provincia había sido condenada la memoria de Juan Francisco de León. Bolívar creció bajo un alero donde ya habían anidado las águilas rebeldes. Un año antes de venir al mundo el futuro Libertador de América, don Juan Vicente Bolívar escribía al díscolo Miranda sobre los problemas de la autonomía de la Provincia. Con hacerlos contraeco de voces extrañas, se reduce al tamaño de los Padres de la Patria. Crecen, por el contrario, cuando se les presenta como conciencias poderosas en que se recogieron las voces antiguas para expresar las adivinaciones de su tiempo.

En esto no ha propósito alguno de echar brillantes capas de oro sobre el mérito de España como nación colonizadora. Esto no es leyenda ni blanca ni dorada. Esto es Historia con *verdad de vida.* Los que así pensamos, sólo perseguimos instrumentos con que anchar y pulir los contornos de la venezolanidad, al mismo tiempo que buscamos mantener como lumbre que dé calor a las conciencias, el fuego de esa tradición que no se ve, que no se escribe, que no se graba sobre piedras, pero que se siente como marca indeleble para fijar los caracteres y para empujar los ideales constructivos.

Cuanto se ha dicho de malo acerca de la "peligrosidad" de la llamada "leyenda dorada" de que se me hace abanderado, debe cargarse, en cambio, a la cuenta de la leyenda contraria. No debe olvidarse que ésta fue fraguada inicialmente a las orillas del Támesis, como arma contra los valores hispánicos que nutrieron nuestra cultura. En nombre de esa leyenda se ha logrado la desagregación de la conciencia de los pueblos hispanoamericanos y se ha hecho, en consecuencia, fácil el arribo de las naves donde viajan los modernos corsarios que buscan convertir nuestras repúblicas independientes en factorías para su lucro.

Como he dicho, no participo con las tesis de quienes sólo encuentran en la obra de España temas para el laude. Nuestra conciencia nacional se formó al rescoldo de ideas de tan acusado tinte rebelde, que los mayores admiradores de España siempre hallarían motivo de crítica en diversos aspectos del régimen colonial. Pero

esa conciencia liberal y esa altivez nuestra, que repudia los encendidos contornos dorados, aún cuando se trate de ribetear con ellos la propia vida portentosa de Bolívar, se formó, aunque cause asombro, en pleno período colonial. Sirva de ejemplo: en 1618, el Gobernador de La Hoz Berrío, hombre de gran piedad, junto con el Cabildo de Caracas, integrado por elementos de severas prácticas religiosas, pidieron que el Obispo Bohórquez fuera a radicarse a la ciudad episcopal de Coro, para que dejase en paz a Santiago de León de Caracas, cuyos moradores no hallaban la manera de componerse con el violento Prelado. Durante la Colonia se vió en Caracas el espectáculo de que fuera un Obispo condenado a resarcir perjuicios causados a clérigos, y de que más de un Gobernador tomase por habitación obligada la Cárcel Pública. Hubo grandes injusticias, nadie lo niega; hubo empeño cerrado, de parte de algunas autoridades, en quebrantar el ímpetu de los hombres libres; pero estos reatos coexistían, como ya he dicho, con actitudes contrarias, del mismo modo como han estado presentes, y seguirán presentes en el orden de nuestra Historia, los hombres que padecen por la libertad y la justicia, junto con los hombres que sienten placer en el ejercicio arbitrario del poder.

Al ahondar, pues, en el estudio de estos problemas de nuestra Historia nacional, sólo he buscado presentar los hechos en su verdad contradictoria. A la vieja tesis de un país colonial distinto del país republicano, he opuesto la tesis de un país nacional en formación, que luchó heroicamente, con sus propios recursos y contra los recursos de sus propios hombres, por transformar un sistema de minoría en un régimen de mayoridad política. La oposición, insisto en decirlo, no es de fechas sino de actitudes. I esa actitud de lucha prosigue y proseguirá siempre, como expresión del espíritu dialéctico de la Historia.

Cuando empecé a estudiar en serio nuestra Historia, di con las "tinieblas" coloniales que habían asustado a otros; mas, haciendo mío aquel consejo chino que enseña ser más prudente, cuando nos encontramos a obscuras, encender una vela que maldecir las tinieblas, busqué de prender la modesta candela de mi esfuerzo, hasta lograr que se disipara la obscuridad que a otros había movido a la desesperación y a los denuestos.

Buscar en nuestros propios anales respuestas para nuestras incesantes preguntas, dista mucho de que se pueda tomar como afán de vestir arreos dorados a la Metrópoli española. Repetidas veces he escrito que la aventura de las Indias produjo una escisión en el propio mundo español. Desde el Siglo XVI existieron dos Españas. La vieja España, deseosa de más anchos horizontes, vino en el alma de su pueblo en busca de las playas ilímites de nuestra América. Que lo diga el opulento barroco de Méjico, de Lima y de

Guatemala. Que lo digan los Cabildos americanos de 1810. Que lo digan las mismas Cortes de Cádiz, donde se dejó oír el acento viril de pueblos que reclamaban el reconocimiento de su personalidad. Acá, aunque lo niegue la tozudez de muchos peninsulares, fue donde culminó la obra portentosa de una España, que, nacida para la libertad y la justicia y al sentir las trabas del absolutismo que contrariaba las viejas franquicias, buscó una nueva geografía para la altivez de sus símbolos, y que al compás de la fuerza despótica que, con los Borbones, tomó el poder regio, fue creciendo en rebeldía hasta ganar la Independencia.

A la "leyenda negra" no opongo una "leyenda dorada" como han dicho algunos Profesores de Secundaria. Una y otra por inciertas las repudio. La falsedad que destruye. he intentado contrariarla con la verdad que crea, no con la ficción que engaña. I si feroces críticos, desconociendo mi derecho a ser tenido por historiador y no por leyendista, me incluyen entre los partidarios de la trajinada "leyenda dorada", culpa es de ellos y no mía el hacerme aparecer en sitio que no me corresponde. Tengo, por el contrario, fe en que mi razonado hispanismo sirve de ladrillo para el edificio de la afirmación venezolana, en cuyo servicio me mantengo, dispuesto a encarar con las asechanzas de tantas conciencias bilingües como amenazan nuestra integridad nacional. Por medio de mi actitud no busco, tampoco, recompensa que sobrepase la que para su obscuro nombre esperaba Sancho, cuando dijo a nuestro Señor Don Quijote: "Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero, donde no ande la historia de nuestras hazañas". A la zaga de Quijotes de buen porte, a quienes se nombre mañana como defensores del genuino destino de la Patria, confío que vaya mi nombre, en el mero puesto de campaña que para el suyo aspiraba el buen Sancho.

Claro y tendido os he hablado de lo que significa el hispanismo como elemento creador de signos que aún pueden dar fisonomía a nuestra América criolla, visiblemente amenazada de ruina por el imperialismo yanqui y por el entreguismo criollo. Sólo me resta advertir que no pretendo que nadie tome como verdad inconcusa la razón de mis palabras. Si no me creyese en lo cierto, no profesara tales ideas; mas, la certidumbre en que estoy de la bondad de mis asertos, jamás me mueve a desconocer el derecho que otros tengan para pensar a su manera, muy más cuando hombres de irreprochable honestidad difieren de mis conceptos esenciales. Hasta hoy, considero el cuerpo de ideas que durante más de veinte y cinco años he venido sosteniendo en la cátedra, en la tribuna y en el libro, como el mejor enderezado a dar vigor a nuestra Historia y fuerza defensiva a la nación. Si yo estuviese errado, pecaría de buena fe y a razón de un equivocado

intento de ser útil a la cultura del país. De ese error saldría, en cambio, si en orden a destruir el mío, se me mostrase un camino donde fuera más seguro topar con ideas de ámbito con mayor eficacia para la afirmación de la venezolanidad.

Ojalá vosotros podáis mañana enhestar la conciencia en medio de un mundo altivo y libre, como para nosotros lo soñaron los grandes patricios formados al amor de la mediana cultura colonial y que en 1810 meditaron el porvenir de la República, sin hacer mayor cuenta del porvenir de sus haciendas y sus vidas. Sólo os hago una indicación formal: procurad afincar los juicios futuros sobre el resultado de la investigación crítica y no sobre apreciaciones arbitrarias de otros. Se puede diferir en la estimativa de las circunstancias, pero no se puede erigir un sistema sobre hechos falsos. Posible es apartarse, pongamos por caso, del juicio optimista de Caracciolo Parra León en lo que se refiere al grado de progreso de la enseñanza filosófica que se daba en esta Universidad a fines del Siglo XVIII; pero, en cambio, no puede, como aún se hace, seguir invocándose por prueba de un propósito encaminado a mantener en tinieblas a la Colonia, la frase atribuída a Carlos IV, cuando se negó al Seminario de Mérida la gracia de grados mayores. Bastante se ha escrito para probar la inexistencia de la Cédula en que se dice fue estampada dicha frase; de lo contrario, se comprobó que a disidencias cantonales nuestras se debió la prudente abstención del Monarca español. Sobre hechos como éste no es posible edificar ninguna crítica seria. Con aceptar la verdad, rendimos parias a la justicia, sin favorecer por nada al sistema de los Reyes. En este caso, vindicar una verdad que aproveche al infeliz Monarca, no constituye demérito para la obra de quienes pusieron término con sus hechos heroicos al dominio español en las Indias, así hubieran ponderado los Padres de la Patria, como instrumento de guerra, los vicios y los defectos de los Reyes. Lo inexplicable es pretender escribir historia imparcial con espíritu de guerra. Se escribirán panfletos y diatribas que empujen la oportuna propaganda de la muerte. Jamás llegará a escribirse la Historia con *verdad de vida* que ha de ayudarnos a entender y a superar la honda crisis que nos viene negando capacidad para organizarnos como nación.

Sentido y Función de la Ciudad*

Empinada honra constituye para mí llevar la palabra del historiador en la noble tierra de Gil Fortoul y de Alvarado. Lejos de atribuirla a méritos de mi persona y sólo a la generosidad amistosa del Gobernador Felice Cardot y del Excelentísimo Obispo Benítez Fontourvel, reconozco que se me ha elegido para iniciar estas charlas que antecederán las solemnes oraciones dedicadas a exaltar la egregia memoria de la ciudad en el momento del Cuatricentenario, por ostentar yo el honorífico título de Cronista Oficial de la ciudad mayor de Venezuela. En mí recae, pues, parte del justo homenaje que corresponde a la capital de la República, en el proceso conmemorativo de la fundación de la muy noble ciudad de Nueva Segovia de Barquisimeto.

Fiesta de la Ciudad, aquí han de oirse las voces de las demás ciudades que integran la sagrada comunidad venezolana. Como no se trata de función recoleta, dedicada a exaltar los valores diferenciales de la región, sino de acto, por el contrario, encaminado a medir su esfuerzo de ayer y su esfuerzo de hoy en la obra secular y común de integrar la nacionalidad, se extienden los blancos y largos manteles de la anfictionía, para que las demás ciudades tengan puesto en el ágape fraterno donde, con el recuerdo, logran anastásicas fuerzas los antiguos valores formativos de la Patria.

Estas fiestas conmemorativas están llamadas a ejercer influencia poderosa en la conformación del espíritu del pueblo. Hace

---

(*) Lectura inicial del curso de conferencias que antecedió a la celebración del IV Centenario de la Ciudad de Barquisimeto. 14-3-52.

treinta años se las miró como sucesos locales de escasa trascendencia. No hubo despliegue nacional de ninguna especie a la hora en que Cumaná, La Asunción y Coro alcanzaron la misma dignidad de siglos. Cuando El Tocuyo coronó los cuatrocientos años, el país sintió, en cambio, el vetusto prestigio de la ciudad donde estuvieron el primitivo solar de la venezolanidad y el eje de los grandes radios que conformaron la geografía de la nación. Hoy, en realidad, hay mejores ojos para mirar la Historia. Ayer se la tomó como reducida aventura de arrodillados romeros, que hicieran camino en pos de alguna ermita donde fuese milagrosa la evocación de cualquier prócer republicano. En cambio, de algunos años a esta parte, el estudio de nuestro pasado ha venido perdiendo el carácter a-histórico que alcanzó bajo la inspiración de quienes miraron la Historia Patria como un proceso de milagrería y como un rígido "estar" en el seno de una gloria trabajada por los Padres de la República. Hubo deseos de ahondar en la roca viva donde estriba el edificio de la nación, y se halló que no es de ayer nuestra vida de pueblo y se supo que los orígenes de la nacionalidad no arrancan de la hora luminosa de la rebelión de nuestros Padres contra el ya caduco sistema colonial. Al hacerse el examen de la realidad social de nuestro país, se halló que uno de los factores que más intensamente ha contribuido a retardar la cuaja de nuestro pueblo, ha sido el desdén por su verdadera Historia. Cuando el gran Zumeta dijo en fino lenguaje de malabarista que existe un hiato o una pausa entre la Colonia y la República semejante al que separa del Antiguo al Nuevo Testamento, no estaba haciendo en verdad una teoria de nuestra Historia, sino una frase que condensa a maravilla el estado de conciencia a-histórica que hasta entonces influía en el estudio de nuestro pasado. Existía, en realidad, un grupo de espíritus que no habían logrado, pese a densos estudios, desvestir sus juicios de mohosos prejuicios anti-españoles, y que dieron en la flor de mostrar adhesión a la República y de exhibirse como hombres progresistas, por medio de juicios denigrativos del pasado hispánico de nuestra nación. Negados a entender la causación histórica, desconocieron trescientos años de Historia, para ponernos a correr con zancos prestados sobre el campo abierto de una República, que tampoco supieron cuidar, y donde fatalmente tenían que caer hombres con piernas postizas, a quienes no se les dio a conocer la robustez de sus genuinos remos.

En el proceso de nuestra Historia Nacional, esto también es hoy historia. I aquí, Señores, estamos nosotros comprobándolo. Nos hemos reunido para empezar a memorar los cuatrocientos años de Historia que hacen de esta ciudad uno de los más firmes soportes de la nacionalidad venezolana. Aquí la Historia antigua tiene valores de resistencia cívica y de patriótico sentido de cooperación: a la epopeya de la libertad, Barquisimeto ofreció escenario para heroicas acciones; durante la República, ha trabajado la

tierra con un ejemplar empeño de suficiencia y se han hecho aquí fortunas que aseguran una economía feliz, y al compás de esta riqueza material, ha crecido en el orden de la cultura, hasta poder contar por suyos a los Limardos, a los Montesinos, a los Riera Aguinagalde, a los Alvarado, a los Gil Fortoul, a los Macario Yepes, forjados para la gloria en las disciplinas de las Universidades, y a aquellos caballerosos luchadores en nuestras guerras intestinas que, como Jacinto Lara y Aquilino Juárez, no sólo aprovecharon a Minerva para el engaño de Héctor, sino que, escuchando su certero consejo, se dieron, también, a la obra fecunda de la cultura civil.

Pero no se reúnen los hombres y las mujeres de la tierra para cantar alabanzas al progreso de la cabilla y del cemento, ni para formar el inventario de la riqueza material, que hace de Barquisimeto una de las más prósperas y adelantadas ciudades de la Unión Venezolana. Ello se hará apenas como corolario feliz del tema principal. Para alabar la obra de los ingenieros modernos habrá que empezar por elogiar la obra de los constructores antiguos. Aquí venimos a festejar la ciudad en su integridad funcional. Para saber lo que vale hemos de empezar por ahondar sus orígenes y por examinar su papel en el proceso que tuvo culminación en la unidad venezolana. En último análisis, estas fiestas, más que destinadas a exaltar con hedonista complacencia el mérito de la jornada hasta hov cumplida tienen carácter de reencuentro con nosotros mismos, justamente a la hora en que auras hostiles provocan movimientos evanescentes en la conciencia de nuestro pueblo. Anteo, para recobrar fuerzas, tenía que poner sobre el suelo nativo el heroico talón. Los pueblos, para conservarse en el goce de sus fuerzas creadoras, han de mantener los pies de la conciencia bien hundidos en la realidad de sí mismos. Y la realidad de los pueblos es el balance de su Historia, la cual deben mirar, no en pos de la alegre ejemplaridad, sino como dimensión que pone los signos diferenciales y unitivos de las generaciones que la llenan, y que, con nosotros, habrán de prolongarse por testimonio de un esfuerzo colectivo.

Hagamos a un lado el polvo de los años y busquemos el tiempo en que el sitio de la Ciudad era desierto. Es el año de gracia de 1552. Estamos a mitad del siglo de las grandes fundaciones. En la primitiva Venezuela, delimitada en sus costas cuando se la concedió en gobierno a los alemanes, existen sólo dos ciudades: Santa Ana de Coro y la Purísima Concepción de El Tocuyo. Para hacer el camino del mar, han fundado un puerto en la Borburata. En Macarapana, al oriente, y desvinculada esta región del gobierno venezolano, no se ha perfeccionado aún un sistema de categoría. Cumaná es apenas lánguido pueblo, de chozas miserables, que espera los prestigiosos jinetes de Fernández de Serpa. En la

maravillosa Isla de Margarita prosigue el gobierno familiar concedido a Marcelo Villalobos, y que de doña Aldonsa Manrique, su hija, pasará sin ningún esfuerzo a las manos del nieto Sarmiento de Villandrando. La antigua ranchería de Maracaibo, con vida civil hasta 1535, está deshabitada desde que Federman trasladó a Río de Hacha sus vecinos. La región de los cuicas ha sido recorrida ya en son de descubrimiento y de dominio por Diego Ruiz Vallejo y Juan de Villegas. Justamente es Juan de Villegas quien comanda la gente española que en este hermoso y dilatado valle está echando las bases de la Nueva Segovia de Barquisimeto.

Hidalgo de antiguo solar castellano, está hecho desde niño a mirar anchas vegas, y su experiencia en las Indias lo ha convertido en férreo domador de selvas. En este momento se encarna en él un intrincado pretérito. Juan de Villegas lleva la palabra en el diálogo que mantiene el hombre viejo con la tierra nueva. Está investido, junto con su dignidad de Capitán, de carácter de sacerdote y de letrado. Juan de Villegas y sus valientes compañeros son una Historia cuajada de siglos que viene a cambiar de data en un trozo de geografía, tan vieja como la geografía del mundo antiguo, pero que ha mantenido con la barbarie vegetal la frescura de la virginidad. Este es un suelo de hombres sin Historia que empieza a sentir las pisadas de una Historia cargada de tiempo. No son ellos filósofos, ni eruditos, aunque bien pudieran viajar entre estos rudos mílites becados arrepentidos de Salamanca o discretos filósofos que temieron enredos con la Inquisición. Con los simples letrados de San Casiano, bien puede confundirse un avisado lector de Erasmo, del mismo modo como vimos entre la gente de Alfinger un santo de la dulce simpatía de Martín Tinajero. No son en su conjunto famélicos y rudos aventureros. La mayoría conoce los caminos de la victoria en Flandes y en Italia. En cambio, todos son veteranos en las mil sendas por donde se va a la busca inútil de El Dorado. Algunos tienen servicios eminentes en la fundación de otras ciudades. La mayor parte son restos de las expediciones de Alfinger y de Spira. Otros han corrido aventuras y han tenido gobierno en Margarita, en Cubagua y en Macarapana. Largo sería enumerarlos. Pero hay uno cuyo recuerdo es de imperio en este caso. Entre los principales capitanes figura Diego de Losada. Está aprendiendo a fundar pueblos, para fundar mañana un pueblo mayor. A él tocará en suerte conducir a los bravos conquistadores que aseguraron los cimientos de Santiago de León, en el dulce valle de los fieros caracas. Toda esta historia es un proceso común. Cuando Villegas funda la Nueva Segovia, sus tenientes sueñan la hora de ser ellos cabeza de fundaciones futuras. Losada es valiente y audaz. Ya Villegas lo ha ungido con la Alcaldía de la nueva Ciudad. Será él, pues, quien tenga la primera voz en el proceso civil que se inicia. Sin embargo, esta designación no satisface sus deseos de hacer Historia. Mientras se funda la Ciudad, él seguramente

piense en la ciudad que dara permanencia a su nombre en la Historia de Venezuela. Caracas ya vive como un delirio en la imaginación calenturienta de Diego de Losada. Más allá de los horizontes, entre el incendio maravilloso de los crepúsculos que singularizan al valle de las Damas, Losada mira los techos rojos de la ciudad que le granjeará la inmortalidad. Cuando Villegas, caballero en raudo corcel, voceaba de uno a otro extremo de la presunta ciudad a quienes pretendieran argumentar contra los derechos del Rey, ahí representados en su brazo de valiente, Diego de Losada se miraba caballero en el níveo corcel de Santiago, a la hora venidera de cumplir los mismos ritos, con que ganaría título para codearse con los caballeros santiaguinos de su lejana ciudad nativa.

Se ha fundado la Ciudad. ¿Dónde? ¿Cuándo? Ha podido ser en distintos sitios y en insegura fecha. Una vez cumplidas las formalidades rituales de retar los supuestos contradictores del derecho regio, y de mudar piedras y de cortar hierbas, como símbolo de dominio, el fundador, ya sembrada la cruz que da signo a la jornada, marca lindes a la plaza mayor, divide en solares el perímetro urbano y señala sitio para la Iglesia y las Casas del Cabildo. Todo lo hace en nombre del Rey, de quien emana el derecho y quien retiene la soberanía. En medio del desierto salvaje, con la Ciudad aparece un sitio en donde asientan las instituciones nuevas. La Ciudad no es sólo remanso y pausa en el caminar perpetuo de los conquistadores. La Ciudad es algo más. El campamento azaroso donde impera la ley de los valientes, es sustituído por la sala capitular, donde el Alcalde, desceñidas las armas, hace justicia apoyado en el débil bastón de la magistratura. Eso es la Ciudad. Se la funda para hacer en ella pacífica vida de justicia. La Ciudad sin justicia no es sino el campamento cargado de zozobra. Quienes la gobiernan se llaman Alcaldes o Justicias. La justicia ideal se hace masculina y recia en los Justicias hombres, que la administran en nombre de las leyes. Cada ciudad es un nuevo jalón en el proceso de dar fisonomía a la virgen tierra y de dar razón humana a la aventura conquistadora. Hasta en el orden de los vocablos, los grandes valores que hacen a las repúblicas derivan de la Ciudad. Ciudadano es el sujeto de derechos políticos; ciudadanía el concepto integral de dichos derechos; cívico lo que se distingue de la violencia que quedó superada en el nuevo sistema de vida comunal; civil el orden que se fundamenta en el suave imperio de las leyes. En la Ciudad antigua, de griegos y romanos, la ciudadanía era derecho reservado a las clases del privilegio. En la Ciudad colonial, la ciudadanía estaba restringida y el común del pueblo sólo beneficiaba de la paz del convivio. El proceso de la república es vivo e inconcuso testimonio de la lucha porque la ciudadanía convenga a todos los hombres y mujeres que forman la Ciudad.

Los hombres valientes y audaces que se echaron sobre las aguas oceánicas a la aventura de las Indias, han venido a algo más que a saltear indios y rescatar perlas. Han venido a hacer ciudades. Traen ellos entre las manos fornidas un mensaje de cultura, y esa cultura, para distenderse en la nueva área geográfica, reclama sitios de apoyo. Por eso, los pueblos que fundan los conquistadores tienen el signo de un proceso de calidad. Empiezan, claro que sí, por toldas pajizas que poco difieren de los bohíos del aborigen. Pero bajo esta modestísima techumbre anidan formas con rango de institucionalidad. Al fundarse la Ciudad, se ha creado una entidad que supera la realidad de los edificios. Si los vecinos resuelven trasladarse a otro sitio propicio, se va con ellos la Ciudad en su dimensión moral y jurídica, más que como masa migratoria de hombres y como hacinamiento de propiedades movedizas. Sobre los hombres, ella camina como un símbolo y como una esperanza. Nadie la ve, pero todos la sienten, al igual de los israelitas, cuando llevaban puestos los ojos en la nube que guiaba sus pasos hacia la tierra prometida. La Ciudad por sí misma tiene vida en el área de las realidades inmateriales. Aquí, allá, más allá, la Ciudad mantiene el sello de un derecho y el signo de un espíritu que la hacen sagrada. En el sistema de griegos y romanos tuvo dioses propios, cuyo culto no era posible compartir con los extraños. A nuestra Ciudad le da carácter religioso la tradición que la formaron las generaciones pasadas, y la cual deben cuidar y perfeccionar las generaciones presentes.

Unidad política, unidad administrativa, unidad económica, la Ciudad colonial las posee como las raíces del árbol de la futura nacionalidad. En su fundación se han cumplido las fórmulas de un sacramentario que da la vida en el orden del derecho y la constituye primera estructura para el proceso de la integración del gobierno general. Tiene ella, junto con la autonomía de lo doméstico, carácter de célula en el conjunto tegumental de la futura nación. Se diferencia de las demás ciudades, mas como todas sienten sobre sí la superestructura del gobierno provincial y de la lejana Audiencia, se sabe comprometida en un engranaje que disuelve en parte el aislamiento cantonal. Cuando la Nueva Valencia o la Paz de Trujillo se ven amenazadas del corsario, Nueva Segovia les envía la ayuda de sus mejores capitanes y el socorro de su vino, su cecina y su biscocho. En cambio, cuando el Gobernador y Capitán General la quiere imponer un Teniente que represente su autoridad centralizadora, se alza ante el Rey en defensa de mayor ámbito para sus mandatarios locales.

El conquistador español del Siglo XVI, así aparezca cubierto con cota de bárbara violencia, poseía sensibilidad para los temas del derecho. El propio proceso de la conquista fue debatido en las Universidades, en los Consejos y en los Conventos de España como

problemática que interesaba a la justicia universal.. Grandes teólogos, con Francisco de Vitoria a la cabeza, intervinieron en larga disputa, de donde surgieron las bases del Derecho Internacional moderno. Las Cédulas y las Reales Provisiones eran para los conquistadores fuentes de derecho estricto. Las ciudades justamente surgían para que tuviese asiento ese derecho. El Municipio, sin tener el carácter popular que distingue el Municipio moderno, era el fermentario de la institucionalidad futura. Allí empezaba la nueva vida de relación civil. Más allá de la Ciudad y de su ejido, quedaba la indiada que sería sometida al nuevo sistema de civilización. La Encomienda apacentará al bravo aborígen y lo llevará a la vida de Doctrina, donde tendrán más tarde abreviada repetición rural los sistemas de gobierno de la Ciudad. Brazos del Municipio, los pueblos nuevos llevarán al campo los medios protectores de las leyes.

Injusticias, atropellos y violencias se ponen a flor de realidad cuando es examinado el proceso de la Conquista y la Colonia. Violencias, atropellos e injusticias se abultan en toda Historia, en mayor grado que los frutos de la justicia y la concordia. La Historia reclama perspectiva para sus juicios y adecuación del ojo crítico al plano temporal de los sucesos. Contradictorio y vario, el mundo de las formas coloniales impone reposo para su enjuiciamiento y búsqueda serena de la aguja que configuraba el cañamazo de los sucesos. Se la puede hallar en los ricos archivos de la Metrópoli, pero más cerca la tenemos en la vida de nuestros Municipios. En los Cabildos, donde adquiere fisonomía el derecho de las ciudades, se daba vida a instituciones políticas enmarcadas en las posibilidades del tiempo y definidas por las líneas conceptuales de la propia filosofía de la sociedad. Las nuestras venían de la España del Siglo XVI. Desatino sería pretender topar en aquel confuso tiempo con instituciones sigloventistas. Vinieron de la Península los viejos *Fueros* y las solemnes *Partidas.* España daba al Nuevo Mundo su derecho viejo. Claro que la Corona y los conquistadores buscaban la materialidad de los proventos, pero con la búsqueda de fortuna había empeño de crear también un mundo de derecho. Se quería el oro y las perlas de América, pero a ésta se ofrecían los lineamientos de una cultura, cuyos más recios afincos son las leyes. Alguno de estos conquistadores pudo haber saludado en la Península carrera de leyes. Pero quien sí debe estar provisto de algunos libros es el Padre Toribio Ruiz. En su pequeña y andariega librería, junto con los Testamentos y el Misal, deben de andar las *Siete Partidas.* Cuando los Alcaldes comienzan a impartir justicia, es casi seguro que los instruya con letras del Rey Sabio: "Cumplidas deben ser las leyes, e muy cuidadas, e catadas, de guisa que sean con razón, e sobre cosas que puedan ser segund natura". En medio de la rudeza de la nueva vida, la ley es el *sancta sanctorum* donde buscan amparo los perseguidos. A las leyes del Reino, con vigencia ge-

neral en las Indias, se agregaron después las leyes que el Rey fue creando para los flamantes dominios. No eran tan arbitrarias, que el propio Monarca mandaba a sus Virreyes, Presidentes y Justicias que acatasen y no cumpliesen aquellas Cédulas en las cuales se abultasen vicios o se previese de su lectura que habían sido arrancadas con malicia a la autoridad real. Acatar y no cumplir fue la orden del Rey, cuando la obediencia no había tomado el áspero carácter de ciega sumisión que entre nosotros le sumaron al vocablo más tarde los violentos. Metidas, pues, en los respetuosos linderos del obedecer sin cumplir, las autoridades coloniales discutieron al Monarca sus órdenes y lograron muchas veces la enmienda de sus fines. Por ello, cuando se estudian las Leyes de Indias a la luz de la razón histórica y no de la pasión política, aparecen como uno de los más excelsos monumentos de la legislación universal. Esas leyes sancionadas para América, expresan, en verdad, una conciencia jurídica que enaltece el tradicionalismo hispánico.

Ciudad también se llamaron los Cabildos o Ayuntamientos. Eran en verdad el rostro institucional del pueblo. Sus funcionarios se mudaban con el año, excepto los que ejercían cargos caídos en la autorizada venalidad de los oficios. Se hacía, es cierto, la elección por el propio Cabildo y entre miembros de la clase alta. Esta clase la constituían los descendientes de los fundadores y primeros pobladores, que se fueron lentamente haciendo señores de la tierra. Pero estos terratenientes que ejercían, con el dominio del suelo, el poder municipal, representaban a su modo, en aquel momento de nuestra evolución histórica, la voluntad autonómica de las generaciones que se sintieron con mayor arraigo en la tierra nueva que en el viejo solar de los mayores. Con ellos fraguaba en el Cabildo una conciencia diferencial que terminó por desconocer la autoridad del lejano Monarca.

La prepotencia de clase la cubrieron los personeros de la Ciudad con la propia letra de la ley regia. I hasta tanto ellos no se echaron a la calle con los pendones y las mazas que representaban el institucionalismo, no hubo revolución. El cuadro glorioso de José María España, sacrificado en 1799 por haber enarbolado el estandarte de la libertad, y la voz tremebunda de Miranda, que llamaba desde el mar a la lucha por la independencia, quedaron sin eco de realidad mientras la Ciudad, en nombre de la soberanía antigua, no voceó los derechos de la nación a gobernarse por sí misma. Tal fue la conformación legalista lograda por la conciencia del pueblo que iba a estrenar indumentaria de república, que necesitaron los directores del movimiento revolucionario meter las voces de la insurrección en la propia caracola del institucionalismo contra cuyas formas se abría la gran lucha para la nueva vida. Por ello, el absolutismo del gendarme tiene menos solera histórica que la vocación legalista, entorpecida por el interés de los gobernantes.

La legalidad concretada en Peñalver es más vieja, como Historia, que la arbitrariedad que grita en labios de Páez.

Ese largo proceso comenzó cuando los fundadores cimentaron las ciudades. Han podido fundar fortalezas, donde Alcaides sin leyes mantuviesen un régimen que sirviera de seguro a las expediciones encargadas de explotar la riqueza de los naturales. Pero con la conquista se inició en nuestras tierras un proceso que trasladaba a estos términos las raíces de la antigua cultura europea. Venían hombres con estirpe histórica a producir nuevas generaciones, llamadas a modificar por las varias interferencias de los distintos procesos de cultura, la propia concepción de la vida humana.

La Ciudad fue el coronamiento cultural de la gran aventura de los conquistadores. Fieros y audaces compañeros de Hortal, de Sedeño y de Ordaz. Su recuerdo queda en nuestros anales sin otro asidero funcional que el mérito de haber corrido tierras y de haber desguazado ríos. La naturaleza apenas mantiene entre sus luces prodigiosas la memoria de estos hombres valientes, cuya historia se hundió en el misterio de la espesa y milagrosa selva o en el misterio de los profundos ríos. Los que fundaron ciudades permanecen, en cambio, como artífices iniciales de la cultura nueva. Ellos crecerán al compás del perímetro de las poblaciones. Juan de Villegas y sus afortunados compañeros se hacen más altos a medida que el pueblo por ellos comenzado toma contornos de gran ciudad. I si aumentan de tamaño en proporción al esfuerzo con que la ciudad absorbe y funda el viejo ejido, donde pastaba el primitivo ganado doméstico, más crecen en razón del valor de los hombres que constituyen las individualidades luminosas con que logran su clímax de esplendor las generaciones que hacen la trama de su Historia.

Pequeña es la lista de los fundadores. Entre ellos figura el fundador de mi ciudad natal de Trujillo y el fundador de mi apellido en tierras de Venezuela. A mí me complace imaginar el diálogo de Diego García de Paredes y de Sancho Briceño, mientras Juan de Villegas ordenaba la nueva fundación. Se volverán a hallar juntos en Trujillo, cuando el primero satisface su anhelo de ser padre de un pueblo. Don Sancho estará otra vez en Nueva Segovia, cuando las otras ciudades —Coro, El Tocuyo, Nueva Valencia, Trujillo del Collado— envían a esta ciudad sus personeros, para acordarse en varios puntos que era urgente someter al Rey. Las ciudades visten con su mandato al viejo Briceño, quien al regresar de la Corte, entre otras de valor para la vida de la Provincia, trae una Cédula que configura un régimen especial para los Cabildos venezolanos. Lo que de propia iniciativa habían discutido los Alcaldes con los Tenientes Generales de los Gobernadores muertos, tenía ahora fuerza de ley. Serán los Alcaldes quienes gobernarán las ciu-

dades con título accidental de Gobernadores. Con aquella Cedula quedaba robustecido el imperio de las ciudades y se daba figura a la nueva jerarquía que echaba fuerza en el orden estructural de la Provincia. La Ciudad crecía con ella y con la Ciudad crecían los valores de la nueva Patria.

Como premio del esfuerzo conquistador se entregaron encomiendas a los capitanes. El indio trabajaría para el encomendero. Este se encargaría de educarlo y prepararlo para la nueva vida civil. El principio no era en sí malo. La práctica resultó viciada muchas veces. Más tarde los fundadores, a más de sus solares y de las tierras aledañas que le han sido concedidas para los nuevos cultivos, adquieren vastas tierras por el llamado sistema de composición. Estas tierras estarán en breve cubiertas de ricas siembras o de gordos ganados. Expondrá a la herrumbre las bélicas armas, cuando toma el conquistador la azada y el barretón para trabajar con el indio y con el negro esclavo la humífera tierra. Más, cuando ésta dé gruesas cosechas, se convertirá en señor de verdad y comprará hasta títulos de nobleza para satisfacer la vanidad. Pero jamás olvidará la tierra donde se está labrando también una cultura. Con la riqueza que crean, mejora la Ciudad, porque de la abundancia de las trojes se beneficia el poblado. Están estos hombres echando las bases económicas de la independencia de la República. Si España hubiera podido cortar a los colonos las fuentes de aprovisionamiento, no hubiera habido libertad. Pero los pueblos antiguos se bastaban a sí mismos. Las ciudades viejas tenían reglado y seguro el nutrimento. Las ciudades de hoy tienen que comprar fuera de casa sus vituallas. Por ello, nuestra libertad está en extrañas manos.

Hoy, como en un deseo de reencontrarnos con nuestro propio destino, evocamos afanosamente la vida y la conducta de nuestros antepasados.Vosotros conocéreis los hilos que os llevan hasta entroncar vuestros linajes actuales con los Padres antiguos. Muchos tendréis lazos que no llegan, por pósteros, hasta las familias primitivas, pero aún en este caso, todos os sentís unidos en la comunidad de una familia, cuyos abuelos físicos o morales son los fundadores que acompañaron a Juan de Villegas a echar las bases de esta ciudad afortunada. Yo, que vengo de fuera, coincido a sentirme con vosotros descendiente de los Padres fundadores de Nueva Segovia. Evocarlos, es evocar la raíz de la Patria y sentir el rescoldo del fuego con que se han templado las grandes voluntades de la República. Algunos, por necia estima de los valores genealógicos, han puesto en burla la investigación de estos procesos; otros, en cambio, pretendiendo hacer historia demagógica, han llegado a negar la fuerza de los signos antiguos. Olvidan estos últimos que en Estados Unidos, país de intrincadas razas y de famosas prácticas democráticas, todo patriota se siente espiritualmente vinculado con los "Padres Peregrinos" que trajeron de Inglaterra, junto con sus pecados y sus vicios, los penates de la nue-

va nacionalidad. Para nosotros, los correspondientes símbolos de la cultura, vinieron en las duras manos de los hombres que fundaron nuestras ciudades. Lograron en ella más tarde ocupar honroso rango los descendientes del antiguo esclavo y del vencido aborigen, y éstos supieron agregar, también, nuevas dimensiones al proceso formativo del pueblo, pero quedando el sentido humano y cultural del español como lo más valioso que se enterró en el *mundus* sagrado de la Ciudad antigua.

Buena cura para la crisis de valores que amenaza la integridad nacional, es este volver sobre nosotros mismos por medio de la reconsideración y revaluación del pasado. Delicada labor que reclama hábitos de moralista y de psicólogo, precisa remirar nuestro proceso histórico con sentido de realidad, que evite el peligro de ver con ojos desapropiados los hechos antiguos y de concluir como si se hubieran efectuado en otro plano de posibles. Seguro estoy de que un examen juicioso, sereno y esperanzado de nuestra vida histórica librará a las futuras generaciones del espantoso pecado presente que está empujando a nuestro pueblo a desertar de sí mismo. Lo que en el orden del individuo sólo puede efectuarse por medio de la gracia divina, en el orden de los pueblos puede realizarse fácilmente en el área de los valores de la cultura. Porque aparezcan borrados los símbolos que dan precio a las monedas, no es de imperio echarlas a un lado como pasta vil para mero comercio. Revalorarlos es labor difícil; mas en los troqueles de la Historia existen eficaces medios para imprimir con nueva fuerza los signos que mantengan su vigencia circulante. Urge no olvidar que para seguir firmes el camino del progreso nacional, debemos examinar nuestro destino y nuestro deber de pueblo. Debemos defender la integridad de los valores que nos dan personería en los cuadros generales de la cultura. Ser venezolanos no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolanos implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América en ayuda de los otros hermanos, que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus retortas de maga para cambiar el propio destino de un continente. Nuestra consigna fué luchar contra toda materia de colonialismo. Cuando la Ciudad sintió la plenitud de sus fuerzas, quiso ser por sí misma, sin extrañas tutelas, guardiana de su libertad. Era el árbol coposo que expresaba la voluntad de dominio del viejo conquistador. Los antiguos colonos, acatando y no cumpliendo las Cédulas del Rey, se sabían creadores de república. El respeto y la crítica fue su técnica defensiva ante la injusticia de los mayores. Honremos su memoria. Honremos sus ciudades....

El Sentido de la Tradición*

Se me ha otorgado, sin título alguno que lo justifique, el privilegio de hacer uso de la palabra en esta serie de eruditas charlas, promovidas con motivo de la exposición de porcelanas y de objetos suntuarios de los Siglos XVIII y XIX, que tan acertadamente ha organizado la Directiva de la Asociación de Escritores Venezolanos. Si fuese crítico de arte, trataría, como pueden tratarlos Juan Rohl, Edoardo Crema, Picón Salas, Carlos Moller y Enrique Planchart, los temas delicados y sutiles que sugieren esas lindas piezas, expresivas del buen gusto y del rico poder de invención de nuestros antepasados. Apenas soy un fervoroso estudiante de nuestra historia civil, y la ocasión de ver congregada tan distinguida concurrencia en torno a las hermosas piezas aquí expuestas, me lleva de la mano a pensar en un tema insistentemente tratado por mí en mis modestos ensayos de Historia Patria.

Que nuestra Asociación haya tomado la iniciativa de exhibir en su sala lienzos, cerámicas y objetos que en pasados siglos sirvieron de adorno en nuestras viejas mansiones, corresponde a un tono de refinamiento artístico y de rebusca del tiempo pasado que viene tomando nuestra cultura doméstica. Ello no es obra de un día, pues de algunos años a esta parte se ha despertado cierto sentimentalismo colonial entre las clases cultas del país, y caso corriente es encontrar hoy opulentas mansiones que lucen con orgullo ricos mobiliarios del setecientos. A primera vista, dichas casas, con sus faroles antañones y sus vistosos artesonados, amén de odres y botijos centenarios y de graciosas hornacinas, dan la impresión de que mantuviesen, con la pátina del tiempo, las huellas de las graves pi-

(*) Lectura en la Casa del Escritor 15-IX-51

sadas de los viejos hidalgos que generaron la feliz estirpe. Pero si indagásemos la historia del costoso moblaje, encontraríamos frecuentemente que los floreros han sido recogidos acá y allá, de manos de humildes viejecitas que los utilizaron como cosa de poco valor durante muchos años; que los botijos y los odres estuvieron en las cocinas de humildes lavanderas y los "retablos" en el miserable dormitorio de unas ancianas manumisas, a quienes fueron donados por sus antiguos amos. Esto en cuanto a los muebles de legítima procedencia colonial, pues la mayor parte de ellos han sido labrados, al igual de las casas, por manos de artífices contemporáneos.

Junto con esta devoción por los objetos antiguos, ha aparecido otra, aún más curiosa y de verdadera inutilidad para la vida práctica, cuando con ella no se busca de explicar nuestro fenómeno sociológico: la de las genealogías que intentan regresar a España. Puede decirse que hay un afán por hallar entronques con la cultura condenada, y que muchos se sienten felices por descender de algún hidalguillo colonial, así aparezca lleno de apremios en los juicios residenciales.

Pero todo esto, a pesar de ser sólo una simple manifestación sentimental, en que incurren hasta los mismos coloniófobos, viene a adquirir indirectamente un verdadero valor en la interpretación de nuestro fenómeno histórico. El odre que estuvo oculto en la casa de la lavandera, es pieza que bien merece un capítulo en la historia de nuestro proceso social. Es como la historia misma de un período que clama por el descombramiento de sus fórmulas constructivas. A simple vista un odre utilizado en los menesteres domésticos de los señores de la Colonia, no debiera tomarse en cuenta cuando se trata de investigar la razón vital de nuestro pueblo, pero sucede a veces que objetos de valor verdaderamente insignificantes adquieren el sello diferencial de una cultura y sirven para orientar las pesquisas que se instauren en pos de hechos cuya existencia intentamos conocer a cabalidad. ¿Cómo fué a dar al callado tugurio que esconde su miseria bajo la fronda de los samanes del Catuche, el hermoso recipiente ventrudo, que acaso perteneció a la rica mansión de los Condes de la Granja?... A mí me ocurre pensar en el momento en que el nuevo señor decretó su eliminación para sustituirlo por una pieza en armonía con el progreso republicano, del mismo modo como había arrumbado, para reemplazarlo por una cómoda-armario del Imperio, el hermoso bargueño donde los abuelos mantuvieron con religiosa devoción las ejecutorias de hidalguía. Pero el odre, como la cultura en general, hubo de mantenerse intacto, aunque menos preciado, en el fondo mismo del pueblo: por ser el más modesto y aprovechable de los enseres coloniales, bajó hasta las capas inferiores de la misma sociedad que lo desechaba, y siendo útil a la humilde maritor-

nes, con ella permaneció hasta que una revaluación de la pasada moda lo llevó, entre frases laudatorias, a la rica mansión de los señores actuales.

Son hechos en general inconscientes, pero que suministran una aplastante evidencia al historiador. El capricho que mueve a nuestros contemporáneos a buscar como adornos preferentes para sus opulentos salones, los objetos decorativos de la Colonia, no pasa, claro que no, de constituir un mero indicio de *savoir vivre*, como diría cualquier elegante a la moderna, pero a mí me acontece ver en dicho capricho la manifestación de un retorno espontáneo hacia los símbolos de nuestra verdadera historia. Por lo menos hay un deseo ostensible de buscar algo suntuoso entre las formas que sepultó la tolvanera reaccionaria, y algo que, aunque menospreciado por las generaciones que nos son anteriores, es nuestro, o quizás lo único nuestro, como expresión histórica de un sentido artístico y como testimonio del propio temperamento creador del español. Vigoroso y áspero, éste supo dejar, como huella la leonina garra, su vigor y su aspereza en la ruda talla de los muebles que decoraron las mansiones de los ricos señores que en la Colonia se mantuvieron fieles a la tradición de rigidez y altanería de los hambrientos hidalgos peninsulares. Aunque en realidad lo importante no sea poseer vestigios hispánicos, sino ser vestigios de España, al modo como interesa a Francia e Inglaterra, según decir de Chesterton, ser restos de Roma, más que poseer ruinas romanas.

El moblaje colonial y las pinturas que exornaron salas y dormitorios de aquella época, corrieron la misma suerte de la cultura general. Ante la invasión de las modas sucesivas, fueron postergados y pasaron a llevar vida en la conciencia de la multitud indiferente. Y así como el capricho de algunos caballeros actuales busca las huellas vigorosas que sobrevivieron al desahucio de las viejas costumbres, y mientras los linajistas inquieren, por medio de pesadas investigaciones, sus orígenes hidalgos, la Historia persigue también, por otros rumbos, la revaluación de las formas pasadas, a fin de explicar integralmente nuestra vitalidad social, peligrante de ser desindividualizada por una crítica de falsos trazos (*).

Para esta revaluación, cuyo fin no es quedarse en la simple contemplación de los contornos de nuestro barroco, sin ahondar en los hechos que expliquen los caminos del arte en el área americana, precisa ir a lo nuestro de verdad, a fin de sentir el calor de la tradición que se enreda en porcelanas, hornacinas y retablos. Muchos se desdeñan porque se les llame tradicionistas. Yo, en cambio, tengo a orgullo que se me moteje de tal y con clara responsabilidad

---

(*) Tapices de Historia Patria.

de lo que ello representa, os hablaré esta tarde de la tradición como sentido creador y como fuerza defensiva de los pueblos.

Se ha hecho tan mal uso de estas palabras, que para la apreciación corriente han perdido parte de su fuerza simbólica. Hase querido presentar como opuesto al progreso todo valor que proceda de una antigua actitud cultural, y en el orden material de las naciones, se ha mirado como expresión de adelanto echar a un lado lo que construyeron los antiguos, para sustituirlo por las invenciones nuevas. Tumbar, pongamos de ejemplo, las casas del Museo Colonial y del Colegio Chaves, para que no quede "torcida" la futura avenida "Andrés Bello". ¡Cómo penará el alma del Maestro inmortal, al imponerse que la "rectitud" de la avenida que recordará su nombre, obliga la mutilación de algo donde tiene su último refugio la herencia artística de la vieja Caracas! Arte nuestro, que si no tiene la riqueza y la opulencia del arte colonial de México y de Lima, es parte de nuestra Historia, como son de abuelos nuestros los modestos óleos pintados por mano esclava, con derecho de permanencia en nuestras salas, igual al que tendrían si fueran obra del insigne Goya.

A fin, pues, de que parezca derecho lo nuevo, se tuercen los valores artísticos y se destruyen los edificios que mantienen el recuerdo de nuestras épocas anteriores. Y esto no es nada. La Historia de nuestro país es la historia de un largo proceso de demolición. Bolívar mismo hubo de declarar que habíamos ganado la Independencia a costa de arruinar tres siglos de cultura. Esto espantará a muchos maestros de escuela empecinados en negar que hubo un proceso de cultura durante las mal llamadas "tinieblas" coloniales. Por el momento sólo quiero referirme al orden de lo material, es decir, al afán de sustituir la arquitectura antigua y los estilos viejos por casas "a la moda". Claro que hay necesidad de estar con la moda en lo que ésta tenga de valioso y progresista. (Hay también modas abominables: el mambo, los chicles, la pintura abstracta y la literatura existencialista, pongamos por caso). El espíritu del hombre impone las innovaciones como señal de vida. El mundo en su marcha continua, va creando símbolos nuevos como expresión de su propia existencia. De hombres y pueblos que se estanquen y no produzcan nuevos valores, puede decirse que ya han cerrado el ciclo de su vida. A transformarlos precisaría en estos casos que viniesen otros factores etnogenéticos. Pero los valores recientes que producen las colectividades, son tanto más firmes y durables cuanto mayor sea la fuerza de los viejos símbolos que en ellos se transfiguran y con los cuales se hace el cotejo de su mérito en el balance de la cultura.

En nuestro país ha existido permanentemente un afán de hacer tabla rasa con los elementos antiguos. Hasta los viejos ce-

menterios privados han sido, con muertos y todo, objeto de comercio. Se ha pensado irreflexivamente que todo debe ceder ante la excelencia y la ventaja de lo nuevo, sin meditar que muchas cosas antiguas tienen derecho cabal de permanecer al lado del fasto de última hora. Nuestro desacomodo social, la violencia de los tránsitos políticos, el ascenso sorpresivo de fuerzas bárbaras a la rectoría de los pueblos, el prurito de no concluir los procesos que inició el sistema o la generación anterior, son factores que explican el poco escrúpulo que se ha tenido para arrasar con el pasado. (Cuando el año de 1870, entraron en Trujillo las fuerzas de Venancio Pulgar, fue su ocupación predilecta destruir los viejos escudos de armas que adornaban los portones antiguos, y para hacer tacos de pólvora, nada les pareció mejor que los expedientes del viejo Colegio Nacional). Se ha pensado que destruir es lo mismo que hacer algo, como si lo existente fuese un estorbo para la marcha de la sociedad. A quienes así piensan, los terremotos y los vendavales debe resultarles verdaderos fastos históricos.

Cada uno de nosotros en nuestro propio pueblo tiene el ejemplo de lo que ha sido el empeño de sustituir lo viejo por endebles artificios modernos. En una reciente evocación que dediqué a mi ciudad natal, pinto como en Trujillo se constituyeron "juntas de progreso" para borrar las huellas de la vida antigua. Altares de rica talla fueron reemplazados por nichos de pesada mampostería e imágenes que mantenían el recuerdo de tres siglos de unciosa devoción popular, fueron sustituídas por modernos santos de pasta iluminada. Una hermosa piedra labrada, que servía de fundamento a la sillería de una popularísima esquina y en la cual los trujillanos asentaron, para hacer tertulia, por más de dos siglos, fue rebajada a cincel, de orden de un magistrado que quería "igualar" las aceras.

De nuestra ilustre capital ¿qué no puede decirse? Hubo empeño de destruirlo todo. A nada se le halló mérito. No se respetaron ni templos ni sepulcros. Y porque nuestras edificaciones carecían de la riqueza de las de México, Lima, Guatemala y Quito, era preciso echarlas abajo. Todo se miró por feo y nada se quiso conservar. Hubo hasta una ordenanza que prohibió los aleros que daban tipicidad a la vieja "ciudad de los techos rojos" de Pérez Bonalde. Y cuando la urbe pudo estirarse hacia todos los vientos, para la edificación y el planeamiento de la gran metrópoli, lejos de haberse pensado en un ensanche a la moderna, con grandes parques y anchas avenidas, donde lucieran los nuevos y elegantes edificios, se creyó mejor destruir la vieja ciudad, con sus graciosas casas, sus anchos aleros y su rica tradición, para convertirla en una serie de cajones de cemento, sin arte y sin espíritu.

En estos días ha estado a flor de discusión la idea de demoler las hermosas casas de Llaguno, últimas joyas coloniales supervi-

vientes de nuestra furia demoledora, y para responder al periodista que me visitó en mi despacho de Cronista Oficial de la Ciudad, le dije más o menos lo siguiente: "Aún no he pensado lo suficiente respecto al caso que usted me presenta, pues estoy entregado a elaborar la respuesta que habré de proferir cuando se me pida opinión acerca de la demolición de la Catedral y de San Francisco". El periodista mirándome con blancos ojos de espanto, me preguntó angustiado: "¿Y eso va a ser?" "Claro que será, le respondí en el acto, pues al paso que vamos nos llegarán a estorbar las mismas cenizas de Bolívar".

Sí, mis queridos amigos, nos llegará a estorbar el Bolívar de verdad, el Bolívar de la función creadora y defensiva. El otro, el que se concuerda preferentemente en plural, tiene más que hacer con el cemento nuevo que con las rojas y enmohecidas tejas de la Caracas vieja. Vamos por un declive de irresponsabilidad que hace prever donde caeremos si no se crea a tiempo una enérgica vivencia que nos detenga y que nos salve. Hay que hacerle por ello una conciencia afirmativa al pueblo. Hay que crearle signos y luces que unan e iluminen las voluntades de los hombres. Esa función salvadora la cumplen fácilmente los valores espirituales que ha venido configurando la tradición. "Si no existiesen esos valores espirituales frente a los materiales, ha escrito recientemente Picón Salas, lo mejor sería alquilarse a las compañías inversionistas, que nos administrarían tan bien como a Tulsa, Oklahoma. Tendríamos las mejores estaciones de gasolina de Sur América".

Tradición no es, como entienden muchos, un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición es, por el contrario, comunicación, movimiento, discurso. En lenguaje forense, el vocablo mantiene su antiguo y amplio sentido de entrega de lo que se debe. Tradición como transmisión de los valores formados por los antepasados. Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que, después de pulido y mejorado por nosotros, lo traspasemos a las futuras generaciones. Más allá de las manifestaciones objetivas que la personalizan en su aspecto documental, se elevan ágiles, sutiles, inaprehensibles, los imponderables que dan fisonomía y forman el genio de los pueblos. No se les puede observar ni menos aún se les puede catalogar como valores reales. Son, en último análisis, algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira, pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la sustancia social. Son el modo de ver, de hablar, de reir, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura, como si fuese una dimensión hartmanntiana, el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la conciencia que trasluce en el drama de la Historia. En aquellos valores se recogen y subliman los demás valores, reales y sensibles, que forman el andamiaje general de la cultura. Entenderlos y captarlos, es tanto

como entender y captar el propio secreto de las sociedades, por donde su intuición constituye el toque divino que convierte en magos a los intérpretes del pueblo.

Cuando las naciones pisotean y desfiguran el legado de los tiempos, deshacen su estructura concencial y aniquilan su vocación cívica. En su empeño de buscarle puntales al inmenso y heterogéneo mundo soviético, los dirigentes bolcheviques han vuelto hacia la tradición que pareció rota en la época de Lenin. Recientemente el académico Grekov publicó un primoroso ensayo sobre "La Cultura de la Rus de Kiev", en el cual escribe: "El interés hacia el pasado, la necesidad de enlazar el presente con el pasado, demuestran un estado determinante de cultura, la conciencia de pertenecer a una entidad étnica y política". No es, pues, como ya apunté en otro ensayo con cita semejante,una expresión de conservatismo ni un índice de relajamiento senil, la defensa de los valores elaborados por la Historia. ¡Lo hacen los propios padres de la revolución comunista! De lo contrario, los pueblos que han probado mayor vitalidad, tienen mostrado, a la vez, un ardoroso empeño de mirar hacia atrás en pos de una clara explicación de sí mismos. Del propio modo como el hombre sabe que vive en cuanto tiene memoria de su ser anterior, así mismo las naciones se proyectan para el futuro sobre el fondo de la tradición, ya que difícilmente un pueblo que carezca de la conciencia de sí propio uniformará sus conceptos en torno al grupo de valores que deben servir de norma a sus actividades venideras.

En noches pasadas gusté en nuestro desnarizado Teatro Municipal la deliciosa comedia "La Llave del Desván", del gran Casona. En el primer acto se trata de vender la rica y antigua casa donde la familia ha vivido varias generaciones, pero cuando los "nuevos ricos" que intentan adquirirla oyen las historias de aparecidos que, con el fin de amedrentarlos y hacerlos desistir, refiere la vieja ama de llaves, la operación se frustra y la casa se salva de pasar a manos de dueños que seguramente no hubieran sabido valorar y cuidar el rico moblaje, las pinturas primorosas y la suntuosa vajilla acumulados, con amor y gusto, por los cultos antepasados. Huyeron los advenedizos compradores a sola la evocación del nombre de los viejos señores que habitaban en espanto la egregia mansión.

He aquí, señores, un símil magnífico del poder de la tradición. Ella es como voces de muertos que asustan a los intrusos y salvan la integridad de los dominios nacionales. Nosotros, por no poseer una tradición vigorosa, carecemos de la fuerza mágica que pueda poner en espantada a los filibusteros que vienen destruyendo, con ayuda doméstica, el vigor económico, el vigor político y el vigor moral de la patria venezolana.

Como no hemos cultivado nuestra verdadera tradición de pueblo, las puertas de la nación y sus propios caminos para la vida interior han quedado desguarnecidos de recursos que impidan la entrega de nuestros valores sustantivos, a la par que carecemos de luces que guíen nuestro proceso cívico. Redujimos nuestra Historia a una supersticiosa liturgia en honra de los Padres de la Patria, y llegamos a creer que la mejor manera de servir sus grandes consignas era elevándolos a la hipérbole del laude y sacándolos fuera del país en la ataraxia decorativa de las estatuas. Un fútil patriotismo nos ha llevado a imaginar que desde Roma, desde París, desde Nueva York, la espada de los Bolívares en bronce puede defender nuestra integridad de nación. Mientras tanto, las vías de entrada que perseguían desde antaño los piratas del industrialismo fueron abiertas a toda manera de provechos. A veces los propios nombres heroicos de nuestra Historia han servido de salvoconducto a los agentes forasteros.

Como no hemos logrado nuestra integridad histórica, no hemos adquirido, tampoco, la resistencia cívica que sirva de eco a las voces de nuestros muertos. De lo contrario, a la continua los hemos sustituido por sus enemigos antiguos. Si se convocara a los espíritus para un Cabildo abierto donde se fuesen a tratar problemas atinentes a la suerte de Caracas, la voz de Alonso Andrea de Ledesma sería apagada por el tartamudo discurso de Amyas Preston, hoy con privilegios más anchos en la solución de nuestras cosas que los sucesores morales del viejo iluminado. Y Amyas Preston, seguramente, daría su voto por el desmantelamiento de todo lo que huela a cultura tradicional.

Si hubiese tradición no sucedieran estos hechos. Una Caracas, y con Caracas Venezuela, que hubiera cuidado y mejorado su patrimonio histórico, no estaría expuesta, como están expuestas capital y nación, a que sus normas espirituales sean rendidas al primer viento de intereses foráneos. Si se hubiese defendido nuestra modesta tradición arquitectónica, hoy, al lado de la ancha y graciosa Caracas nueva, tendríamos la Caracas antigua, cuya pátina serviría de elemento conformativo para la nueva alma que surgirá al empuje vigoroso de las futuras generaciones. Muy por el contrario, corremos el riesgo de que a vuelta de no muchos años nuestras tradiciones, costumbres y usos sean sustituídos completamente por los usos, costumbres y tradiciones de las numerosas familias que vienen, unas a tomar la mejor parte de nuestras riquezas, otras a luchar tesoneramente contra la barbarie del desierto, y a las cuales nada ofrecemos como elemento de unificación social.

Todo lo cambia el aire artificioso de las modas. Si se ha de cantar, son olvidadas nuestras viejas canciones, para repetir un

gangoso *blue*, aprendido en los discos Víctor. Si se ha de fumar, se prefieren los cigarrillos importados. Nuestros buenos abuelos, como llegamos a hacerlo también nosotros, se refrescaban con horchatas, guarapo de piña y jarabes de confección doméstica. Hoy, nuestros propios hombres de campo toman *Green Spot y Grappete* como viva expresión de progreso. (A quienes sonrían antes esta cita de mostrador, conviéneles saber que cuando un ilustre venezolano, hecho a nuestros brebajes importados, pidió en Buenos Aires una *Coca-Cola*, el mozo le advirtió que ellos no eran agentes de distribución del imperialismo yanqui. En esto los argentinos ofrecen a San Martín un culto noble, que nosotros negamos a Bolívar, a quien creemos servir con sólo defenderle en el papel de las arbitrariedades y desatinos de Madariaga).

Parece mentira, pero en la populosa Nueva York se siente aún la presencia de los valores evocativos de los viejos holandeses que fundaron a Nueva Amsterdan. En los rincones de las Iglesias Reformadas duran las reservas mentales que trajeron en 1626 los seguidores de Calvino. En Londres los grandes dignatarios se tocan con las pelucas y se arrean con los vistosos trajes de la época medieval. Y Londres y Nueva York, como capitales del progreso contemporáneo, van a la cabeza de las invenciones materiales y a la cabeza de las nuevas ideas del mundo. La fuerza que aún hace invencible a Inglaterra tiene sus raíces hundidas en el suelo profundo de la tradición. Nosotros en cambio, en tierra sin humus y sin riego, sembramos todos los días un árbol nuevo que al primer sol se agosta.

Dejemos a un lado, con sinceridad, la hojarasca y la mentira. Olvidemos la demagogia a que tan aficionados somos como políticos. Abramos, en cambio, los ojos y veremos cómo somos apenas un ancho campo de explotación de intereses extraños y, lo que es peor, según lo dijo el Secretario americano del Interior en su reciente discurso en la Convención Petrolera, somos el mayor proveedor de recursos para el mantenimiento de una guerra que la hace y la sostiene "el estiércol del demonio". (Así llamaban nuestros guaiqueríes al petróleo de Cubagua). Se construyen en nuestra ciudad, a ritmo acelerado, palacios para cine, palacios para bancos, colectivos para forasteros. Se inauguran cada semana nuevos clubes nocturnos. Se importan caballos de carrera, vedettes y boxeadores. Se introduce, también, cocaína, opio y marihuana. En las principales esquinas, se vocean revistas que incitan al crimen e invitan al burdel. Signos todos de una sociedad decadente y fenicia, que vive al azar de la ganancia y a la husma del efímero deleite, al igual de quienes por sentirse vecinos a la ruina o a la muerte, entregan todas las resistencias morales para gozar el vértigo del último minuto de sensualidad.

Para salvarnos nos queda, sin embargo, el recurso fácil y formidable de salvar la conciencia de nuestra Historia de pueblo. A quienes miden el valor de las naciones haciendo sólo cuenta de los ladrillos, los rieles y el cemento, parecerán inoperantes las fórmulas abstractas que proponen los hombres del pensamiento puro. Ellos jamás han meditado en el valor moral de la Historia como aliada y consejera de la política. Jamás ellos han preguntado con Ranke si "podrán gobernar bien un estado, cumplir bien con su misión de gobernantes, quienes, presa de los prejuicios que ciertas opiniones tentadoras imponen a su espíritu, tienden a considerar como anticuado y ya inaplicable todo lo anterior, lo desprecian y tratan de dejarlo a un lado por inútil, se colocan de espalda ante las formas y las leyes consagradas por la tradición, para dejarse llevar solamente de lo nuevo, y tratan, en una palabra, de transformar un estado que no conocen". Esos no han tenido, tampoco, la respuesta salvadora que logró el padre de la historiagrafía moderna: "Tales gobernantes más bien son aptos para demoler que para construir".

Con la pica que reduce a escombros los viejos edificios y con la lasitud moral que autoriza la ruptura de los valores antiguos, se destruye igualmente la tradición que da carácter, tono, fisonomía, expresión y perspectiva al alma de los pueblos. No se trata, como en mofa dicen algunos capitanes del pseudo-progreso, de defender telarañas, moho y polilla antiguos. La basura no es tradición. A la basura, como a tal, se la barre. En cambio, hay necesidad de que sean respetadas las puertas, los zaguanes, los aleros, los altares, las calles, las piedras donde aún permanece enredado el espíritu de los hombres antiguos. Al lado de la civilización y del progreso que piden ancho espacio, deben quedar las antiguallas que dan fisonomía a las ciudades, del mismo modo como la poesía y los cantos populares tienen legítimo derecho a ser conservados junto con los cantos de los grandes poetas, como expresión fisonómica del pueblo. En la lucha que plantea la modernidad del tránsito frente a la ciudad que insiste en mantener sus antiguas líneas personales, precisa no sacrificar inútilmente los antiguos valores arquitectónicos donde se recuestan los siglos.

Diez y seis años pasan velozmente. Dentro de poco, pues, estaremos conmemorando la fundación de Santiago de León de Caracas en la oportunidad de celebrar su cuarto centenario. Y esos cuatro siglos de historia ¿sobre qué muros materiales mostrarán el discurso de sus obras? De la ciudad antigua no quedará nada. Manchas, retazos apenas, en medio de una gran ciudad, que más testimoniará el invasor progreso del petróleo que la resistencia de un pueblo de vigorosa historia. Por entonces no existirá seguramente el Palacio de los antiguos Obispos, próximo a ser convertido

en edificio colectivo para oficinas de negocio; no existirá, tampoco ninguna de las casas donde funcionó la Real Audiencia; la cuadra de la Palmita, donde Bolívar soñó la libertad de América, vivirá apenas en memorias; Ramón Díaz Sánchez, por más experto evocador que sea, no podrá dibujar ya el sitio donde, hasta vencerla, agonizó con la muerte Antonio Leocadio Guzmán, menos podrá indicar el lugar de la casa que el 14 de agosto de 1869 sirvió de teatro donde surgió el odio implacable del Ilustre Americano para el mantuanaje caraqueño. Ni los ricos herederos del grande hombre respetaron el sitio donde pudo formarse el museo que recordara su prestigio. Los viejos recuerdos caraqueños habrán desaparecido por 1967, y los cicerones que acompañen a las misiones invitadas para los festejos, si no podrán, en verdad, mostrarles algo que lleve los recuerdos hacia los tiempos de la Colonia y la Conquista hispánica, señalarán, en cambio, los fastuosos palacios de la Embajada americana, de la Creole, de la Shell y de la Iron Mines.

Para salvar, señores, la perdurabilidad de la tradición que nos dé fisonomía entre los peligrosos resplandores de la nueva cultura petrolera, debemos realizar una obra extraordinaria de reparación cívica. Al cemento y al hierro que se aúnan para afirmar los suntuosos edificios de la ciudad nueva, hemos de agregarle los símbolos diferenciales de nuestra personalidad nacional. Si Caracas se va con el terrón antiguo y con la roja teja que cantó el poeta, defendamos la Caracas perpetua, que habrá de salvarse en la tradición de sus hechos y en la vigencia de su espíritu. Salvaremos a Caracas, y con Caracas a Venezuela, si mantenemos enhiesta nuestra personalidad de pueblo.

Este proceso es vario y complicado. Nada representa, cierto es, viejas piedras patinadas de tiempo, si no existe una conciencia fraguada al amor de los signos diferenciales de la nacionalidad. La piedra se hace, sin embargo, más resistente y asegura la perennidad de su propio sitio, gracias a la voluntad enérgica del pueblo que haya sabido resistir el ventalle de cedros venenosos. La permanencia de lo antiguo vale como expresión de una voluntad moral, más que como factor de evocaciones creadoras. Si en verdad se produce una especie de simbiosis entre la piedra y el espíritu, lo que éste gane en fortaleza queda superado por la luminosa aptitud resistente que la voluntad de los hombres sepa trasmitir a la piedra fría. Las ciudades son los hombres y éstos, para la función cívica, arrancan de la Historia su potencia formativa. "Engrandecerás las ciudades, dice Epicteto, no elevando el tejado de sus viviendas sino el alma de sus habitantes". Lo material sirve en esta función espiritual y telúrica apenas como testimonio y como evocación del poder de los espíritus. Diríase que los espantos y los fantasmas que colaboran, como voces del tiempo, en la defensa de los pueblos, re-

claman la permanencia de propicias penumbras y de discretos e inmóviles rincones.

Pero tampoco hay que creer, como confiadamente piensan algunos, que las consignas antiguas y la fuerza de las voces viejas obran por sí solas. Muy por el contrario, ellas reclaman, para su eficacia reparadora, que sean invocadas por enérgicas conciencias actuales. Los pueblos no pueden vivir en una contemplación estática de su pasado. Los pueblos necesitan dar movimiento, en la gran cuba del tiempo, a los mostos exprimidos por las generaciones anteriores y agregarles los caldos de la reciente vendimia. El valor de la tradición radica en servir de solera aglutinante que dé cuerpo fisonómico a los vinos del pueblo y no en un obrar como categoría solitaria que tuviese en sí misma virtudes de creación.

Nosotros nos hemos cuidado bien poco de defender los viejos signos de la tradición. Lejos de velar por su permanencia y por su arraigo, hemos abierto los espíritus a todo viento de novedades, y del mismo modo, pongamos por caso, como fue demolida la elegante mansión de los Condes de San Javier, para construir sobre sus ruinas el desairado y asfixiante palacete del Ministerio de Educación, así mismo hemos destruído en la zona del espíritu ciertos valores que hubieran podido ayudarnos en la defensa de nuestro patrimonio moral de pueblo.

Para que las naciones puedan construir algo digno y durable necesitan tener conciencia de sí mismas. Esa conciencia tiene diversos modos de recogerse y de expresarse, pero ninguno más leve, sutil y vigoroso que la tradición. Yo diría que ésta es como el fino alambre y las menudas bisagras con que los anatomistas mantienen la unidad de los esqueletos. Sin el ayuntamiento y el equilibrio de valores que la tradición produce, ocurre una dispersión en los propios conceptos de la nacionalidad. Por eso, cuando se trata de estrangular la conciencia de los pueblos, nada es tan eficaz como el debilitamiento de los hábitos, usos y costumbres que arrancan de sistemas tradicionales e implantar en lugar suyo costumbres, usos y hábitos que correspondan a otras áreas culturales.

La historia de Aladino ofrece un ejemplo magnífico de cómo obran quienes buscan apoderarse del secreto de nuestros tesoros. El proceso de los treinta años de la Venezuela petrolera no ha sido sino la tinosa ejecución del mismo método usado por el astuto mago que buscaba la lámpara maravillosa. "Lámparas nuevas! Se cambian lámparas nuevas por lámparas viejas", ha sido el grito constante de los mercaderes que tomaron en nuestra Historia el sitio de los antiguos profesores de civismo. Como la esclava incauta nosotros hemos cambiado valores fundamentales de la república, por el lustre aparente de una vida de fingido progreso colectivo.

Sucia y vieja, la lámpara poseía el secreto de abocarnos con los magos. Guardaba ella la fina clave para invocar las fuerzas antiguas con que se derrota la asechanza de los piratas.

No es que yo prefiera, como se me ha dicho en crítica, la modesta Venezuela de la agricultura y del ganado a la nueva y rica Venezuela del recio progreso mecánico. Eso, más que amor a la tradición, indicaría menosprecio de las leyes universales del progreso. Yo, sin abjurar de la riqueza colectiva, me limito a contrastar la fuerza de voz de nuestros hombres de antes con la respetuosa e insinuante modulación que ensayan hoy en el diálogo internacional los encargados de defender los legítimos derechos del país.

Creo que ningún venezolano de verdad deje de evocar con nostalgia la libertad en que se desenvolvió nuestra propia barbarie antigua. Para domeñar ésta, nadie pensó que fuese necesario destruir la vertebración de la nacionalidad. Ni siquiera para domeñarla, pues apenas se han conseguido férreos instrumentos que garantizan la resignada quietud, a cuya sombra se diversifican y aprovechan los ímpetus y las pasiones subalternas.

Carácter, fisonomía, tono, impulso, perspectiva representa para los pueblos una bien formada y defendida tradición. No es, como entienden ciertos espíritus ligeros, un estar resignados y satisfechos por la obra que acabaron nuestros mayores. Las realizaciones de éstos se valoran como factores sociales en cuanto posean fuerza para movernos a la prosecución de actos ejemplares. Es decir, en cuanto sean factores valentísimos en el orden creador de la sociedad. Una estimativa errónea ha hecho que nosotros diéramos vitalidad operante a situaciones desprovistas de significado cívico, que fueron tomadas, en fuerza de una lógica absurda, como expresión de una típica actitud venezolana. Como tradición política ha valido más el ejemplo de los hombres de presa, que la actitud de los creadores de pensamientos. Por ello José Vargas, Juan de Dios Picón, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista no han tenido eco en nuestro mundo político. Del mismo modo, en la relación exterior se ha visto como posición mejor aquella que reduce el esfuerzo al límite restricto de la comodidad y del provecho. La mayoría ha preferido, contra el consejo de Leopardi, la cobardía a la desgracia, por donde se nos llama pueblo alegre y feliz.

Como acabo de decir, no forma parte del sentido de la tradición el aceptar todo lo que venga del pasado y obrar de acuerdo con el sistema que se desprenda de la imitación de los hechos cumplidos por nuestros antecesores. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es necesario que sufra una prudente reelaboración que la quintaesencie para la ejemplaridad. El acto disvalioso así se repita a través de épocas diversas, no debe mirarse en fun-

ción ejemplar, sino como indicativo de la permanencia de un proceso que es necesario superar. Al hombre de estado y al sociólogo toca vigilar en estos casos la razón de su insistencia y solicitar los caminos del remedio. La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio de inventario. Lo que nuestros antepasados hicieron en contradicción con las normas universales de la moral y de la justicia, debemos explicarlo en sus causas, como hecho cumplido, pero no erigirlo en canon social ni aceptarlo por norma de vida. Lo que produjeron los antiguos procesos de trasculturización, es necesario mirarlo en sus varios aspectos, para dejar como meros documentos de museo las formas heredadas que hayan caído en caducidad, y para extraer, en cambio, de muchas de ellas los valores capaces de nueva vigencia educativa. Haddon, al definir el folklore como estudio de las supervivencias de las viejas culturas, ya indicó el camino científico que debe seguirse para el aprovechamiento de los "patrimonios estratificados", pues sería absurdo intentar, por una ciega devoción a los valores tradicionales, el mantenimiento, en función educadora, de expresiones sin contenido espiritual y moral.

A nosotros, como escritores, como poetas, como artistas nos corresponde también la función de señalar el precio creador de los valores tradicionales, porque somos voces del mismo pueblo de ayer y del mismo pueblo de hoy, necesitado hoy y mañana de ánimos vigilantes, capaces de detener la intención servil que pretenda cambiar por una nueva la lámpara maravillosa que iluminó los antiguos senderos de la Historia, y la cual espera la mano experta que nuevamente active la presencia de los espíritus benévolos.

La Historia como Elemento de Creación*

Hay muchos que desesperan de nuestro país, muchos que niegan las posibilidades de natural y progresiva transformación de nuestro pueblo. Criterio fatalista que sirve para mantenernos en un estado de lamentable postración. He oído ponderar, claro que no diré a quien, la misma ineficacia de la escuela como elemento de posible mejoramiento del pueblo, y lo que es más: con asombro he escuchado decir a persona de las llamadas de "autoridad", que procurar una mejor nutrición y un mejor crecimiento en nuestro pueblo, es tanto como buscar que aumente la fuerza que empleará para su propia destrucción. Contra estos absurdos criterios negativistas es necesario levantar voces, pero también es necesario, a la vez, señalar puntos de apoyo donde fijar la palanca que mueva nuestro progreso. Y los puntos y las palancas sobran. Quizá lo que ha faltado sea voluntad que mueva los brazos. Hay puntos de apoyo en el presente y hay puntos de apoyo en el pasado. Esta Cátedra que iniciamos corresponde a uno de estos afincaderos.

En un gran maestro del pensamiento francés contemporáneo acabo de leer este concepto: "Así como debe esperarse mucho de los hijos que aman a sus padres, no es posible desesperar de un pueblo y de un siglo que ama su Historia". El concepto es cabal. La Historia es la memoria de nuestros padres. Ningún pueblo, en una hora dada de su evolución, puede considerarse como eslabón suelto o como comienzo de un proceso social. Venimos todos de atrás. Antes estuvimos en el pasado. Y para buscar y amar a nuestros mayores debemos buscar y amar la Historia que ellos hicieron.

(*) Lección inaugural de la Cátedra de Historia de Venezuela en el Instituto Libre de Cultura Popular. 9-X-42.

En Venezuela, justamente, hay una marcada devoción por el pasado. Venezuela quiere su Historia. Venezuela parece buscarse a sí misma en el valor de las acciones de quienes forjaron la Patria. Ya esto es un buen punto de apoyo para la palanca de su progreso moral.

No existe un venezolano a quien no emocionen las hazañas de Bolívar, de Páez o de Urdaneta. No existe un venezolano a quien no infunda cariño la memoria del Negro Primero y que no sienta vibrar su espíritu ante la evocación dolorosa de José María España caminando taciturno hacia el patíbulo. La emoción surge fácil, ya se recuerde a Guaicaipuro, ya se piense en Alonso Andrea de Ledesma, ya se memore la entereza rebelde de Juan Francisco de León. Somos, nadie habrá de negarlo, un pueblo de marcada vocación para la Historia. Mas, corrientemente vamos hacia la Historia en busca del placer y de la emoción del relato y del prestigio que creemos lucrar con las acciones gloriosas de nuestros antepasados. "Somos de la tierra que dio a Bolívar", es título que muchos creen suficiente para presentarse a la consideración del mundo. Más o menos lo mismo de quienes se crean mejores que otros diz que por descender de un Conde o de un Marqués, sin pensar que bien pueden ser ellos unos degenerados sifilíticos o unos pobres diablos víctimas del alcoholismo.

Ese peligro tiene la Historia cuando, como la nuestra, está llena de relatos que lindan con la leyenda. Se siente el calor de la epopeya, se vibra ante los vítores que saludan a los héroes y se llega a creer que con esa gloria pasada basta para vivir el presente. Que Bolívar sea el más grande personaje de América nadie lo niega, pero de eso a pensar que hoy nosotros podamos conformarnos con tal recuerdo y sentarnos a esperar que se nos tenga, por tan ilustre y límpido abolengo, como el primer pueblo de América, hay una distancia que muchos no comprenden, hay un abismo en que muchos pierden pies y cabeza.

Sí, y nadie nos lo puede arrebatar, tenemos un pasado glorioso. ¡Y hay que ver las proporciones de tal gloria! ¡Nada menos que fueron hombres nuestros quienes hicieron la libertad de Sur América! Y hay que pensar bien: hicieron la libertad, que es algo muy distinto de la gloria ficticia de quienes conquistaron pueblos! Pero ello es para que nos sintamos, más que ufanos y vanidosos, obligados a vivir de acuerdo con los ideales de aquellos hombres que lograron gloria para sí y para nuestra Historia. No es para que nos echemos a dormir como hacen los ociosos herederos. Estos podrán darse a toda manera de vicios, bien sabedores de que las rentas que no trabajaron les han de servir para mantenerse. Los pueblos no pueden, en cambio, vivir su hora presente a cuenta de su pasado, por más glorioso y fecundo que sea éste. Sería tanto como pedir

a los muertos que nos sirvan de alimento. Los pueblos se afincan en el pasado para extraer valores que sumar al momento actual. La Historia se debe ver como una mina que es necesario explotar. Es decir, trabajar. No es entierro, no es la botija llena de onzas de oro que solía aparecer en nuestras viejas casas de la Colonia y que de la noche a la mañana enriqueció a muchos. No. Nada de eso. Nada de mesa puesta y bien servida para comer a toda mandíbula. Es, en cambio, la mina que necesitamos trabajar, la mina que reclama sudor y brazos. Nosotros hemos desviado el valor de la Historia y hemos llegado a creer posible que se viva de ella sin sumarle nada. Y por eso anda Bolívar metido en todo. Mejor dicho, por eso hemos metido a Bolívar como complemento de todo.

En mi ciudad de Trujillo y en los años de mi niñez, (de entonces acá ha llovido un poco), aprendí a recitar el corrido infantil del "Real y Medio" en la siguiente forma:

Cuando Bolívar murió,
real y medio me dejo,
compré una pava,
compré un pavito,
y el real y medio
quedó enterito.

Yo he encontrado un valor documental muy expresivo a esta variante trujillana del popular corrido, u ovillejo, como diría un Profesor de Literatura con toda la barba. Nosotros todos, grandes y chicos, hemos tenido y tenemos la sensación de que Bolívar nos dejó real y medio, con que podemos comprar pavas, pavitos y todo lo que se nos ocurra, en la seguridad, o a lo menos con la esperanza, de que nos quede siempre "enterito", sin pensar que a ese real y medio debemos agregar algo, algo apenas, para tener el *bolívar* completo. Debemos sudar un poco para hacer nuestro cívico *bolívar*; de lo contrario, no tendremos sino real y medio que se va, que se acaba, que no alcanza para empezar a trabajar con éxito en el campo de la dignidad humana. Parece que en realidad muchos se han conformado con el real y medio de la herencia de Bolívar, mientras otros han rebajado al mismo Bolívar a sólo un valor de real y medio para hacer negocios. Real y medio para comprar cualquier cosa. Una pava o una conciencia.

Yo sí creo que Bolívar nos dejó real y medio. Nos dejó una moneda incompleta, para que nosotros le agreguemos nuestro esfuerzo, nuestro presente, nuestro trabajo personal y presente. Ese será el Bolívar entero, el Bolívar que camine apoyado en nuestra energía de ahora, de todos los días, de ayer y de mañana. No el Bolívar acostado, ni aún el Bolívar sentado en sillas muelles. El Bolívar caminante y guiador lo explicará para vosotros, con intui-

ción de poeta y acento de patriota, mi colega de cátedra el escritor Antonio Arráiz, yo sólo evoco aquí su nombre para presentaros ejemplos de Historia desnaturalizada, por medio de la imagen de un Bolívar fallo de valor, de un Bolívar que, para actuar en presente, pide el pulso de nuestra sangre fresca y generosa.

Porque el complemento del personaje histórico, es decir, lo que el pasado reclama para seguir obrando con éxito en el campo social, es la aportación de trabajo de las nuevas generaciones. Nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a sólo admirar la gloria que pasó. De lo contrario, esa gloria de ayer, para que no descienda a la categoría de empolvada corona de museo, debe recibir el flujo constante del esfuerzo joven de la Patria. Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho a la libertad. Cada generación está en el deber de renovar el esfuerzo que los mayores realizaron por la grandeza de la Patria. Para ello es requerido dar a la Historia un sentido de balance con el tiempo.

Nos hemos acostumbrado a estudiar la Historia según el método con que el pulpero avaro cuenta sus monedas y billetes cada mañana. "¡Todo está completo", exclamará gozoso, después de bien sobar la plata y los papeles, para disipar la duda de que hubiera podido ser robado durante la noche. Lo mismo hacen quienes al explicar los hechos del pasado no se cuidan sino de formar listas de próceres y de batallas, para detenerse en cada caso a ponderar el mérito de las acciones, a fin de provocar en los contemporáneos un sentido de suficiencia que diga: "¡Qué grande es la obra de nuestros Padres! ¡No tenemos nada por hacer!" El proceso es muy otro; debemos hacer los cálculos del buen mayordomo de hacienda que recuenta la cosecha, la juzga en su mero valor y compara lo que ella debe ser en relación a la calidad de la tierra y sus abonos, al trabajo invertido en su cultivo y a la ganancia justa. No dirá que hizo buen negocio porque recoja algunos frutos que llevar a la plaza; para decirlo, verá primero si éstos están en la debida relación con el trabajo, con el curso de las lluvias y con la potencialidad de la tierra.

En sus actividades sociales el hombre tiene urgencia de realizar este mismo balance del mayordomo. Y para ello está la Historia, que es como el Libro Mayor de los pueblos. Debemos estudiarla para saber lo que estamos obligados a hacer. Del recuento del pasado llegamos a la conclusión de lo que nos falta en la hora presente, porque nunca nos sobra nada sobre lo hecho por nuestros antecesores. Hay que saberlo bien y no olvidarlo: siempre se trata de un balance desfavorable. ¡Y desgraciada la generación que imagine que tiene sus cuentas arregladas con el tiempo! ¡Todos los días aumenta nuestra obligación de servir y de mejorar! Y

hecho el balance, sabremos el rumbo que debemos marcar a la línea de nuestro proceso social. Por aquí!

Desde este punto de vista los estudios históricos adquieren un significado cuyo alcance es por demás fácil de comprender. La Historia viene a darnos la respuesta de nuestra propia existencia y nos explica el ritmo de nuestra vida presente. Sin conocer los hechos pasados, no podemos valorar nuestro propio momento. Por ello, más que disciplina científica y literaria, la Historia es una disciplina moral. Señala el tono de nuestra vida actual.

A los venezolanos nos han acostumbrado a vivir de la gloria de nuestro pasado y poco hemos hecho para acrecentarla y justificarla en la hora presente, debido en gran parte a que hemos estudiado sus hechos sin buscar en ellos esa función permanente de dar tono a nuestra conducta. Hemos preferido el enervante momentáneo de la apoteosis, y el examen de la realidad lo hemos suplantado por el ruido de los aplausos. Con que se alabe a Bolívar, todo está hecho, así los que entonen la alabanza nos estén robando la dignidad nacional.

Nuestro progreso social pide otra cosa. Sobre todo pide verdad. Se requiere un examen humilde y honrado de nuestra vida y de nuestro deber frente a nosotros mismos, y para lograrlo nos precisa hacer nuestro inventario, a fin de saber, sobre el propio proceso contradictorio de la Historia, cuáles sean las proporciones de nuestro *déficit* con el tiempo. Esto es tanto como conocer la calidad de la tierra y el mérito de la semilla. Sin ello, el mayordomo no tendrá certidumbre de los frutos que pueda recoger.

Este deber de examen cívico no sólo atañe a los grupos encargados de encauzar el proceso de la cultura, sino a todo el conjunto social. Cada quien en su puesto debe cumplir su deber. Cada quien tiene la obligación de conocer y de examinar su propio destino.

Al crearse estas Cátedras, llamadas a orientar libremente la cultura obrera, se pensó, y con razón, en esta Historia Nacional, y nada he creído más al propio que intentar un examen somero y realístico de nuestro pasado, para ver de lograr una serie de conclusiones que nos indiquen algunas posibilidades para el presente y nos den la razón de muchas cosas que por sí solas no se explican.

De esta manera lograremos colocarnos en nuestro propio sitio y saber con precisión el por qué de nuestra presencia como pueblo. Y ya esto es algo en nuestro proceso cultural. Mejor dicho, en su piedra fundamental.

En algún trabajo histórico escribí que a nuestro pueblo se ha explicado su misma existencia republicana como si se tratara de revelar un proceso de brujería. Porque no otra cosa que brujos serían los hombres que de la noche a la mañana lograron hacer un pueblo sobre una masa de esclavos, y los otros que, a su debido turno, han "salvado" de sus continuas caídas al País, víctima del "brujo" anterior. Ese afición a la magia sirvió para levantar los pedestales de los "hombres providenciales" que rigieron en otra hora los destinos de la República y, en consecuencia, para explicar el profundo abismo que existió entre la voluntad de los "brujos" que mandaron el país y la voluntad del pueblo desprovisto de expresión en su vida pública.

A todos se les dijo lo mismo, con sentido hasta ingenuo y con la emoción de quien cumple un deber impretermitible. Recién instalada la dictadura caudillesca del General Juan Vicente Gómez, por diciembre de 1914, en una Orden General del Estado Mayor del Ejército se disponía una Misa para agradecer "al Altísimo (y son palabras de aquel documento) por haber conservado fuerte y enérgico al hombre providencial que de la más honrosa humildad llegó triunfador a la más alta posición militar de la República". Ese mismo voto se hizo por Castro y por Crespo y por Guzmán y por Falcón y por Monagas y por Páez, y, lo más triste, se hizo también por Boves y por Monteverde. Ha sido el voto del pueblo que mira la Providencia en el brazo del señor en turno, cuando no tiene conciencia de que ese hombre gobierne en nombre suyo. Con ese voto el pueblo ha querido llenar el abismo que le ha separado del autócrata. Cree en la función providencial de los hombres que mandan, porque no cree en sí mismo. Como no puede explicar la función pública partiendo de un acto suyo, mira en el hombre que la ejerce la expresión de un poder extraño, y confunde entonces la fuerza bruta del "jefe" que la representa, con la propia Providencia Divina. Y el pueblo venezolano no ha creído en sí mismo porque se le han dado explicaciones mágicas de su proceso histórico, y se ha sentido, en consecuencia, insuficiente para discernir su deber. Nuestros sociólogos y nuestros políticos han tenido por ello afán de buscar un hombre que mande y no en hacer un pueblo que se mande por sí mismo.

Por eso he dicho que la explicación formal y lógica del pasado tanto interesa a los encargados de dirigir el proceso de la cultura cuanto al trabajador modesto que busca de incorporarse en forma activa y permanente al movimiento determinante de aquélla. La Historia forma parte de la educación cívica del pueblo. La Historia explica al ciudadano, y por el examen del pasado le marca el ritmo seguidero, no como ombligo permanente que lo pegue a una tradición, sino como voz que le anime y le empuje para hacer cada

vez mejor y más brillante la Historia de la Patria. Para hacer que nuestros hijos lucren con una tradición más brillante.

Esto en cuanto al valor del hecho político, es decir, del hecho culminante en el proceso de la cultura; porque en los planos subalternos, o sea en el orden de las actividades que conducen indeterminadamente al cumplimiento del destino humano, la Historia da la clave y la razón de circunstancias que hoy mismo están pidiendo soluciones. Por el examen de nuestro pasado conocemos el proceso formativo de nuestra población, de nuestra riqueza, de nuestra educación, de nuestra milicia, de nuestra misma indiferencia social. Sin su estudio carecemos de mapas que nos ayuden a fijar los rumbos espirituales que hemos de seguir en nuestra marcha hacia el futuro. Seríamos como barco loco sobre aguas desconocidas.

Nuestra labor en este pequeño curso será explicar nuestro pasado fuera de todo elemento de "brujería". Vamos a estudiar hechos de verdad. Hechos que nos sirvan para mejor cumplir nuestro deber presente, y con ello buscaremos que la Historia, lejos de achicar nuestra estatura y de mantenernos en una parálisis de suficiencia, nos ayude a crecer y a caminar, más en nuestro caso, cuando tenemos ejemplos en el pasado que obligan a asumir una actitud empinada y vigorosa que sirva de marco mismo a nuestros grandes personajes históricos.

Una noche de luna en la ciudad costarricense de Alajuela me hallaba sentado frente al monumento de Juan Santamaría. Santamaría es el héroe nacional de Costa Rica. Cuando la guerra de 1856 contra los filibusteros, este obscuro soldado se ofreció para quemar el Mesón de Guerra, donde los enemigos guardaban sus provisiones de pólvora. Antorcha en mano, el humilde y valiente hijo del pueblo inmoló su vida, como otro Ricaurte, y preparó con su sacrificio el memorable triunfo sobre los esclavistas de Walker. Héroe modesto, sencillo, en quien el pueblo de Costa Rica ha visto su mejor símbolo de hidalguía y en cuya memoria se piensa crear hasta una Orden Nacional. El bronce de Santamaría me llevó al recuerdo de nuestros héroes. Y pensé en nuestro Bolívar, no sólo de proporciones continentales, sino de proyección cierta en la Historia de la cultura humana. ¡Qué grande me resultó el Libertador frente al obscuro hijo de Alajuela! Pero de inmediato una nueva idea vino a mi mente con otro paralelo: el pueblo de Costa Rica, de pies y en posición de ciudadanía integral, está acostumbrado a mirar su héroe con la satisfacción de ser fiel a los principios de dignidad que movieron su sacrificio; Juan Santamaría, a pesar de ser casi un mito en la devoción del costarricense, recibe el homenaje de un pueblo íntegro y sin mancilla cívica; en cambio, nosotros, compatriotas del primer ciudada-

no de América, estuvimos de rodillas ante los hombres presentes, achicados y medrosos, durante los mejores años de nuestra Historia.

Amigos trabajadores:

Hay el propósito de que ese achicamiento desaparezca definitivamente de nuestra Patria. Para lograrlo es necesario levantar nuestro ánimo cívico por medio de una amplia y permanente jornada de cultura. Empeñoso en ello, el Gobierno actual quiere que se espacíe en toda forma el ámbito de la educación y ha creado, para servir a vuestro mejoramiento, esta Universidad Obrera. El bien sabe dónde están las palancas y dónde los puntos de apoyo, y tiene lo que se necesita para realizar la obra deseada de progreso. Tiene la voluntad de crear. Tiene propósito de superarse continuamente. Sobre todo, quiere que el venezolano no se sienta menor que ninguno de sus hermanos de América; de lo contrario, aspira a que llegue a ser en el presente tan grande cuanto lo fué en el pasado. Y procura que en esa obra de engrandecimiento nacional vosotros los obreros sepáis que, cumpliendo vuestro deber, sois un factor de Historia tan eficiente como los hombres que dirigen las grandes empresas civiles y militares. Ya hube de decirlo en la oportunidad de ser inaugurado este Instituto: las palabras de fuego de Bolívar hubieran quedado en el vacío sin las montoneras que soportaban los fusiles y las lanzas: los ejércitos habrían perecido de hambre sin el pan que recogía de la tierra el labrador paciente y sin la carne de los ganados apacentados por sufridos pastores: los caballos mismos no hubieran hecho las grandes jornadas heroicas sin las herraduras forjadas en la fragua por el herrero vigoroso. Nuestro proceso de Independencia sirve para ejemplificar la solidaridad en el trabajo y enseña cómo el oro que se trocaba con fusiles y explosivos no valía tanto como el brazo que tomaba el arma para la lucha. La Historia sirve así para alentar y vigorizar la propia conciencia obrera y para abrirle nuevos sentidos que le amplíen el propio concepto de su función social.

Señores!